



SECRETOS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

destruïdos

NEVA ALTAJ

SECRETOS
SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN
destruidos

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2023 Neva Altaj

<https://www.neva-altaj.com>

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Traducción, edición y corrección al español por: Sirena Audiobooks LLC

Diseño de portada por Deranged Doctor (

<https://www.derangeddoctordesign.com/>)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

([Enlace de la serie en Amazon – Clic aquí](#))

1. Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. Secretos Destruídos (Isabella & Luca)

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. Caricias Robadas (Milene & Salvatore)

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. Almas Destrozadas (Asya & Pavel)

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y

celoso.

8. Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. Pecados Oscuros (Nera & Kai)

Tropes: *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

Nota de la autora

Estimado lector, en el libro se mencionan algunas palabras en italiano, a continuación se incluyen las traducciones y aclaraciones:

Tesoro; expresión afectuosa en italiano que significa tesoro.

Stella mia - mi estrella; expresión de afecto.

Piccola - pequeña, niña; expresión de cariño.

Advertencia

Por favor, tenga en cuenta que este libro contiene escenas que pueden ser sensibles para algunos lectores, como escenas sangrientas y descripciones gráficas de violencia y tortura. También hay más escenas candentes que en los libros anteriores de esta serie, e incluyen elementos de BDSM leve y el uso de juguetes sexuales.

Índice

[Notas de licencia](#)

[Orden de lectura y *tropes*](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Estimado lector](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo

Isabella

Presente

(Isabella 19 años)

Le rasuraron el cabello.

No sé por qué ese detalle me afecta tanto.

Tomo la mano de mi esposo, entrelazo nuestros dedos y dejo caer mi frente sobre el colchón. No sé qué odio más: el olor a hospital, el pitido de la máquina junto a la cama que detecta los latidos de su corazón o lo quieto que él está.

Pasan los minutos. Quizá horas, no estoy segura.

Por poco no noto el pequeño movimiento de sus dedos entre los míos. Levanto la cabeza y me encuentro con dos ojos marrones que me observan.

—*Oh, Luca. . .* —Se me escapa un lamento, me inclino sobre él y le doy un beso ligero y rápido en los labios.

Él no dice nada, solo sigue mirándome, probablemente preguntándose cómo me atreví a besarlo, pero no me importa. Temía tanto por él y necesitaba ese beso robado para asegurarme de que está vivo.

Le suelto la mano, me siento más recta en la silla y espero a que comience a regañarme. Cuando habla, su voz es áspera y profunda, incluso más que de costumbre, y las palabras que salen de su boca me dejan helada.

—¿Quién eres?

Lo miro fijamente.

Luca ladea la cabeza y me contempla con su mirada intensa y calculadora. Conozco bien esa expresión, porque suelo recibirla cuando no está contento con algo que hice. Sin embargo, esta vez hay una gran diferencia. Son sus ojos. Los mismos *ojos* que durante tanto tiempo esperé que me miraran con amor en lugar de con indiferencia. Ahora me observan sin una pizca de reconocimiento.

—Soy Isabella —susurro—. Tu... esposa.

Parpadea, mira hacia la ventana del otro lado de la habitación y respira profundamente.

—Así que, Isabella —dice y se gira hacia mí—. ¿Quieres decirme quién soy?

PRIMERA PARTE

“Antes”

Capítulo 1

Tres años atrás

(Isabella 16 años)

Isabella

—¡Isa! —Andrea grita mi nombre mientras sube las escaleras con pasos ruidosos.

Me giro en la silla y veo a mi hermana menor entrar corriendo a mi habitación. Solo tiene dos años menos que yo, pero a veces se comporta como si estuviera empezando la primaria en vez de la preparatoria. Para cuando llega hasta donde estoy, se ha quedado sin aliento.

—No puedes correr por la casa gritando. —Le apunto con un lápiz—. Tienes catorce años, no cuatro.

—¡Está aquí! —Me toma de la mano y empieza a arrastrarme fuera de la habitación, con una sonrisa de oreja a oreja iluminándole los ojos.

—¿Quién?

—Luca Rossi.

Mi corazón se acelera, como cada vez que se menciona su nombre, y corro detrás de mi hermana, ignorando mi propia advertencia. Marchamos por el pasillo y bajamos la gran escalera de piedra. Como era de esperar, recibimos varias miradas de desaprobación de la sirvienta y dos de los hombres de mi abuelo por el camino, sin embargo, ahora no puedo obligarme a pensar en los modales. ¡Él está aquí!

Atravesamos corriendo la puerta doble de la entrada y rodeamos la casa hasta llegar al gran arbusto de azaleas de la parte trasera, muy cerca de la ventana francesa que da al estudio de mi abuelo. Como hemos hecho muchas otras veces, me agacho detrás del arbusto y arrastro a Andrea a mi lado. Es un escondite ideal, con una vista despejada de la oficina de *Nonno* Giuseppe.

—Debí haberme cambiado —murmuro, mirando mis *shorts* de mezclilla y mi camiseta sencilla—. No puedo dejar que Luca me vea así.

Andrea me mira y levanta una ceja.

—¿Qué tiene de malo tu ropa?

—Parezco una colegiala —señalo, quitándome rápidamente la liga del cabello y peinándome con los dedos. Mamá dice que si me dejo la melena suelta aparento más edad.

—¿Oh? —Andrea se ríe—. Noticia de última hora, Isa, lo eres.

—Bueno, no tengo por qué vestirme así. —Hago un puchero y miro hacia la ventana, esperando—. Si hubiera sabido que Luca iba a venir, me habría puesto ese vestido *beige*.

La puerta del estudio se abre y Luca Rossi, uno de los capos de mi abuelo, entra a la habitación. Agarro la mano de Andrea y la aprieto. Llevo obsesionada con él desde que tenía seis años, cuando saltó a la piscina y me salvó la vida después de que el idiota de Enzo me arrojara al agua. No recuerdo haber sentido tanto miedo como cuando mi cabeza se sumergió bajo el agua y mi vestido de fiesta empapado me arrastró hacia abajo. No era buena nadadora, y pataleé inútilmente con mis piernas, intentando salir a la superficie. Cuando estaba segura de que iba a morir, dos manos enormes me agarraron de repente y me sacaron a flote.

Nunca olvidaré aquellos ojos risueños mientras Luca me llevaba hacia mi madre que estaba histérica. Su traje costoso estaba empapado y los

mechones de su larga melena oscura se le pegaban a la cara. Aquella noche le dije a mi madre que, cuando fuera mayor, me casaría con Luca Rossi. Quizá me enamoré de *él* aquel día.

—Es aún más guapo que la última vez que lo vi —suspiro.

Luca siempre ha sido hermoso, y a menudo las chicas y las mujeres caen rendidas a sus pies cuando entra a una habitación. Debía ser su actitud seria y ligeramente indiferente hacia los demás, incluidas las mujeres, lo que lo hacía tan interesante. Entraba en la habitación, hacía lo que había venido a hacer y se marchaba. Nada de conversaciones sin sentido. Nada de entretenerse con chismes. Si tenía que quedarse más tiempo para algún evento, porque era de esperar, se sentaba con mi abuelo a hablar de negocios, o merodeaba por una de las esquinas, observando a la multitud. Me encantaba verlo entonces, su enorme cuerpo apoyado contra la pared, sus ojos oscuros recorriendo la sala, estudiando a todo el mundo. Cada línea definida de su perfecto rostro ha quedado grabada en mi cerebro. Con los años, sin embargo, sus rasgos han cambiado. Su rostro ha madurado, las líneas se han vuelto más marcadas y están parcialmente ocultas por una barba corta. Sus ojos oscuros también han cambiado, adquiriendo una mirada más dura y siniestra. Lo único que ha permanecido igual es su larga melena oscura recogida en lo alto de su cabeza. En nuestro círculo, hace falta cierto tipo de carácter para que un hombre lleve el cabello largo y no sea juzgado. No obstante, Luca Rossi siempre ha sido un poco diferente. Algo más que otros hombres.

—Estás loca. —Andrea me da un codazo en el costado—. Te dobla la edad.

—No me importa.

—Y está casado, Isa.

Un dolor me atraviesa el corazón ante la mención de Simona, la esposa de Luca. Hace cuatro años, me pasé una semana en cama, llorando a mares, cuando me enteré de que se iba a casar. Aunque en aquel entonces solo tenía doce años, lo único que deseaba era ser su esposa algún día. Como la mayoría de las niñas, soñaba con mi boda y en cada una de esas fantasías infantiles, siempre estaba Luca de pie a mi lado como mi novio. La gente decía que Simona se había embarazado a propósito para manipularlo y obligarlo a casarse, pero eso no hacía que me doliera menos. Me sentí traicionada. ¡Él era mío!

Agarro la rama que tengo enfrente y la aprieto.

—Odio a esa mujer.

—Escuché a tía Agata diciéndole a mamá que los vio pelearse otra vez —susurra Andrea—, en un restaurante lleno de gente.

—¿Sobre qué? —pregunto, sin apartar los ojos del atractivo rostro de Luca.

—Sonaba como si se hubieran peleado porque Simona olvidó recoger a Rosa del preescolar —murmura Andrea.

—¿Cómo puede una madre olvidarse de su hija? —La miro incrédula. Aunque Simona es una perra, no pensé que fuera capaz de hacer eso.

—Probablemente estaba en una de sus citas para el bótox. —Se ríe mi hermana.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar a Luca. Está sentado en una silla al otro lado del escritorio de mi abuelo, de perfil hacia nosotras. Por la expresión sombría de sus rostros, algo grave está pasando. Conozco muy bien a mi abuelo. Cuando Giuseppe Agostini, el Don de la Familia de la *Cosa Nostra* de Chicago, tiene esa cara, significa que nada bueno se está cocinando. Sin embargo, el ceño fruncido de Luca no es ninguna novedad,

aunque esta vez hace que se me forme un nudo en la garganta. Hace años que no lo veo sonreír, y ha pasado mucho tiempo en la casa desde que se convirtió en capo.

—Voy a regresar. —Me limpio una lágrima perdida y me doy la vuelta para marcharme.

Cada vez que lo veo, es más duro. Es como si un peso se asentara sobre mi pecho. Sé que nunca estará conmigo. Y aun así, no puedo alejarme. Andrea me tacha de loca por obsesionarme con alguien mucho mayor que yo. Puede que lo esté. Pero no puedo evitarlo. Empezó como adoración por mi héroe cuando me salvó la vida. Sin embargo, en los últimos años, esa adoración infantil se ha transformado en algo totalmente distinto.

—No estés triste, Isa. —Andrea me rodea la cintura con su brazo—. Hay otros hombres que idolatrarían el suelo que pisas. Eres la nieta del Don de la *Cosa Nostra*. Cuando llegue el momento de casarte, habrá una fila de pretendientes esperándote aquí. Alguien vendrá, te enamorará y te olvidarás de Luca Rossi. No es más que un enamoramiento juvenil.

—Sí. —Asiento con la cabeza con una sonrisa fingida, la que he estado practicando con mamá—. Tienes razón. Volvamos.

* * *

Un año atrás

(Isabella 18 años)

La multitud está esparcida por el jardín, bebiendo y riendo. Mi abuelo debe de haber invitado a mi fiesta de cumpleaños a todos los habitantes de Chicago con sangre italiana.

—Ese camarero es superguapo. —Catalina, mi mejor amiga, me da un codazo—. Creo que iré por otro pedazo de pastel y lo observaré un poco mejor. ¿Quieres acompañarme?

—*Nop*, estoy bien —respondo.

—Pero, ¡míralo! Tiene hoyuelos cuando se ríe.

Veo al hombre que está de pie junto a la mesa de la comida, conversando con uno de los invitados. Tiene unos veinte años, el cabello rubio y corto y una sonrisa muy agradable.

—Ve tú. —Señalo con la cabeza al chico lindo que ha captado su interés—. Te espero aquí.

Catalina suelta una risita, me guiña un ojo y corre hacia las mesas repletas de comida. Se acerca al camarero guapo y empieza a coquetear y, por un momento, me gustaría poder hacer lo mismo. Lástima que solo tenga ojos para un hombre.

Miro hacia el lado opuesto del jardín, donde Luca está sentado con mi abuelo y Lorenzo Barbini, el subjefe de mi *Nonno*. Parecen estar hablando de negocios, sin prestar demasiada atención al ambiente festivo que los rodea. Luca ni siquiera me ha mirado desde que llegó, lo cual no es nada nuevo.

No siempre fue así. Cuando era pequeña, corría por el césped en cuanto lo veía llegar. Me atrapaba y me hacía girar cuando saltaba a sus brazos, haciéndome gritar de alegría. Pero dejó de hacerlo el verano en que cumplí trece años.

Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer. En cuanto lo vi bajarse del coche, salí corriendo hacia él. Aquel día no abrió los brazos para atraparme. Se limitó a acariciarme el cabello con la mano y entró a la casa. Eso fue todo lo que recibí en sus siguientes visitas: una ligera caricia en el cabello. Supongo que decidió que ya era demasiado grande para darme

vueltas, o tal vez que no era apropiado. Entonces, incluso aquellas ligeras caricias en mi cabeza cesaron. En los últimos años, me limité a observarlo de lejos.

Como ahora.

—¡Isabella!

Miro por encima de mi hombro y encuentro a Enzo, el primo idiota de Catalina, corriendo hacia mí.

—¡Mierda! —musito y me doy la vuelta, con la intención de entrar a la casa. Antes de que pueda escapar, él se acerca y se cruza en mi camino.

—Tan hermosa. —Me rodea la muñeca con la mano e inclina la cabeza para apoyarla en la mía, inhalando—. Y hueles a flores.

—Déjame en paz, Enzo. —Intento zafarme, pero su agarre es fuerte y me aprieta más.

—¡Oh, vamos, Isa! ¿Por qué te comportas siempre como un témpano de hielo?

—¡Enzo! Estás borracho. —Miro a mi alrededor, buscando a Andrea o a cualquier otra persona que pueda alejarme de él. Hay docenas de invitados deambulando por el jardín, pero nadie está lo bastante cerca como para acudir a mi auxilio. Podría gritar, sin embargo, no quiero montar una escena porque hay demasiada gente importante aquí esta noche.

—Claro que lo estoy. —Se ríe—. Es tu cumpleaños número dieciocho. Es natural brindar por eso, ¿no? Vamos, déjame darte un beso de cumpleaños.

—Aléjate de mí. —Hago un gesto de desprecio e intento apartarme de nuevo.

—Pero solo es un beso. Anda, Isa, no seas tan...

Se detiene a media frase, sus ojos se enfocan en algo detrás de mí, luego levanta la cabeza hasta que su mirada se detiene muy por encima de

la mía. El color de su rostro empieza a desvanecerse rápidamente. Una mano adornada con un anillo de matrimonio delgado de oro blanco aparece desde detrás de mí y envuelve la muñeca de Enzo en un apretón fuerte. Enzo me suelta, pero los dedos largos y fuertes del recién llegado aprietan con más fuerza la muñeca del idiota hasta que gime. No presto atención a Enzo. Mis latidos se aceleran mientras miro fijamente las dos pulseras que rodean la muñeca de la otra persona. Una es un brazalete ancho de plata y la otra una pulsera de cuero negro. Compré ambas con mi propio dinero hace cinco años y se las regalé. No sabía que en realidad las llevaba puestas.

Respiro profundamente, intentando evitar que mi acelerado corazón estalle mientras desvío la mirada de las pulseras hacia el anillo de matrimonio que lleva en el dedo. Algo vuelve a morir en mí, exactamente igual que la primera vez que vi esa argolla en su mano.

—Tócala otra vez —amenaza por encima de mí la voz suave como la de un susurro de Luca—, y morirás.

Enzo asiente con la cabeza como un loco y vuelve a quejarse.

—Sí, señor Rossi.

—¡Lárgate! —brama Luca y libera la mano de él.

Miro fijamente la espalda de Enzo mientras corre hacia la puerta. No me atrevo a mirar a mi salvador. Si lo hago, podría desmoronarme. Hasta esta mañana, aún creía que había una pequeña posibilidad de estar con Luca algún día. Esa pequeña esperanza se evaporó en el momento en que mi padre me informó que había aceptado dar mi mano en matrimonio a Angelo Scardoni, el más joven de los capos de mi abuelo, cuando cumpliera veintiún años. Siempre supe que acabaría en un matrimonio arreglado porque era la única opción para la nieta del Don de la *Cosa Nostra*, pero aun así tenía esperanzas.

—¿Todo bien, *Tesoro*?

—Sí. —Asiento con la cabeza, manteniendo los ojos fijos en la puerta—. Gracias, Luca.

—Si te vuelve a molestar, avísame.

—Lo haré.

—De acuerdo. —Me toca ligeramente la nuca, como si me rozara el cabello—. Feliz cumpleaños, Isabella.

Espero hasta que ya no siento a Luca detrás de mí, entonces me doy la vuelta lentamente y lo miro mientras se aleja, dejándome de pie con una sobrecarga de emociones gestándose en mi interior, sin ningún lugar a dónde ir. Algo me oprime el pecho. Me pregunto qué sentiría si, por una vez, él caminara hacia mí. Quizás entablar una conversación sin sentido, aunque sea pasajera. Es lo máximo que nos hemos hablado en los últimos dos años. A menudo he temido que se hubiera olvidado de que existo.

Escucho que me llaman por mi nombre y me volteo para ver a Catalina haciéndome señas para que me acerque. Echo una última mirada por encima de mi hombro a Luca, que se aleja, y me dirijo hacia las mesas con comida, pasándome los dedos por el cabello donde su mano lo acarició.

Capítulo 2

Tres meses atrás

(Luca 35 años)

Luca

Apoyo mis codos en el volante y miro el vídeo que se está reproduciendo en mi teléfono.

Unos pantalones negros y un vestido rojo, obviamente abandonados a toda prisa, están tirados en el suelo en medio de la habitación. Un hombre con camisa blanca está sentado al borde de la cama, mientras una mujer rubia está arrodillada entre sus piernas, haciéndole una mamada. La habitación en la que están es... *mi habitación*. Y la mujer que se está ahogando con la polla de su guardaespaldas es mi querida esposa.

Guardo mi teléfono en mi chaqueta, saco mi pistola de la guantera y salgo del auto.

Es la una y media de la madrugada y no hay nadie en el vestíbulo. Mis pasos resuenan en el suelo de mármol oscuro y suben por la amplia escalera. Cuando llego al tercer piso, giro a la derecha y camino por el pasillo hasta la habitación de mi hija para asegurarme de que no está en casa. Rosa está durmiendo en casa de su amiga, como suele hacer cuando tengo que irme un par de días por trabajo. Ella y su madre nunca se han llevado bien.

Abro la puerta de la recámara de Rosa y miro en su interior. Está vacía. Cierro la puerta y sigo hasta el otro extremo del pasillo, hacia mi

habitación.

Cuando entro, Simona sigue de rodillas delante del guardaespaldas. La lámpara del rincón emite luz más que suficiente para que pueda ver claramente la cara sonrojada del hombre sobre la cabeza de Simona, que se mueve. Levanto la pistola, apunto al centro de su frente y aprieto el gatillo. El estruendo hace temblar la mesita de noche y la sangre salpica las sábanas blancas de seda. Simona grita, se levanta de un salto y se aleja del cuerpo tendido en la cama. También tiene manchas rojas en la cara y el cabello, así como en los pechos y el cuello. Parece que un poco de los sesos de su amante acabaron también en su cabellera. Sigue gritando cuando me acerco despreocupadamente a ella y la agarro por el brazo.

—¡Suéltame! —grita mientras la saco de la habitación y la arrastro por el pasillo—. ¡Lo mataste, monstruo!

Simona sigue chillando durante los dos tramos de escaleras, intentando zafarse de mi agarre. Ignoro sus protestas y me dirijo hacia la puerta principal, abierta de par en par. Dos de mis guardias de seguridad entran corriendo, pero se detienen en la entrada, con los ojos desorbitados al vernos. Una sirvienta sale por la esquina del pasillo donde el personal tiene sus habitaciones y se queda inmóvil a medio camino. Se cubre con su abrigo tejido y su mirada se clava en el cuerpo desnudo y ensangrentado de Simona. Paso por delante de los guardias y arrastro a mi esposa gritando afuera, y bajo los cuatro escalones de piedra hasta la entrada.

—Recibirás los papeles del divorcio por la mañana —reviro y la suelto del brazo.

—¿Qué? Luca, ¡por favor! Fue un error. —Se acerca como si quisiera tomar mi mano.

—¡No te atrevas a tocarme, maldición! ¡Lárgate de mi casa!

—¡No puedes hacer esto! —vocifera—. ¡Luca!

Me doy la vuelta y vuelvo adentro. Por alguna razón, ni siquiera estoy enojado. Lo único que siento es asco. Con ella, pero también conmigo mismo por no haber terminado antes con esa zorra.

—Manda a una sirvienta a que le lleve algo que ponerse y llama a un taxi —le ordeno a Marco, quien está junto a la puerta—. No puede entrar a la casa.

—Por supuesto, señor Rossi —asiente rápidamente.

—Hay un muerto en mi habitación. Que alguien se encargue de eso también —continúo mientras me dirijo hacia la escalera. Estoy a medio camino de la segunda planta cuando escucho la voz de mi hermano.

—¿Luca? ¿Qué pasa?

Damian está de pie en el escalón del segundo piso, vistiendo únicamente sus bóxers. Detrás de él hay una chica de cabello oscuro envuelta en una sábana, que se asoma por encima de su hombro.

—Simona y yo decidimos separarnos —explico mientras subo la escalera—. Ella se marchará.

—¿Desnuda?

—Sí. —Me detengo frente a él y lanzo una mirada a la chica que se esconde detrás de él—. Buenas noches, Arianna.

—Hola, Luca. —Sonríe con nerviosismo.

—¿Tu padre sabe dónde piensas pasar la noche?

—No —musita.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar a mi hermano.

—Franco te va a matar.

—Arianna tiene veintiún años. Creo que puede tomar sus propias decisiones, Luca. —Sonríe.

—También está comprometida —replico y sigo subiendo las escaleras—. Me voy a dormir. Mañana tengo una reunión a las ocho.

—¿Luca? —me llama—. ¿Fue un disparo lo que escuchamos antes?

—Sí.

—¿Quieres darme más detalles?

—No. Vuelve a la cama, Damian.

Cuando llego al tercer piso, paso por mi habitación para recoger el cargador de mi teléfono y un cambio de ropa para mañana, luego me dirijo a la habitación de Rosa para dormir.

Capítulo 3

Dos meses atrás

(Isabella 19 años)

Isabella

Me siento al borde de la cama y tomo la frágil mano de mi abuelo entre las mías. Intento ser cuidadosa para no empujar la vía intravenosa conectada, que le suministra fluidos para mantenerlo hidratado. Acomodo con cuidado el tubo y muevo el soporte para no golpearlo accidentalmente con mis rodillas. La mesita de noche de la izquierda está cubierta de todo tipo de frascos de medicamentos. Al menos diez. El aire de la habitación se siente rancio, impregnado del olor a medicina que parece aferrarse a todo.

—*Nonno* —susurro. Tiene las mejillas hundidas y grandes ojeras oscuras alrededor de sus ojos. Tiene muy mal aspecto—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un tren.

—Tuviste un infarto. Es de esperar. Te pondrás mejor en unos días. Sonríe tristemente.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. —Empiezo a decir algo, pero me aprieta la mano y continúa—: Tenemos que hablar. Es importante.

—Puede esperar hasta que te sientas mejor.

—No, no puede esperar. —Sacude la cabeza—. Cuando me vaya, habrá caos. Lo sabes.

—No vas a morir pronto. La Familia te necesita. —Aprieto los labios con fuerza—. Yo te necesito.

Giuseppe Agostini lleva veinte años dirigiendo la rama de Chicago de la Familia *Cosa Nostra*, pero también ha sido la roca de nuestra propia familia. Mientras él tenía su propia ala, todos vivíamos en la misma casa. No puedo imaginarme sin él aquí.

—Es el círculo de la vida. Los viejos deben irse y los jóvenes quedarse.

—Tienes sesenta y nueve años. No eres viejo.

—Lo sé, *stella mia*. Pero así es esto —suspira y me aprieta la mano—. Ya sabes cómo funcionan las cosas en nuestro mundo. Si un Don muere sin que se haya elegido un sucesor, habrá una guerra interna dentro de la Familia. Convoqué a los capos para pasado mañana, para poder nombrar a mi sucesor.

No entiendo por qué me dice esto. Él no se está muriendo. Fue solo un leve infarto. La gente vive años después de que eso ocurre.

—El hombre al que pienso nombrar necesitará la conexión con nuestra familia para asegurarse de que nadie se enfrente a él y empeore las cosas —continúa—. ¿Entiendes lo que te digo, Isabella?

—No, creo que no.

—Necesitamos unir a nuestras familias. Por medio del matrimonio. Por fin las cosas empiezan a tener sentido y me recorren escalofríos.

—¿Quieres que me case? ¿Inmediatamente?

—Sí. ¿Lo harás, Isi?

Se me llenan los ojos de lágrimas. Es el único que me llama así.

—¿Ya hablaste con Angelo? —inquiero.

No tengo nada en contra de Angelo. Es un buen chico y hemos tenido algunas citas, pero nunca he sentido nada por él, ni siquiera una chispa. Y esperaba tener unos cuantos años más de libertad.

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Le dije que el compromiso se cancela.

—¿Se cancela? —Parpadeo—. No lo entiendo.

—Angelo es un buen chico, pero es demasiado joven para ser un Don, Isi. El resto de la Familia nunca lo apoyaría.

Frunzo el ceño, confundida.

—Entonces, ¿con quién me voy a casar?

—Con el único hombre que puede hacerse cargo de toda la mierda que le voy a echar encima y no desmoronarse ante ella.

Mi respiración se vuelve agitada y mi corazón empieza a latir tan fuerte que temo que se me salga del pecho.

—Te vas a casar con Luca Rossi. —Mi abuelo dice las palabras que llevaba más de una década deseando escuchar, y yo solo puedo mirarlo fijamente.

—Pero... ya está casado —reviro, estupefacta.

—Simona y él se están divorciando. Será cuestión de días. Sé que solo tienes diecinueve años, y él es mucho mayor que tú...

Sacudo mi cabeza y me inclino para abrazar su frágil cuerpo.

—Con mucho gusto me casaré con Luca, *Nonno*.

Luca

Toco la puerta del estudio de Don Agostini.

—Adelante —responde una débil voz desde el interior.

La Familia sabe desde hace tiempo que Giuseppe no se encuentra bien. Me he reunido con él al menos una vez a la semana para ponerlo al día sobre el negocio inmobiliario, así que he sido testigo directo de su

deterioro. Sin embargo, la visión que me recibe me hace estremecerme. Parece haber envejecido veinte años desde la última vez que lo vi.

—Luca. —Señala con la cabeza la silla al otro lado del escritorio—. Siéntate, por favor.

—¿Cómo se siente, jefe? —indago mientras tomo asiento.

—Terrible, como puedes ver. —Sonríe—. Seré breve porque Lorenzo y los otros capos vendrán en menos de una hora.

Llevo preguntándome de qué quiere hablar desde que recibí su llamada ayer. Al principio, supuse que sería sobre negocios, como siempre. Pero si ese es el caso, se podría discutir después de la reunión con los capos.

—Tuve un infarto hace dos días —dice—. Fue algo sin mayor importancia, pero como tan amablemente me indicó el médico, tengo que empezar a poner mis asuntos en orden. Rápido.

—Muy bien. ¿Cómo puedo ayudar?

—Haciéndote cargo.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza.

Giuseppe me ha ido dando más responsabilidades en los últimos dos años. También me ha transferido por completo los asuntos inmobiliarios, diciendo que no podía encargarse de todo. Supongo que planea delegar otra parte del negocio.

—¿De qué necesitas que me haga cargo?

—La Familia de la *Cosa Nostra* de Chicago, Luca.

Me quedo mirándolo fijamente. Decir que me tomó por sorpresa sería quedarme corto. Todo el mundo esperaba que el próximo Don fuera Lorenzo Barbini.

—¿Qué pasa con Lorenzo? —pregunto.

—Lorenzo es un buen subjefe. Hasta ahora ha organizado y supervisado bien las operaciones —continúa Giuseppe—. Sin embargo, no

es capaz de tomar decisiones pensando en los intereses de la Familia y no en los suyos propios. Siempre planeé que fueras tú.

—Bueno, hubiera agradecido que me lo hubieras avisado con anticipación.

—Considérate avisado.

—¿Por eso llamaste a todos los capos hoy? —inquiero.

—Sí, es una de las razones.

—¿Y las otras?

—Solo una más. Estoy adelantando la fecha de un asunto importante. —Hace una pausa, con sus ojos clavados en los míos. A pesar de su aspecto frágil, su mirada permanece firme y analítica. ¿Qué espera encontrar?—. La próxima boda de Isabella —suelta después de un momento.

—¿Con Angelo Scardoni?

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Contigo.

Cierro los ojos y los abro de par en par. Dijeron que era su corazón, no su cerebro, lo que fallaba.

—Isabella tiene diecinueve años —señalo—. No me voy a casar con una niña.

—No es una niña. Su madre se casó a los dieciocho. No veo ningún problema.

—Pues yo sí. Técnicamente, yo podría ser su padre.

—Ni siquiera tienes treinta años.

—Tengo treinta y cinco. —Y él lo sabe perfectamente, aunque se limita a agitar la mano en el aire como si no tuviera importancia.

—Isabella es una buena chica, tal vez un poco terca a veces, pero es extremadamente inteligente y muy versada en la interacción social y los

asuntos de la Familia. Sin mencionar que es excepcionalmente hermosa.

Lo es. La he visto muy a menudo y no puedo negar lo evidente. Con su larga cabellera castaña que le cae por la espalda en suaves rizos, una fina nariz y unos enormes ojos oscuros que son casi demasiado grandes para su cara, es despampanante. No es muy alta, pero tiene un cuerpecito increíble, una cintura ridículamente pequeña y el trasero más perfecto que jamás he visto. Y el hecho de que me haya fijado en el culo de una chica de diecinueve años es algo jodido. También conozco a Isabella desde que era una niña, y la idea de casarme con ella me parece una locura.

Parece que Giuseppe no capta mi renuencia porque sigue hablando.

—Será una buena esposa para ti. Y si la dejas, una buena compañera.

—¿Compañera en qué?

—En la vida, Luca. Cuando estás en una posición de poder, una esposa en la que puedas apoyarte y confiar es indispensable. Para hombres como nosotros, es raro encontrar una compañera con la que compartir lo bueno y lo malo. Y habrá muchas cosas malas, créeme.

Sacudo la cabeza. Quién iba a pensar que el Don sería romántico.

—La única persona en la que uno puede confiar de verdad es en sí mismo, jefe. Y, a veces, en su pariente de sangre más cercano. Aprendí bien esa lección.

—No todas las mujeres son como Simona. —Estira la mano para tomar un vaso de agua del escritorio, y no puedo evitar notar cómo le tiemblan los dedos—. ¿Qué pasó entre ustedes dos? Sé que nunca se llevaron bien, pero ¿divorciarse?

Me reclino en la silla y cruzo los brazos frente a mí.

—La encontré haciéndole una mamada a su guardaespaldas. En nuestra cama. Lo sospechaba desde hacía tiempo, así que puse una cámara

en la habitación.

—Dios. ¿Está vivo?

—No. Y ella apenas escapó del mismo destino.

—Me preguntaba por qué aceptó el divorcio tan fácilmente. ¿Cómo está manejando Rosa la situación? —pregunta tras una pausa.

—Simona nunca estuvo interesada en ella. Rosa fue solamente un medio para conseguir un propósito. Una herramienta para que me casara con ella.

—Lo siento. Espero que Isabella se lleve bien con tu hija.

—¿Así que lo del matrimonio va en serio?

Con la cabeza ligeramente inclinada, el Don me mira por encima del borde de sus gafas. Abre un cajón, saca un paquete de papeles y los arroja sobre el escritorio frente a mí. Un contrato de matrimonio. No puedo creer que apenas conseguí deshacerme de una esposa, y él me está imponiendo a una niña como prometida antes de que mi divorcio haya finalizado.

—¿Qué voy a hacer con una chica de diecinueve años, jefe?

—Hagas lo que hagas, lo harás con respeto. Isabella puede ser joven, pero sigue siendo mi nieta, y una persona que te ayudará a asegurar tu lugar como el nuevo Don. Tenlo en cuenta.

Miro fijamente la pila de papeles que tengo frente a mí. Aprieto los dientes y asiento con resignación.

Capítulo 4

Isabella

¿Es posible que el mismo día sea el más feliz y el más triste de mi vida?

Inclino la cabeza y miro mi reflejo en el espejo mientras permanezco de pie en un pequeño taburete mientras dos costureras se arrodillan en el suelo, ajustando el largo de mi vestido de novia. No había tiempo suficiente para encargarme un vestido hecho a la medida, así que mi madre me llevó al más prestigioso centro de novias de la ciudad y eligió el vestido más caro disponible. Hubo que ajustarlo para que me quedara bien con mi impresionante trasero.

Andrea y yo teníamos una complexión parecida cuando éramos más jóvenes, pero cuando llegó la pubertad, mi hermana conservó su esbelta figura y yo no. Es como si mi cuerpo estuviera formado por dos mitades que no encajan. Me encanta mi cintura estrecha y mi vientre plano. Mis pechos son medianos, aunque firmes. La parte superior de mi cuerpo es pequeña, lo que me permite comprar camisetas y tops de las tallas más pequeñas. Sin embargo, la parte inferior de mi cuerpo es otra historia. Mi trasero y mis caderas son al menos dos tallas más grandes que mi torso. Las dietas nunca me han servido de mucho, porque lo único que consiguen es que mis pechos y mis brazos, ya de por sí delgados, se hagan más pequeños antes de que mi trasero reciba el mensaje.

Andrea siempre me dice que estoy loca y que mataría por tener un trasero como el mío, pero yo no lo veo. Aunque nunca he tenido problemas

de autoestima, no diría que no a un trasero más pequeño y unos muslos más delgados. Suspiro mientras vuelvo a mirar mi reflejo.

—¿Qué quiere que le hagan a su cabello, señorita Isabella? — pregunta la estilista.

—Déjelo suelto —sugiere mi madre desde la silla de la esquina de la habitación. Lleva supervisando los preparativos desde las cinco de la mañana.

—Suelto está bien. —Me encojo de hombros.

Luca no ha venido a verme. Ni el día que mi abuelo anunció que nos casaríamos, ni en ningún momento de las semanas siguientes. Supongo que lo consideró innecesario porque ya nos conocíamos.

Examino de nuevo mi reflejo, observando el largo vestido blanco de encaje y la costosa tiara sobre mi cabeza. Por fin mi sueño se hace realidad. No obstante, nunca pensé que sería una experiencia tan amarga. Por lo que escuché la mañana que espíe fuera del estudio de mi abuelo, debería habérmelo esperado.

—¿Qué voy a hacer con una chica de diecinueve años? —preguntó Luca. Como si yo fuera un perro callejero que alguien trajo de la calle. Uno al que no podía echar, pero que tampoco quería allí.

Me alegro de haber escuchado únicamente la parte final de la conversación. Dios sabe qué más dijo antes de eso.

Tocan a la puerta y mi padre asoma la cabeza.

—Estás preciosa, Isa. —Sonríe y voltea hacia mi madre—. Emma, tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde.

—Bajaremos en un minuto —dice, moviéndose detrás de mí.

El personal sale primero de la habitación, después mi madre, y por último salimos Andrea y yo.

—¡Sonríe, Isa! Por fin te casarás con Luca —susurra—. Todavía me parece algo irreal.

—Sí.

—*Oh*, vamos. Es el día de tu boda, por el amor de Dios. Esperaba que estuvieras eufórica. La gente esperará que estés feliz.

—Solo estoy nerviosa —miento. No le he contado lo que le escuché decir a Luca en el estudio del abuelo—. Bueno, ¿está mejor? —pregunto y ofrezco una de mis sonrisas fingidas favoritas.

—Perfecto. Esa me encanta, yo nunca he conseguido la mezcla perfecta de felicidad con un poquito de timidez. Siempre fuiste la mejor alumna de mamá. —Se ríe.

Sí, en nuestro mundo todo es cuestión de apariencias.

Luca

Mi divorcio es oficial desde ayer por la tarde. Y ahora, ni siquiera veinticuatro horas después, estoy de pie frente a un altar, esperando a mi nueva esposa. Increíble.

La alta puerta de la iglesia se abre e Isabella, del brazo de su padre, entra. Aprovecho para estudiar a mi futura esposa mientras se acerca. Tal vez sea la luz, pero su rostro se ve diferente desde la última vez que la vi durante algo más que un segundo fugaz. Sigue siendo despampanante. Sigue teniendo el mismo cabello largo, ojos enormes y pómulos afilados. No puedo decir exactamente qué es, pero hay algo que no está bien. Da la impresión de estar contenta. Tiene una pequeña sonrisa en sus labios y la cabeza erguida, la imagen perfecta de una novia radiante. Vuelvo a mirarla a los ojos y es entonces cuando lo veo. Puede que su rostro muestre

felicidad y alegría, pero la emoción no llega a sus ojos. En cambio, parecen... vacíos.

Da el último paso para ponerse a mi lado, con la mirada fija únicamente en el sacerdote. Por supuesto, ella tampoco quiere esto. ¿Qué chica de diecinueve años querría estar atada a un hombre que casi le dobla la edad? Debe de estar asustada por lo que está pasando. Debería haber ido a hablar con ella antes, reunirme adecuadamente antes de la boda. No es que piense que vayamos a casarnos en el verdadero sentido de la palabra, pero aun así...

Cuando el sacerdote empieza a hablar, estiro mi mano para tomar la suya y escucho su respiración agitada. Isabella baja la mirada hacia nuestras manos entrelazadas y luego me mira fijamente. Sus ojos ya no están vacíos y, mientras me observa, casi puedo ver el fuego que arde en sus oscuras profundidades. Me gusta mucho más que su mirada muerta.

Después de que el sacerdote termina e intercambiamos los anillos, me inclino y le doy un beso breve en la mejilla. Cuando me enderezo y la miro, veo que vuelve a mirarme con esa mirada vacía.

* * *

Levanto mi vaso y le doy un sorbo al agua mineral sin apartar los ojos de la esquina del salón donde está mi joven esposa con su hermana y su madre.

En cuanto llegamos al *country club*, donde se celebra el almuerzo nupcial, Isabella se apartó de mi lado y se fue al extremo opuesto de la sala. No ha mirado en mi dirección ni una sola vez. Debería sentirme aliviado. En cambio, llevo más de una hora observándola, fijándome en cada hombre que la mira de pasada. Me enfurece. No solamente las miradas que le

dirigen los demás hombres, sino también el hecho de que me esté molestando.

—Qué inesperado giro de los acontecimientos —dice Lorenzo Barbini cuando se acerca a mí.

—¿Ah, sí? —Doy otro sorbo a mi bebida—. ¿Te refieres a la boda o al hecho de que Giuseppe me nombrara su sucesor?

—A ambos, para ser sincero. Creía que el plan era que Angelo Scardoni se casara con su nieta.

—Los planes cambian —respondo.

Lorenzo ha sido subjefe de Giuseppe durante casi quince años, más tiempo del que yo he sido capo. Es comprensible que le sorprendiera la decisión del Don. Todo el mundo lo estuvo, incluyéndome a mí.

Normalmente, cuando un Don muere o decide retirarse, es su hijo o su yerno quien asume el liderazgo. Si no es el caso, las riendas pasan al subjefe. Mi nuevo abuelo político optó por forjar un cambio.

—¿Estás seguro de que puedes con todo lo que implicará tu nuevo cargo? —pregunta.

Nunca aspiré a dirigir a la Familia. Hacer negocios de armas, gestionar las transacciones para que todo funcione bien y traer dinero, era mi principal objetivo. Actualmente, las operaciones que superviso generan más del cincuenta por ciento de nuestros ingresos.

—¿Crees que serías mejor Don? —indago.

—Seamos realistas, Luca. Eres un hombre de negocios y haces un gran trabajo. Pero rara vez asistes a eventos de la Familia, y estoy bastante seguro de que no tienes ni idea de cómo manejar los asuntos internos.

Tiene razón. Me importan un bledo sus cenas, o quién se cogió a la esposa de quién. Asumir el puesto de jefe de la *Cosa Nostra* de Chicago significa resolver un montón de asuntos privados, inmiscuirse en asuntos de

deudas entre miembros de alto nivel y arreglar matrimonios dentro de la Familia. El drama personal de los demás no es algo que me entusiasme. Sin embargo, lo poco que me importa el aspecto social del trabajo no significa que vaya a permitir que alguien cuestione mis habilidades.

—Sí, supongo que estarás más capacitado para manejar esa parte, teniendo en cuenta que sentarte en fiestas es lo único que has estado haciendo últimamente. Dime, Lorenzo, ¿dirigirías a la Familia de la misma forma que diriges nuestros casinos? Porque, por lo que sé, llevas meses con pérdidas importantes. —Sonrío, disfrutando de la conmoción que se extiende por su cara—. Pérdidas, debo añadir, que se cubrían con los beneficios que yo obtenía de los negocios de armas. Quizá deberías concentrarte en encargarte de tu propia mierda antes de aspirar a asumir más responsabilidades.

—Quien mucho abarca, poco aprieta —murmura Lorenzo dentro de su vaso.

Sonrío y agarro el nudo de su corbata, tirando ligeramente de él hacia arriba.

—No te escuché bien. —Me inclino, acercándome a su cara—. ¿Puedes repetirlo, por favor?

Las fosas nasales de Lorenzo se agitan mientras el enrojecimiento comienza a extenderse por su cara. Me mira con los ojos desorbitados unos instantes y luego aprieta los dientes.

—Dije que tu información es errónea —espetá—. No hay nada malo en el negocio de los casinos.

—Oh. Entonces, es mi error. —Le suelto la corbata y señalo con la cabeza hacia la esquina de la habitación—. Parece que tu mujer te está buscando.

Lorenzo me lanza una mirada furiosa y se marcha, y yo dirijo mis ojos una vez más a mi joven esposa. Franco Conti, el capo encargado del lavado de dinero, está hablando con Emma, la madre de Isabella. No he colaborado mucho con Franco, ya que solo maneja el dinero que proviene de nuestros casinos. Damian se encarga de lavar lo que generan mis operaciones, y pienso seguir así. Junto a Franco está Dario D'Angelo, el hijo mayor del capo Santino D'Angelo, hablando con Isabella. Ella sonríe por algo que él dice, luego voltea hacia su hermana, y noto la forma en que la mirada de Dario recorre su cuerpo mientras ella no está mirando. Rechino los dientes, doy media vuelta y me dirijo a la barra. Con quién hable no debería preocuparme. Estoy a medio camino de mi destino cuando escucho risas femeninas detrás de mí, así que miro por encima de mi hombro. Isabella y su hermana se ríen de algo que acaba de decir Dario.

No debería molestarme que otro hombre pueda hacerla reír. No obstante, me molesta. Es como un maldito pinchazo en mi costado. Ignoro el impulso de acercarme y apartar al hijo de Santino de Isabella. En vez de eso, me reúno en la barra con Orlando Lombardi, otro capo que maneja los negocios de apuestas de la Familia.

—¿Te enteraste de lo que ocurrió la semana pasada en New York?
—pregunta cuando tomo asiento a su lado.

—No me interesan los chismes. —Le pido al camarero que me traiga otra agua mineral—. Hay demasiada mierda con la que lidiar aquí.

—Ajello aniquiló a dos clanes de la Camorra en una noche. Cuarenta y siete personas. Parece que intentaron meter las manos en sus asuntos. —Orlando se inclina cerca de mí—. Una de mis sobrinas está casada con un tipo que trabaja como soldado de Ajello. Escuchó que le dispararon a Ajello durante la balacera.

Doy un sorbo a mi bebida. Lo que haga el Don de New York no me concierne en lo más mínimo, no tengo nada que ver con él. Aunque no puedo evitar sentir un poco de curiosidad. Ese hombre siempre ha sido un misterio.

—¿Está muerto?

—No. Pero eso es todo lo que sé —agrega Orlando—. Sus tropas están demasiado unidas y sus hombres son leales hasta el punto de la locura. Mi sobrina solamente escuchó la conversación cuando su marido hablaba por teléfono con alguien.

Hago lo posible por mantener la vista fija en mi bebida, pero no puedo luchar contra el impulso de echar otro vistazo a Isabella. Cuando lo hago, me doy cuenta de que me está mirando. Sin embargo, en cuanto nuestras miradas se cruzan, se gira hacia Dario.

—¿Sabes? A veces pienso que el hombre no existe —continúa Orlando—. ¿Cómo es que nadie se ha reunido con él?

—Giuseppe sí —expongo y vuelvo a mirar a mi esposa. Sigue hablando con el idiota—. El año pasado.

—¡No! ¿Por qué nunca lo mencionó?

—Porque Giuseppe no necesita compartir lo que hace con nadie.

—Te lo dijo a ti —indica con un brillo de envidia en sus ojos—. ¿De qué se trató la reunión?

—Uno de nuestros soldados fue a New York a visitar a una novia que estaba allí por trabajo. Y no pidió permiso para entrar al territorio de Ajello. Giuseppe se reunió con Ajello para resolver el asunto.

—¿Y lo hicieron? ¿Resolvieron el asunto?

—Sí. —Asiento con la cabeza, pero mantengo un ojo en Isabella.

—¿Ajello liberó al tipo?

—En cierto modo —digo—. Envió de vuelta su cabeza vía FedEx.

—Jesucristo, carajo.

El hijo de Santino sigue con Isabella. Dejo mi vaso en la barra y me levanto.

—Me voy.

—¿Te vas en medio de la recepción de tu propia boda?

—Tengo una reunión con Sergei Belov esta tarde.

Sus ojos se abren de par en par.

—No sabía que estabas haciendo negocios con la *Bratva*.

—Bueno, ya dejamos claro que no sabes tantas cosas, Orlando.

Dejo a Orlando fulminándome con la mirada y me dirijo a buscar a mi esposa.

Isabella

Miro por la ventanilla de la limusina, observando los edificios a nuestro paso, e intento reprimir la necesidad de voltearme y mirar a Luca. Se aseguró de sentarse lo más lejos posible de mí, al otro lado del asiento trasero. Llevamos casi una hora conduciendo y no me ha dicho ni una palabra. En lugar de eso, ha estado absorto tecleando algo en su teléfono.

Mis pensamientos vuelven a la iglesia y a nuestra boda de esta mañana. Me emocioné mucho cuando el sacerdote dijo:

—*Puede besar a la novia.* —No es que esperara que Luca me devorara delante de toda esa gente, pero quería un beso de verdad. ¿Y qué obtuve? Un besito en la mejilla. Luego, bien podría haber sacado un caramelo de su bolsillo y dármelo. Me duele su forma de actuar.

Suspiro y sigo mirando hacia afuera, preguntándome qué demonios debo hacer ahora. ¿Decir a quién le importa y ver adónde nos lleva esta situación? ¿Vivir con un esposo que sigue siendo un extraño porque nos

ignoramos mutuamente? No, no lo permitiré. Mi fiesta de autocompasión termina aquí. Por fin me casé con el hombre al que he amado en secreto durante años, y no permitiré que me ignore por completo. Puede que ahora no le importe a Luca, pero haré que se enamore de mí, o moriré en el intento.

Tiene un problema con nuestra diferencia de edad. Claramente lo escuché decir eso. Bueno, no puedo hacer nada con respecto a mi edad, así que es uno de los obstáculos que tendré que superar. Supongo que deberé darle una lección. Puedo ser joven, pero sé lo que quiero. A él. Que me ame. Y estoy dispuesta a luchar por ello.

La limusina se detiene frente a una gran mansión blanca, Luca sale y se acerca a abrirme la puerta. Me recojo la falda, tomo su mano extendida y salgo para ver mi nuevo hogar. Es más pequeña que la casa de mi abuelo, donde crecí, pero sigue siendo enorme.

—Lleva la maleta de la señora Rossi arriba —le ordena al chofer y me hace un gesto para que lo siga al interior—. Supongo que querrás cambiarte y descansar, así que te llevaré a tu habitación. Damian te enseñará la casa antes de cenar.

—¿Tu hermano? —pregunto mientras entramos al gran vestíbulo.

—Sí. Tengo trabajo que hacer.

—¿Oh? —Puede que esté enamorada de él, pero eso no significa que vaya a permitir que me trate como a un tapete—. No recuerdo haberme casado con tu hermano, Luca.

Se detiene en seco y voltea hacia mí.

—¿Qué significa eso?

—Significa que serás tú quien me enseñe la casa y me presente a tu personal —expreso con voz fría y disfruto de cómo sus ojos se abren de par

en par, incrédulos. No esperaba que tuviera agallas, ¿verdad? Pues sorpresa —. ¿Dónde está tu hija?

—Rosa está en casa de su amiga. Estará en casa para la cena.

—Bien. Por favor, llévame a mi habitación ahora.

Luca ladea la cabeza, mirándome con interés, y se dirige a la gran escalera mientras yo me quedo unos pasos atrás. Siempre he admirado su forma de caminar. Su paso es lento, como el de un lobo al acecho. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, observo sus largas piernas y sus anchos hombros, y me detengo en la parte superior de su cabeza, donde tiene el cabello recogido.

Tantas veces he soñado despierta con quitarle la liga del cabello y pasar mis dedos por esos mechones negros. Me pregunto lo largo que lo tendrá ahora. La única vez que se lo vi suelto fue cuando saltó a la piscina para salvarme, hace tantos años. Debió de soltársele en el proceso, dejando libre su melena. Entonces le llegaba hasta los hombros.

Recuerdo todo sobre él. Observar a Luca en secreto era todo lo que podía hacer, así que me aseguré de captar cada detalle y guardarlo en mi bóveda mental, etiquetado con su nombre. La forma en que su cuerpo cambiaba con los años, volviéndose musculoso, más duro. Desde que cumplí dieciséis años, imaginaba ese enorme cuerpo envolviendo el mío, abrazándome fuerte. Amándome.

Tenía diecisiete años la primera vez que me masturbé, y lo hice imaginando que era su mano la que estaba entre mis piernas en lugar de la mía. Desde entonces, lo hago todas las noches antes de dormir. A veces incluso durante el día. Siempre que me sentía sola o triste, me encerraba en mi habitación, me metía bajo las sábanas e imaginaba a Luca acostado a mi lado mientras yo llegaba al orgasmo. Si la gente lo supiera, podría pensar

que soy tonta por estar enamorada de un hombre sin conocerlo tan bien. Me da igual.

Cuando llegamos al tercer piso, Luca señala con la cabeza la puerta de la izquierda y la abre.

—Mi habitación. —Señala.

Echo un vistazo y veo una cama enorme bajo la ventana. La mayoría de los muebles son de madera oscura que combina bien con las paredes de color *beige* pálido y las cortinas del mismo tono.

—Esta habitación no se usa —indica, abriendo la siguiente puerta. La habitación parece del mismo tamaño que la suya, pero aquí los muebles son en su mayoría blancos, con cortinas y una alfombra de un suave color durazno. En la pared de la izquierda hay una puerta que probablemente conduce a su habitación. Cierra rápidamente la puerta y me guía por el pasillo hasta que llegamos a las dos últimas habitaciones.

—La habitación de Rosa. —Señala con la cabeza la de la izquierda, con una gran letrero de “No molestar”, y luego se dirige a la puerta de la derecha y la abre—. Esta es la tuya.

Es un espacio agradable. Grande, con varias ventanas altas y muebles de madera clara. Mi maleta está en medio de la alfombra, junto a un gran sofá afelpado.

—Vendré a las seis para llevarte abajo a cenar —dice y se va.

Miro a mi alrededor una vez más. Así que me instaló lo más lejos posible de él en este piso. Eso no funcionará. Camino hacia mi maleta y agarro el asa. Haciéndola rodar delante de mí para que mi vestido no se enrede entre las ruedas, salgo de la habitación y me dirijo hacia el otro extremo del pasillo. Luca está entrando en su habitación cuando me escucha llegar. Retrocede un paso y me observa.

—¿Le pasa algo a tu habitación? —pregunta.

Me detengo frente a la habitación adyacente a la suya y levanto la barbilla. Sus ojos entrecerrados me miran fijamente, con una expresión que no consigo leer.

—En absoluto —respondo, deslizo la maleta al interior y cierro la puerta a mi espalda.

Luca

Miro hacia la puerta que conecta mi habitación con la que ha reclamado Isabella y escucho los sonidos que provienen del otro lado. De ninguna manera se quedará tan cerca de mí. Lo dejaré pasar por ahora, pero a primera hora de la mañana volverá a la habitación que está enfrente de la de Rosa. La escucho moverse y luego se abre el grifo de su baño. Mi esposa adolescente se está duchando a un par de pasos de mí y, de repente, mi mente invoca imágenes de su cuerpecito perfecto bajo el torrente.

Sacudo la cabeza. ¿Qué carajo me pasa? Estoy imaginando tener sexo con una adolescente. Y una que probablemente nunca se ha acostado con un hombre. Jesucristo. Salgo de la habitación y la cierro de un portazo, como si eso fuera a borrar las imágenes de Isabella desnuda y mojada. O la tentación de apretar su cuerpo entre el mío y los azulejos de la ducha mientras le sujeto las muñecas por encima de la cabeza.

* * *

Faltan quince minutos para las seis cuando regreso de la reunión con Sergei Belov. Uno de mis proveedores de armas consiguió varias cajas de ballestas militares, pero nadie sabía cómo funcionaban. Belov era la única

persona que se me ocurrió que podría saber cómo manejar esa mierda. Por la sonrisa que puso cuando le enseñé la muestra, tenía mucha experiencia con ellas. De alguna manera, no me sorprendió. No obstante, me dejó atónito cuando me preguntó si podía conseguirle un tanque. Luego, se encogió de hombros y dijo:

—Para un amigo. —Deben tener más de un lunático en la *Bratva*.

Subo las escaleras hasta el tercer piso y toco la puerta de la habitación temporal de Isabella. Abre y me echa un vistazo, fijándose en mis *jeans* y mi camisa negra. Noto un brillo de asombro en sus ojos.

—¿Aquí no hay que vestirse para cenar? —pregunta mientras nos dirigimos a la escalera.

—Odio los trajes.

Isabella arquea las cejas, sorprendida. Sin decir nada, baja las escaleras delante de mí, lo que me permite ver su trasero sin obstáculos. Un *top* rosa sin mangas que se anuda al cuello se amolda a su torso y a su estrecha cintura, y no hace más que resaltar su culo redondo y firme, envuelto en unos pantalones negros ajustados. Necesito una enorme fuerza de voluntad para apartar los ojos de él.

Cuando llegamos a la planta baja, se detiene ante el personal alineado a la derecha del vestíbulo.

—Esta es Isabella. Mi esposa —indico y los presento uno por uno, empezando por el ama de llaves, luego las sirvientas, dos choferes, el jardinero y, por último, el personal de la cocina.

Una vez hecho esto, me dirijo al otro lado, donde está mi personal de seguridad, y los presento también. No espero que recuerde ninguno de sus nombres porque aquí trabajan más de treinta personas.

—Este es el segundo turno —digo—. Te presentaré al primer turno cuando lleguen por la mañana.

—Gracias. —Asiente con la cabeza y me sigue hasta el comedor que ocupa una cuarta parte de la planta baja en el lado este.

Recuerdo la primera vez que traje aquí a Simona después de casarnos en el ayuntamiento. Estaba abrumada por el número de guardias de seguridad y el tamaño de la casa, y saltaba y chillaba cuando alguien que llevaba un arma de fuego pasaba a su lado. Isabella, por el contrario, asimila todo esto sin pestañear. Supongo que no es nada nuevo para ella. Se crio en una casa el doble de grande que la mía y con bastantes más guardias armados.

Damian ya está en el comedor, sentado en la mesa a la izquierda del asiento principal. Nos ve entrar, se levanta y extiende su mano.

—Por fin. —Se ríe—. Empezaba a preguntarme si Luca había decidido esconderte en tu habitación para siempre.

—Isabella, este es mi hermano —pronuncio y observo atentamente su reacción.

Mi hermano es doce años menor que yo y, como a las mujeres les gusta llamarlo, es “guapísimo”. La gente suele fijarse en sus ojos azules, su cabello bien peinado y su impecable vestimenta, y al mismo tiempo lo subestiman, pensando que es un donjuán. Hace todo lo posible por mantener esa imagen con su comportamiento. No mucha gente sabe el genio que se esconde bajo ese caro corte de pelo. Damian es bueno con los números y el mercado inmobiliario. Por eso, maneja las finanzas de mis negocios. También lava millones de dólares mensualmente.

—Simplemente Isa, por favor —pide mi esposa.

—Tengo que decir que no se me ocurre un nombre que te quede mejor, Isa. —Él le sonríe—. Bella.

Sacudo la cabeza. Ya empezó con la seducción.

—Nada de coqueteos, Damian. ¿Dónde está Rosa?

—Dijo que comería en su habitación.

Me dirijo a la sirvienta que espera cerca.

—Trae a mi hija aquí abajo. Ahora mismo.

Mientras nos sentamos a la mesa a esperar a Rosa, me reclino en la silla y observo cómo Isabella y Damian discuten sobre lo que a ella le gusta de la casa. Está claro que congenian desde el principio, lo que me esperaba, ya que tienen edades muy cercanas. Me pregunto si intentará seducirlo como hizo Simona.

—No estuviste en la boda —confirma Isabella.

Damian sonríe.

—Sí, intento evitar las reuniones de la Familia.

—Lo que quiere decir es que no quiere encontrarse con sus ex —suelto—. Sobre todo porque la mitad de ellas ya estaban casadas cuando se acostó con ellas.

—Tiene sentido. —Isabella sonríe a mi hermano—. ¿Todavía te acuestas con la hija de Franco?

Damian da vueltas a su vino y la mira fijamente.

—¿Cómo sabes eso?

Isabella sonríe y toma la jarra de jugo.

—¡No voy a sentarme en la misma mesa con esa mujer! —La voz aguda de mi hija llega hasta mí.

Me doy la vuelta en la silla y clavo mi mirada en Rosa, asegurándome de que vea en mis ojos lo que pienso de sus gritos.

—Ven aquí.

—No. Ya te dije . . .

—Ahora mismo, *piccola*.

Da un pisotón en el suelo, levanta la barbilla y se acerca a la mesa, sentándose al otro lado de Damian.

—Ahora, discúlpate con Isabella —exijo.

—No.

Dios. ¿Acaso la pubertad no llega alrededor de los doce años? Rosa tiene solo siete años, pero empiezo a creer que está entrando en ella antes de tiempo. Cuando le dije que Simona y yo nos íbamos a divorciar, su comentario fue: —¡Qué bien!—. Las dos nunca tuvieron ningún tipo de relación, y Rosa pasaba más tiempo con nuestra cocinera que con su propia madre. La semana pasada hablé con ella y le expliqué la situación con Isabella, y me pareció razonable, pero supongo que tendremos que discutirlo más a fondo. No importa cómo o por qué Isabella acabó aquí, no permitiré que nadie le falte al respeto, incluyendo a mi hija. Y desde luego no permitiré gritos en mi casa.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sí.

—De acuerdo. Puedes volver a tu habitación.

—¿Qué? —Me fulmina con la mirada—. ¿Y la cena?

—Si no te disculpas, no hay cena.

—¡Papá!

—Eres libre de irte. —Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta y un gesto con la mano a la sirvienta para que sirva la comida.

—Bien —revira Rosa, se levanta de la silla y se marcha.

Sigo a Rosa con la mirada mientras se va y veo que Isabella me observa con la boca fruncida. Espero a ver si hace algún comentario, aunque no dice nada, solo aparta la mirada y se concentra en su plato. Probablemente piense que voy a dejar que mi hija se duerma sin cenar, y no pienso tranquilizarla.

Isabella

Pensé que encontrar la cocina iba a ser un problema, pero cuando llego a la planta baja, una de las sirvientas que conocí al llegar está desempolvando la lámpara del rincón.

—Anna, ¿puedes indicarme dónde está la cocina? —inquiero acercándome a ella.

Me mira con una expresión de confusión y asiente rápidamente.

—Por supuesto, señora Rossi. Por aquí.

Sigo a Anna por el pasillo de la derecha hasta que llegamos a la parte trasera de la casa, Donde se detiene frente a una puerta blanca.

—Es aquí.

—Gracias —digo y entro.

La cocina es espaciosa. Los mostradores y una isla a la izquierda. A la derecha, una larga mesa de madera para al menos diez personas. Probablemente es donde come el personal. Me dirijo a los gabinetes, donde una mujer de unos cincuenta años saca brillo a los vasos junto al fregadero.

—¿Puedo ayudarla, señora Rossi?

—¿Le importaría prepararme un sándwich? Lo haría yo misma, pero no tengo idea de dónde guardan los ingredientes.

—Enseguida —asiente y se apresura a sacar un plato y pan, luego pregunta—: ¿Quiere algo en especial?

—Es para Rosa. Solo prepárelo como a ella le gusta. Gracias.

La sirvienta se dedica a preparar la comida, pero noto que me mira cada cierto tiempo. Cuando termina, trae un plato con dos sándwiches y una servilleta, y me los ofrece.

—De jamón. Con queso extra.

—Gracias, Grace. Buenas noches.

Sus ojos se abren de par en par al oírme decir su nombre, pero se tranquiliza rápidamente.

—Buenas noches, señora Rossi.

Llevo los sándwiches al tercer piso, camino por el pasillo y toco la puerta de Rosa.

—¡No estoy aquí! —responde desde el otro lado.

Pongo los ojos en blanco. Es como si estuviera escuchando a mi hermana. Andrea se pone de muy mal humor cuando algo no sale como ella quiere. Agarro la perilla con la mano que tengo libre y abro la puerta. Rosa está tumbada boca abajo en la cama, absorta en lo que pasa en el teléfono que tiene enfrente.

Cuando me ve en la puerta, se levanta de un salto y me mira fijamente.

—¿Qué haces en mi habitación? Vete o... —Sus ojos se posan en el plato que tengo en las manos—. ¿Sin mayonesa?

—Sin mayonesa. —Me acerco a la cama, coloco el plato a su lado y me doy la vuelta para marcharme.

—¿Cómo conociste a mi papá?

Me detengo.

—Se lanzó a la piscina y me salvó la vida.

—Estás mintiendo.

—*Nop* —respondo por encima de mi hombro—. Pregúntaselo tú misma si quieres.

—¿De verdad te salvó la vida?

Sonrío para mis adentros y me doy la vuelta.

—¿Quieres que te cuente?

—¡Sí! —exclama con los ojos muy abiertos—. Cuéntame.

Me dejo caer en el pequeño sofá de la esquina de la habitación y me reclino.

—Yo era un poco más joven que tú. Era mi sexto cumpleaños. Todos los niños corríamos por el jardín jugando. Se me desató una agujeta y, cuando me arrodillé para atármela junto a la piscina, el primo de mi amiga pasó corriendo a mi lado y me empujó al agua.

—¿Te caíste a una piscina?

—Sí.

—¿Y papá te salvó?

—Saltó inmediatamente, con ropa y todo. La piscina no era profunda, pero yo era pequeña y podría haberme ahogado.

—Wow —dice, y luego inclina la cabeza, mirándome—. ¿Por eso te casaste con él? ¿Porque te salvó la vida?

Me río.

—No. Me casé con él porque mi abuelo y tu padre acordaron que sería lo mejor. Así es como a veces funcionan las cosas.

—Entonces, ¿no lo amas?

¿Lo amo? Para amar de verdad a alguien, tendría que amar a la persona tal y como es, lo mejor y lo peor de ella. He estado enamorada de la idea de Luca desde que tengo memoria, y he estado obsesionada con él durante los últimos años como una loca. ¿Eso es amor? ¿O solo un enamoramiento? Nunca he sentido nada parecido por otro hombre, eso es seguro.

—Me gusta. —Asiento con la cabeza.

—Escuché a la hermana de Tiyana decir que mi papá es sexy. ¿Qué significa eso?

Parpadeo, ligeramente desconcertada sobre cómo explicarlo. Rosa solo tiene siete años, aunque a veces su actitud grite preadolescencia.

—Significa que es guapo.

—Ah, bueno. —Le da un mordisco a su sándwich, sin dejar de mirarme. Mientras mastica, entrecierra los ojos como si me estuviera juzgando—. ¿Me vas a gritar?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Simona siempre me grita. —Se encoge de hombros—. Cuando papá no está, claro. No permite que me griten.

¿Llama a su madre por su nombre ? Aún estoy intentando procesar ese hecho y las implicaciones que conlleva cuando se abre la puerta. Luca entra con una bandeja con un sándwich en un plato y un vaso de leche. Se detiene en la puerta y se fija en el sándwich que Rosa tiene en la mano.

—Isabella se te adelantó —expresa Rosa entre bocados y me señala con el dedo.

—Bien, me voy. —Me levanto y me dirijo hacia la puerta—. Buenas noches, Rosa.

Luca no se mueve de la puerta, donde me observa como un halcón. Levanto la vista y lo miro, y nuestros ojos se quedan en silencio durante varios latidos hasta que por fin se aparta. Con movimientos deliberadamente lentos, recorro el pasillo hasta llegar a mi habitación. Algo, llamémoslo intuición, me dice que aún me está observando cuando entro en mi cuarto sin mirar atrás.

En cuanto la puerta se cierra tras de mí, exhalo y apoyo la espalda en ella. Pensé que sería fácil fingir indiferencia, pero tengo la sensación de que un solo acto amable de mi parte hará que se aleje aún más. No puedo arriesgarme. Todavía no.

Estar tan cerca de Luca después de todos estos años y saber que no quiere nada conmigo... duele. En cierto modo, era más fácil cuando sabía

que no tenía ninguna posibilidad. Nunca esperé nada. Y ahora, cuando por fin lo tengo tan cerca, siento que está aún más lejos de lo que estaba antes.

Cierro los ojos y recuerdo el día de mi decimoctavo cumpleaños, cuando me llamó *Tesoro*. Al parecer, la palabra no conllevaba realmente el afecto que yo imaginaba. Fue solo una palabra dicha a la ligera. Sin embargo, pensé en ese momento y en su leve roce en mi cabello durante días después de que ocurriera.

Bueno, no me rendiré. Será mejor que se prepare para la guerra, porque eso es lo que le voy a dar. Lucharé contra él y su indiferencia, a cada paso del camino.

—Más vale que estés preparado, Luca Rossi —susurro en la recámara vacía—. Porque todo se vale en la guerra y en el amor.

Capítulo 5

Luca

Arrojo mi chaqueta sobre uno de los sillones reclinables de mi habitación y me siento en el borde de la cama, escuchando el parloteo de Donato que proviene del teléfono. Ha habido algunos problemas con una de las propiedades que compramos y me pasé anoche y todo el día de hoy en mi oficina del centro, intentando solucionarlo. No necesito otro lío hoy, maldición.

—Oh, por el amor de Dios, Donato. ¿No puedes ocuparte al menos de una parte de la mierda tú solo? —digo en el teléfono, apretándome la nariz—. ¿Cuántos contenedores?

—Acaba de llegar el camión. Abrimos los primeros, pero es probable que varios más sean iguales, Luca.

—¡Demonios! —Cierro los ojos con frustración. ¿Qué carajos voy a hacer con todo un maldito cargamento de municiones del calibre equivocado?

Se escucha un gemido leve que viene de la habitación de Isabella y levanto la vista, observando la puerta que separa nuestras habitaciones. No la he visto desde ayer por la tarde, cuando la encontré en la habitación de Rosa. Le trajo la cena a mi hija. No sé qué pensar de eso. O sobre el hecho de que he estado pensando en ella todo el día. Diablos. Tengo que decirle a Viola que lleve sus cosas a la habitación de enfrente de la de Rosa.

—¿Qué les digo a los rumanos? —pregunta Donato, sacándome de mis pensamientos sobre mi joven esposa.

—Llama a Bogdan. Dile que lo espero en el almacén mañana a las ocho de la mañana.

—¿Y si dice que no puede ir?

—Entonces, iré a buscarlo y le meteré personalmente todas y cada una de las jodidas balas por el culo. Díselo. —Tiro el teléfono sobre la cama. Malditos rumanos.

Cruzo mi habitación en dirección al baño, sin embargo, me detengo frente a la puerta que conecta con la habitación donde duerme Isabella. Ahí está otra vez, otro gemido silencioso como el que me pareció escuchar hace un momento. Me acerco a la puerta, preguntándome si algo anda mal, pero al otro lado solo hay silencio. Agarro la manija de la puerta y, sin hacer ruido, la abro para echar un vistazo en el interior.

Al principio pienso que Isabella no se encuentra bien, porque lo único que veo en la oscuridad es su cuerpo en la cama, ligeramente inclinado hacia un lado. Abro un poco más la puerta y algo de la luz de mi habitación se cuela en el interior, permitiéndome verla con más claridad. En cuanto lo hago, aprieto el mango con fuerza.

Isabella levanta su cabeza de la almohada y me mira directamente mientras su mano sigue moviéndose dentro de sus pantalones de pijama de seda, justo entre sus piernas. Observo, hipnotizado, cómo levanta el culo y se le escapa un gemido. Se me acelera la respiración y siento que se me pone dura mientras ella abre más sus piernas y desliza la otra mano bajo la pretina. Debería darme la vuelta y cerrar la puerta a mi paso, pero no me atrevo a marcharme. Estoy pegado a la visión de mi esposa adolescente mientras se da placer a sí misma, con los ojos fijos en mí todo el tiempo. Vuelve a levantar su pelvis y empieza a jadear, con los labios parcialmente abiertos. Agarro el marco de la puerta con la otra mano cuando arquea su espalda y echa la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo se estremece. Dura

unos segundos hasta que se desploma sobre la cama. Exhala lentamente, saca las manos del interior de sus pantalones y me mira una vez más mientras se desliza bajo la manta.

Me quedo mirándola un rato, me doy la vuelta y cierro la puerta de un golpe.

Isabella

—Buenos días. —Les sonrío a Rosa y a Damian mientras me siento en la mesa del comedor, donde ya está servido el café.

—Pareces estar animada hoy. ¿Alguna razón en particular? —pregunta Damian mientras toma su café.

Claro que lo estoy, y por una razón muy especial. Cada vez que pienso en la cara de asombro de mi esposo cuando abrió la puerta y me vio jugando con mi coño, se me dibuja una sonrisa en los labios. Sí, volvió a su habitación y cerró la puerta de golpe, pero por la forma en que se agarró a la puerta mientras miraba, empezamos bien.

—Ninguna razón. —Hago un gesto con la cabeza hacia la silla vacía a mi izquierda—. ¿Dónde está Luca?

—Tuvo que lidiar con algunos problemas, así que se fue temprano. Aunque estaba de un humor muy raro —expresa Damian, mirándome por encima del borde de su taza.

—¿Ah, sí? ¿Cómo exactamente?

—Malhumorado. Se puso brusco con el personal. Rara vez lo hace. Me pregunto qué lo habrá alterado.

—Su trabajo es estresante. —Me encojo de hombros, fingiendo inocencia.

—Sí, eso debe de ser —señala despreocupado, pero veo cómo me mira con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Necesitaré un chofer —informo—. Mi abuelo no se encuentra bien. Quiero pasar a ver cómo está.

—Claro, no obstante, tendremos que esperar a que Luca vuelva para ver a quién te asigna como escolta.

—Hoy no necesitaré guardaespaldas. Iré directamente a casa del Don y volveré, no pienso parar en ningún otro sitio ni bajarme del auto por el camino.

—A Luca no le gustará que salgas de la propiedad sin uno, Isabella.

—Papá siempre tiene que tener la última palabra, Isa —agrega Rosa, riendo.

Es bueno saberlo.

Una sirvienta trae una enorme canasta con pan recién horneado y la coloca en el centro de la mesa. Rosa se levanta de un salto y toma dos *croissants*, pero antes de colocarlos en su plato me mira de reojo.

—¿Pasa algo, Rosa? —indago y estiro la mano para tomar unos pastelitos para mí.

—Tengo mucha hambre —murmura.

—Entonces deberías comértelos antes de que se enfríen. —Señalo con la cabeza los *croissants* que aún tiene en la mano.

—¿Los dos?

—Dijiste que tienes mucha hambre.

—Pero engordaré.

Levanto la cabeza de golpe.

—Oh, cariño, no engordarás. ¿De dónde sacaste esa idea?

Rosa agacha la cabeza y se encoge de hombros.

—Simona me dijo que tenía que tener cuidado con lo que comía por mi meta... hm, *metalismo*.

Dios santo. Algo está muy mal con esa mujer. Pongo mis manos sobre la mesa y me inclino hacia Rosa. Damian sigue observando la situación sin comentar nada, como si estuviera esperando a ver qué haré.

—Quieres decir metabolismo, cariño. Eres una niña. Los niños necesitan desayunar bien porque aún están creciendo. —Estiro la mano y, tomando los *croissants* de sus manos, los pongo en su plato—. No tienes que preocuparte por tu metabolismo durante al menos una década. ¿De acuerdo?

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Rosa y al segundo siguiente devora su desayuno. Cuando me reclino en la silla, me doy cuenta de que el hermano de Luca me mira y levanto una ceja. Damian sonríe y vuelve a su café.

Luca

Entro al almacén donde mis hombres están descargando el resto de las cajas que llegaron anoche. Donato me sigue unos pasos por detrás. Bogdan y otros dos de sus hombres están de pie junto al camión, discutiendo.

—¿Qué pasó con mi cargamento? —Señalo con la cabeza las cajas que quedan en el camión.

—Gavril cambió los números de los modelos de algunos contenedores —responde Bogdan y se gira para mirar al tipo alto a su derecha—. ¡Te dije que lo revisarás todo dos veces!

—¿Cuántas cajas? —pregunto.

—Doce. Tendré las municiones correctas en dos semanas. Tres, en el peor de los casos.

—¿Cuándo nos comprometimos a entregarlas? —Vuelvo a mirar a Donato.

—El lunes.

Volteo de nuevo hacia Bogdan.

—Necesito las municiones correctas el domingo.

—No puedo conseguir nada en los próximos diez días, Luca. Ya están cargados todos mis camiones y tienen rutas programadas. ¿Qué tal el fin de semana siguiente?

Qué desafortunado. Me dirijo a las cajas abiertas alineadas a lo largo del camión, saco una Beretta y luego busco un cargador en el contenedor contiguo.

—Tengo la sensación de que no te estás tomando en serio nuestro acuerdo, Bogdan. —Coloco el cargador en el arma—. Cambiemos la narrativa.

—Oh, vamos. Ya sabes cómo son las cosas. Los errores ocurren.

—En efecto. —Amartillo la pistola—. La cosa es, Bogdan, que últimamente he estado de muy mal humor. No necesitaba esto hoy.

Levanto la pistola y le disparo al imbécil que aparentemente causó este desastre, dándole justo en el centro de su frente.

—¡Qué demonios! —grita Bogdan, mirando al muerto a sus pies.

—Verás, acabo de confundir a Gavril contigo. Los errores ocurren —expongo y le disparo al otro hombre de Bogdan. Su cuerpo cae junto al primero—. ¿Debo continuar? Ya solo quedas tú. Estoy seguro de que no cometeré un error por tercera vez.

Los ojos de Bogdan se desorbitan, su boca se abre y se cierra como un pez fuera del agua.

—Quiero mis municiones aquí el domingo. ¿Puedes hacer eso por mí? —Asiente con la cabeza—. Bien. Me alegro de que hayamos encontrado un idioma que te facilite comprender las cosas. —Vuelvo a meter la pistola en la caja—. Pregunta por ahí a ver si puedes conseguirme un tanque. —Mi proveedor de armas solo se me queda mirando—. ¿Puedes? —Vuelvo a preguntar.

—¿Un tanque... como... un tanque de verdad?

—¿También vendes tanques imaginarios? —Sacudo la cabeza—.

Belov parecía interesado cuando nos reunimos. Dice que es para un amigo.

—Esos rusos están todos locos —murmura.

—Avísame si averiguas algo.

Mi teléfono suena mientras me pongo al volante, mostrando el nombre de Isabella. Probablemente le pidió mi número a Damian, ya que nunca se lo ofrecí. Pero ciertamente me aseguré de tener el suyo. Es una movida estúpida, lo sé, pero he estado pensando en mi esposa más de lo que debería. No necesito que me llame, sobre todo ahora que solo puedo pensar en los sonidos que hizo anoche.

Dejo sonar el teléfono y lo tiro al asiento del pasajero. Quizá si la evito, pueda olvidar lo deliciosa que se veía anoche. En cuanto llegue a casa, le ordenaré que se vaya de esa maldita habitación.

Isabella

Ya son las cinco de la tarde y Luca aún no ha vuelto. He intentado llamarlo varias veces, pero no me contesta. Finalmente, decido que no voy a esperarlo más, así que me dirijo a la planta baja y me acerco al guardia de seguridad que está en la puerta principal.

—¿Puedes conseguirme un vehículo y un chofer, por favor?

—Por supuesto, señora Rossi. ¿Lo autorizó el señor Rossi?

—No necesito que mi esposo autorice nada por mí. Por favor, consígueme un auto.

Se inquieta, visiblemente inseguro de qué hacer, y parece que tendré que ayudarle a decidir.

—¿Estás desobedeciendo mi orden directa, Emilio?

—No, claro que no, señora Rossi. Le conseguiré un coche inmediatamente. —Saca rápidamente su teléfono.

No me gusta abusar de la autoridad, sin embargo, a veces es necesario. Ser una mujer en los círculos de la mafia no es fácil. He visto a mi madre ser ignorada demasiadas veces cuando intentaba unirse a las “conversaciones de hombres” en las cenas de la Familia. Aunque tiene un título en economía, nadie, excepto mi abuelo, le ha pedido nunca su opinión. El mundo de la mafia está gobernado por hombres, y las mujeres suelen ser percibidas como menos importantes y débiles. Es indispensable que deje clara mi postura desde el principio si quiero que me traten de igual a igual. Nunca he tenido problemas con la autoridad en casa de mi abuelo. Aquí, en cambio, aunque sea la mujer de un capo, siguen viendo a una chica de diecinueve años, y eso no lo podemos permitir ni Luca ni yo. Puede que él no me quisiera, pero me tiene, y no acabaré siendo una carga o una esposa trofeo.

Me resigné a convertirme en la esposa de un capo hace mucho tiempo. Me han preparado para ello desde que tenía diez años. Mientras otras niñas de mi edad tenían reuniones para jugar y se obsesionaban con sus más recientes enamoramientos de famosos, yo aprendía a fingir interés incluso cuando una conversación me aburría hasta la muerte. Aprendí a sonreír y qué decir para que la gente se abriera y soltara información que normalmente no compartiría. También aprendí a parecer un poco estúpida,

si la situación lo requería. Me enseñaron a fingir que me divertía, incluso cuando lo único que quería era irme a mi habitación y estar sola. No obstante, la lección más importante que recibí fue la de no mostrar nunca debilidad. No llorar nunca cuando alguien puede verte, y no demostrar nunca si sus palabras te hieren. En un tanque lleno de tiburones, no puedo permitirme sangrar, o me comerían viva.

Mientras mis amigas acosaban a chicos guapos en Facebook e Instagram, yo pasaba horas sentada con mi madre en eventos sociales, escuchándola y aprendiendo mientras me explicaba quién era quién en nuestro mundo y sobre sus funciones en la Familia. Pero, sobre todo, descubrí los trapos sucios de todo el mundo, y había muchos. Sonríó para mis adentros al recordarlo. Cómo me gustaría ver las caras de todos aquellos hombres que creían que mi madre era solo otra cara bonita e inofensiva. No se imaginaban lo peligrosa que era.

No he conocido oficialmente a más de la mitad de la gente de la Familia, pero gracias a mi madre sabía quién tenía aventuras con quién, a quién le gustaba demasiado el juego y a quién se le soltaba la lengua cuando se tomaba un par de tragos. Pueden parecer cosas sin importancia, pero en la *Cosa Nostra*, la información significa poder. Y el poder es la moneda principal de todos los juegos del mundo de la mafia.

Un sedán plateado con los cristales polarizados se detiene ante la escalera de piedra. El conductor se baja, abre la puerta trasera y me hace un gesto con la cabeza.

—Señora Rossi.

—Gracias, Emilio. —Le sonrío al guardia de seguridad y bajo las escaleras, en dirección al coche—. A casa del Don, Renato.

El chofer me mira sorprendido, pero agacha la barbilla y cierra la puerta detrás de mí. Me encanta ver la cara de asombro de la gente cuando

me dirijo a ellos por su nombre. La primera lección que me dio mi madre fue que debía recordar todos los nombres de todas las personas que conociera.

Luca

Toco la puerta de la habitación de Isabella, sin obtener respuesta.

Me llamó varias veces más hoy. Sin embargo, todavía estaba demasiado furioso conmigo mismo por lo de anoche, así que seguí ignorándola. Como si no hablar con ella fuera a borrar de algún modo la imagen de su espalda arqueada mientras se masturbaba delante de mí, o el hecho de que tuviera que darme una larga ducha fría inmediatamente después de salir de su habitación.

Vuelvo a tocar. Nada.

—¿Isabella? —Abro la puerta y la encuentro vacía.

Ya revisé la sala y la biblioteca en la planta baja, pero ella no estaba allí. Quizás esté con Rosa. Camino por el pasillo y abro la puerta de su cuarto. Mi hija está tumbada de espaldas en la cama, viendo otra vez alguna tontería en su teléfono.

—¿Papá? —Me mira—. ¿Puedo hacerme un *piercing* en la ceja?

—¿Qué? No, no puedes perforarte nada. ¿Estás viendo ese TikTik otra vez? —Voy a desinstalar esa mierda de su teléfono. Es una mala influencia.

—Es TikTok, papá. —Se ríe—. ¿Y qué tal un tatuaje?

—Tienes siete años. Olvídate de tatuajes o *piercings* durante los próximos quince años, Rosa.

—¿Cuándo te hiciste tus tatuajes?

Hace veinte años. Pero de ninguna manera se lo voy a decir.

—Cuando tenía treinta. Tú también puedes hacerte los tuyos a los treinta.

—¡No!

Levanto mis cejas.

—Sí. ¿Has visto a Isabella?

—Estuvo abajo durante el almuerzo. Pero no la vi después de eso.

—Se encoge de hombros y vuelve a mirar su teléfono.

Perfecto. ¿Dónde está esa mujer? Bajo a la segunda planta, Donde Damian tiene sus habitaciones. Su recámara está vacía, así que voy a su oficina.

—¿Dónde está Isabella? —inquiero desde la puerta.

—No tengo idea —murmura Damian sin apartar los ojos de la pantalla de su *laptop*—. Los precios inmobiliarios volvieron a subir. Deberíamos vender algunas de las propiedades que no usamos.

—No está en su habitación ni en ningún otro lugar de la casa.

—Entonces es probable que todavía esté en la casa del Don. Voy a vender los departamentos que tenemos en el centro. No hacen más que comerse el dinero ya que no me dejas alquilarlos, y si...

—¿Qué?!

Me mira.

—¿No quieres venderlos?

—¿Qué carajo hace en casa del Don? ¿Quién fue con ella? —
Seguramente, ella no sería tan imprudente como para salir sin una escolta de seguridad.

—No lo sé. Le di tu número y supuse que le habías asignado un guardaespaldas.

Cierro los ojos y maldigo. Se fue sin protección y es culpa mía.

—No contesté a sus llamadas.

Damian levanta las cejas.

—¿Por qué?

—La he estado evitando. ¿Quién la llevó a la mansión Agostini?

—Tú no evitas a la gente. ¿Pasó algo?

—¿Vas a responder mi maldita pregunta?

Se echa hacia atrás en la silla y cruza las manos detrás de la cabeza, sonriendo.

—¿Por qué de repente te preocupas tanto? Nunca te preocupaste cuando Simona salía a algún lugar sin avisarte.

Porque me importaba un carajo que le pasara algo a Simona. Sin embargo, la idea de que Isabella salga de casa sin guardaespaldas enciende una oleada de pánico en mi pecho.

Doy un paso adelante y le clavo la mirada.

—Damian.

—Por Dios, joder. Era el turno de Renato.

Aprieto los dientes.

—Averigua quién la dejó salir de la propiedad sin guardaespaldas y hazles saber que si eso vuelve a ocurrir, habrá consecuencias. Luego, llama a Renato y, si siguen en casa del Don, dile que no se mueva hasta que yo llegue.

—¿Por qué no envías a uno de los de seguridad?

—¡Hazlo! —espeto y salgo de la habitación, escuchando cómo Damian se ríe en el momento en que cierro la puerta a mi espalda.

Me toma treinta minutos llegar a la mansión Agostini, tiempo más que suficiente para analizar mi comportamiento errático y no obtener ninguna conclusión. Las posibilidades de que le ocurra algo a Isabella entre la casa del Don y la mía son casi inexistentes y, aun así, sigo pisando el acelerador como un loco. Podría haber enviado a Marco para que condujera

y la trajera de vuelta. Pensaba asignarlo como guardaespaldas de Isabella, pero tenía la extraña necesidad de asegurarme de que estaba bien.

Y la idea de que pase tiempo a solas con otro hombre no me agrada. Tal vez me siento sobreprotector ya que ella es tan joven. Sí, eso debe ser. No hay otra explicación.

Los guardias de la puerta me dejan pasar sin detenerme. Cuando llego a la casa, me estaciono junto a un sedán plateado. Lo reconozco al instante como uno de los míos. Y eso es antes de ver al imbécil recargado en el capó.

—¡Vuelve a casa! —le bramo a Renato en cuanto salgo del coche—. Y si vuelves a sacar a mi esposa de la propiedad sin un equipo de seguridad, estás muerto.

—Sí, señor Rossi. —Se endereza, asiente y se apresura a entrar en el vehículo.

Doy la vuelta a la mansión hasta el jardín más alejado, donde siempre he visto a Isabella cuando visitaba al Don, y me dirijo hacia el kiosco. Isabella está sentada en una silla blanca de hierro, de espaldas a mí, y su hermana está sentada frente a ella. Andrea me ve primero y le dice algo a Isabella, probablemente advirtiéndole de mi presencia. Espero que mi joven esposa se ponga tensa o se dé la vuelta sorprendida. Incluso que se asustara un poco, ya que sabe muy bien que no debería haberse ido sin guardaespaldas. En cambio, cuando voltea la cabeza, parece completamente tranquila.

Agarro el brazo de la silla y le doy la vuelta con Isabella en ella, ignorando el chirrido que hacen las patas de la silla contra la piedra.

—Luca. —Parpadea inocentemente—. No te esperaba por aquí. ¿Quieres beber algo?

Agarro el otro brazo de la silla y me agacho hasta que estamos cara a cara, mirándola fijamente a sus enormes ojos.

—¿Por qué saliste de casa sin avisarme?

—¿*Oh*? ¿Estoy obligada a compartir contigo mi itinerario diario?

Aprieto con fuerza la silla. Sí, quiero que comparta conmigo su itinerario diario. Quiero saber qué hace y adónde va. Y eso es una idiotez.

—No. —Me obligo a decir—. Sin embargo, no puedes salir de casa sin guardaespaldas.

—Bueno, si me hubieras devuelto alguna de mis llamadas, lo habría hablado contigo. —Se encoge de hombros—. Pero si te angustia, no volveré a hacerlo.

—Bien.

—¿Eso significa que contestarás cuando te llame a partir de ahora?

Oh, a ella realmente le gusta presionarme. Me enfurece. Y también me excita muchísimo. Me pregunto si sería igual de atrevida acostada debajo de mí, con mi polla enterrada dentro de ella. Solo de pensarlo se me pone dura al instante.

—Tal vez —digo.

Isabella levanta un poco la cabeza y sus labios se curvan apenas perceptiblemente.

—Me parece bien.

—¿Terminaste tu visita?

—*Síp* —afirma, y las comisuras de sus labios se curvan un poco más—. ¿Nos llevaremos la silla?

Suelto la silla y me hago a un lado. Isabella me dedica una sonrisa burlona mientras se acerca a darle un beso de despedida en la mejilla a su hermana, que nos ha estado observando boquiabierta en silencio durante todo este espectáculo.

—Nos vemos el sábado —indica Andrea y lanza una rápida mirada en mi dirección.

Sigo a Isabella dos pasos por detrás mientras cruza el césped en dirección a la entrada, intentando no mirarle el culo. Hoy viste unos *jeans* blancos, una sedosa blusa azul marino y sandalias de tacón del mismo color. Mientras miro a mi esposa, el tacón de su zapato izquierdo se engancha con algo en la hierba y ella tropieza ligeramente. Al instante, salto hacia ella y la agarro por la cintura para sostenerla. El cuerpo de Isabella se tensa bajo mi mano, aunque solo dura un segundo.

—Gracias —dice, recupera el equilibrio y sigue caminando, mientras mi mano se separa de ella.

Miro el suelo desnivelado y luego sus tacones, que miden al menos diez centímetros de alto. Se romperá una pierna con ellos. Doy dos pasos rápidos y la rodeo con un brazo. Coloco el otro detrás de sus rodillas y la levanto. Da un grito de sorpresa apenas audible, pero aparte de eso, no dice ni una palabra mientras me rodea el cuello con su brazo. Evito el contacto visual y aprieto los dientes mientras la llevo hacia la entrada de la casa.

—¿Dónde está Renato? —cuestiona cuando la bajo junto al coche. Abro la puerta del pasajero.

—Lo envié de vuelta. —Isabella arquea una ceja, luego entra al vehículo y mira al frente a través del parabrisas. Mientras doy marcha atrás, le pregunto—: ¿Qué hay el sábado?

—Nuestra amiga tendrá una fiesta de cumpleaños.

—¿Irás?

—Sí. ¿Algún problema?

—No —respondo y aprieto el volante—. Llevarás dos guardaespaldas.

—Por supuesto.

Conducimos un rato en silencio, pero no dejo de pensar en esa fiesta. Probablemente será en casa de su amiga. Comerán comida chatarra y verán películas. Y contarán chismes.

—¿Dónde es? —pregunto.

—¿Dónde es qué?

—La fiesta. ¿En casa de tu amiga?

Isabella me mira y se ríe.

—No tenemos doce años. Las chicas y yo iremos a un club.

Mis nudillos se ponen blancos de tanto apretar el volante.

—¿A cuál?

—Ural.

—Ese es el club de la *Bratva*.

—Correcto. —Sonríe.

—No irás.

—Claro que iré. Mi abuelo firmó un acuerdo con ellos, así que ahora somos amigos de los rusos. Es perfectamente seguro —expresa—. Milene Scardoni también irá, y como llevará a su hermana, no hay motivo para preocuparse. Nadie se atreverá a acercársenos mientras esté el esposo de Bianca. Tú también puedes venir si quieres.

—No iré a una fiesta de cumpleaños de adolescentes.

—Bueno, no puedo decir que esperara que lo hicieras. De todas formas no encajarías.

—¿Por qué?

—Eres demasiado viejo, Luca.

Aprieto los dientes y me concentro en la carretera ante mí, pisando a fondo el acelerador.

Isabella

Abro el cajón superior de la cómoda y miro mi colección de ropa interior *sexy* y camisones de encaje.

La mayoría los compré el mismo día que *Nonno* me dijo que iba a casarme con Luca. Estaba tan emocionada que arrastré a Andrea al centro comercial para comprar toda la lencería que pudiera encontrar. Mientras me probaba un conjunto tras otro, me imaginaba a Luca arrancándome cada uno de ellos de mi cuerpo. Cuando volvimos a casa, tenía dos bolsas enormes llenas hasta el tope de seda y encaje.

Levanto uno de los camisones blancos, lo pienso, pero cambio de opinión y lo vuelvo a meter en la gaveta. El blanco no sirve. Demasiado inocente. Hoy, optaremos por el negro. Me pongo un camisón negro corto y unas bragas a juego, apago la lámpara y me meto en la cama. Es la hora del espectáculo.

Al igual que la noche anterior, ni siquiera un minuto después de empezar, la puerta que conecta mi habitación con la de Luca se abre, revelando su gran figura rodeada por la suave luz que hay detrás de él. Está de pie en el umbral, con las manos agarrando el marco de la puerta a ambos lados. No puedo verle la cara, solo la forma iluminada de su cuerpo, pero sé que me está mirando.

Dejo que mi mano descienda aún más y deslizo un dedo dentro de mi centro, jadeando. Luca se inclina ligeramente hacia adelante, pero luego se agarra aún más fuerte al marco de la puerta como si estuviera en guerra consigo mismo sobre si entrar o no. ¿Estará excitado? Abro un poco más las piernas y me acaricio el clítoris con la otra mano, imaginando su miembro dentro de mí en lugar de mi dedo. El aliento que sale de mi boca se entrecorta a medida que mis movimientos se vuelven más rápidos, y pronto, mi cuerpo comienza a estremecerse.

Me muerdo el labio inferior y, sin apartar los ojos de Luca, deslizo otro dedo en mi interior. Suelto un grito ahogado cuando llego al orgasmo, que dura casi un minuto entero. Cuando me recupero, saco lentamente la mano de entre mis bragas y me la llevo a la boca, lamiéndome las puntas de mis dedos. Un extraño gruñido procede de la puerta. Inclino la cabeza hacia un lado, observando la imponente figura de Luca en el umbral, y abro aún más las piernas en señal de una invitación silenciosa. Él no se mueve de su lugar, se queda inmóvil, aferrado al marco. Observándome. Maldice en italiano, se da la vuelta y vuelve a su habitación, cerrando la puerta de un golpe.

Capítulo 6

Luca

Escucho abrirse la puerta del pasillo de Isabella y apenas me contengo para no salir corriendo a detenerla. Debería haberle prohibido ir a ese club, encerrarla en su habitación y deshacerme de la llave.

No hay razón para que me importe una mierda a dónde vaya. Tendrá a Marco y Nicolas con ella, así que estará perfectamente a salvo de cualquier daño. Y me aseguré de que sepan que deben disuadir a cualquier hombre que se atreva a acercarse a ella. Aun así, sigo mirando fijamente la *laptop* sin ver realmente los números en la pantalla. Estoy demasiado concentrado en el sonido de los tacones de Isabella al pasar frente a mi puerta.

Pasan cinco minutos. El ruido de un coche al salir de la entrada me llega a través de la ventana. Sigo mirando la pantalla. Siete días. Ese es el tiempo que ha pasado desde que se convirtió en mi esposa y desde entonces me ha estado jodiendo el cerebro. Empezó la primera noche que la sorprendí dándose placer. Hasta ese momento, me había convencido de que seguía siendo una niña y que pensar en Isabella de otra manera sería enfermizo. Bueno, después de eso no he podido pensar en ella como una adolescente, aunque lo he intentado, porque sigue jugando con su coño todas las noches. Y como el puto enfermo que soy, vengo a mirar cada vez.

La evito a toda costa durante el día, ocupándome del trabajo, pero no puedo mantenerme alejado por la noche. En cuanto escucho su primer gemido, me siento atraído por esa maldita puerta. Y entonces, la abro y me

quedo en el umbral como un psicópata, observando cómo Isabella arquea el cuerpo con su mano entre las piernas. Las primeras noches se puso pijama, sin embargo, luego cambió a un camisón corto de seda, y sus bragas de encaje son lo único que me impide verla. Anoche eran de color rosa, y apenas pude contenerme para no correr hacia la cama, arrancarle la tela de encaje del cuerpo y meterle mano a su coño. O mejor aún, mi boca.

Pasan dos minutos más. Cierro la computadora portátil. Ha visto que la observo. Y no solo eso, sino que además no se detiene cuando se da cuenta de que estoy merodeando en el umbral de la puerta. Capta mi mirada y la sostiene como si fuera su prisionero, sin apartar los ojos ni un segundo hasta ese último momento en el que su cuerpo se estremece antes de venirse. Siempre sabe que la estoy mirando, y eso me excita aún más. He tenido que buscar mi propia liberación después, en la ducha, agarrando mi polla e imaginando que estoy dentro de ella hasta que exploto sobre mi mano. Un hombre de treinta y cinco años masturbándose en la ducha mientras fantasea con una chica de diecinueve. Joder.

Que Isabella actúe como alguien mucho mayor no lo mejora. Tampoco que a la mañana siguiente finja que no ha pasado nada. Baja a desayunar, elegante y serena, con modales impecables y rostro tranquilo, como si todo estuviera en perfecto orden.

Pasa un minuto más. Es imposible que vaya a esa fiesta a buscarla. A un club lleno de otros hombres. Hombres más jóvenes. Cierro los ojos y respiro profundamente. A la mierda.

De un salto me levanto del escritorio, agarro la funda con mi arma y la chaqueta de la silla, maldigo de nuevo y salgo de la habitación.

* * *

En el club hay al menos otras cien mujeres, la mayoría con vestidos cortos y ajustados. ¿Y quién tiene el más ajustado y el más corto? *Mi esposa*. Y, por si fuera poco, es blanco, lo que la hace brillar como un maldito faro bajo las luces de neón.

Tomo un vaso de agua mineral del bar, apretándolo con la mano. No bebo alcohol, pero mientras observo a Isabella desde mi lugar en la esquina oscura, siento la tentación de empezar a hacerlo. Está en una mesa alta y redonda, con su hermana a la derecha y Milene Scardoni y dos chicas que no reconozco a la izquierda. Nicolas y Marco están unos pasos detrás de ella, observando a la multitud. Veo a Bianca Scardoni sentada al final del bar, abrazando a su esposo ruso por el cuello y sonriendo mientras le susurra algo al oído. Mikhail Orlov en un club nocturno. Sacudo la cabeza. Ahora lo he visto todo.

Hay un grupo de chicos en la mesa contigua a la de Isabella. Los noté en cuanto entré. Uno de ellos en particular. Tiene unos veintitantos años, es rubio y lleva una camiseta negra ajustada. Apoya los codos en la mesa para mostrar sus escuálidos bíceps. Aprieto con fuerza el vaso que tengo en la mano. Milene y las otras dos chicas miran hacia él y se ríen, pero él está concentrado en mi esposa, o más concretamente, en su escote. Isabella no le dirige la mirada. Parece interesada en Bianca Scardoni y su esposo. Mientras observo, el chico rubio llama al mesero, le dice algo al oído y hace un gesto con la mano hacia Isabella. El mesero asiente y se va. ¿Acaso ese mocoso de mierda se atreve a mandarle algo de beber a mi mujer?

El vaso que tengo en la mano se hace añicos.

Isabella

No puedo dejar de mirar a la hermana de Milene y a su esposo. Llevan en el bar desde que llegamos y, a pesar de la multitud, parecen ajenos a todo lo que ocurre a su alrededor. No recuerdo haber visto nunca a un hombre mirar a una mujer como la mira el marido de Bianca. Es como si ella fuera el ser más importante de todo el universo. Yo quiero eso. Mataría por que Luca me mirara así, por ser su sol y su cielo y todo lo demás.

Estuve en su boda. Todo el mundo estuvo presente. No es frecuente que la *Bratva* y la *Cosa Nostra* decidan aliarse de tal manera. Aún recuerdo el asombro de todos cuando se supo con quién se iba a casar Bianca Scardoni. Todo el mundo daba por hecho que se casaría con el rubio engreído de Kostya. Pero cuando el hombre enorme, de cabello oscuro, con la cara llena de cicatrices y un parche en el ojo se puso frente al sacerdote que oficiaba la boda, me quedé en *shock*, junto con todos los demás. A Bianca no parece importarle la cara estropeada de su esposo ni que le falte un ojo, porque lo mira como si fuera el hombre más hermoso del mundo.

Un mesero se acerca, obstruyendo mi vista de la pareja, y coloca una botella de vino blanco en la mesa frente a mí.

—Señorita —dice—. El caballero de esa mesa envía esto para usted.

No tengo la oportunidad de rechazarla porque una mano se acerca desde detrás de mí, agarra la botella y la vuelve a empujar hacia el pecho del mesero confundido.

—¡La *señora* Rossi no está interesada! —brama la voz grave de Luca por encima de mi cabeza.

Respiro hondo. Él vino. Siento la estúpida necesidad de gritar de felicidad, pero la reprimo y controlo mis expresiones, mirándolo por encima de mi hombro.

—¿Estabas por la zona?

—Sí —afirma, con la mirada fija en la mesa de al lado.

Sí, claro. Suspiro y bebo un sorbo de mi jugo de naranja.

Solamente me he emborrachado una vez en mi vida, con apenas dos copas de vino la noche de mi decimoctavo cumpleaños. Después de que se marcharan los invitados, robé una botella de la cocina y arrastré a Andrea a mi habitación para que me hiciera compañía en mi fiesta personal de autocompasión. Tuve suerte de que no hubiera nadie más que ella para presenciarla, porque por lo que me contó Andrea por la mañana, al principio me reí como una loca, hablé de Luca durante dos horas y luego lloré y vomité en el retrete durante el resto de la noche. Lo único que recuerdo es que canté *Total Eclipse of the Heart* de Bonnie Tyler y que Andrea me sujetaba el cabello mientras vomitaba. Desde entonces no he vuelto a beber alcohol. No porque tenga algo en contra, sino porque no quiero arriesgarme a decir nada relacionado con Luca con alguien cerca.

Mientras doy sorbos a mi jugo y observo a la multitud, me pregunto si él hará algo, tal vez entablar una conversación o tocarme. Sin embargo, no lo hace. En lugar de eso, se queda justo detrás de mí, inmóvil y silencioso, amenazante como una gárgola. El chico del grupo de al lado me lanza una mirada y, al instante siguiente, los brazos de Luca se materializan a ambos lados de mí y sus manos se agarran al borde de la mesa. Cierro los ojos un segundo, intentando calmar mi agitación interior. Rodeada de su cuerpo por casi todos lados, inhalando su colonia y sin atreverme a tocarlo me está volviendo loca. ¿Qué haría si me diera la vuelta, le rodeara el cuello con las manos y lo atrajera hacia mí para besarlo? Dios mío, llevo tanto tiempo imaginando lo que sentiría al ser besada por Luca, pero es demasiado pronto. Necesita tiempo para superar sus problemas con nuestra diferencia de edad. No quiero arriesgarme a que se aleje aún más. Me doy un par de segundos más para relajarme y abro los ojos.

—¿Qué te pasó en la mano? —pregunto, mirando un trozo de tela que parece ser un paño de cocina, envuelto alrededor de su palma izquierda.

—Me corté con un cristal roto —contesta por encima de mi cabeza.

Por el amor de Dios, ¿dónde encontró cristales rotos?

—Sigue sangrando. Deberías ir a casa a que te limpien esa herida.

—Estoy bien.

Está bien. Pongo los ojos en blanco.

Me giro hacia Andrea, que finge estar interesada en algo que tiene enfrente, pero sé que está escuchando.

—Me voy a casa. ¿Quieres quedarte?

—Sí, volveré con Milene.

—Marco y Nicolas se quedarán con tu hermana —ordena Luca.

—Pueden irse a casa. Gino está con ella. —Asiento con la cabeza hacia el guardaespaldas de mi hermana, que está apoyado en la pared más atrás, y luego le doy un beso a Andrea—. Te llamo mañana.

Después de despedirme de las otras chicas, me doy la vuelta y salgo, con Luca detrás de mí, mi sombra silenciosa e imponente. Casi hemos llegado a la salida cuando el tipo que me estaba mirando y tres de sus amigos nos cierran el paso. Dice algo en ruso, sonrío y hace un gesto con la cabeza hacia mí. Un instante después, todos sus amigos se abalanzan sobre Luca.

Me quedo petrificada mientras uno de ellos golpea con el puño la cabeza de Luca. Mi esposo se agacha, lo agarra por los hombros y le da un rodillazo en el estómago. Uno de los dos tipos restantes agarra a mi marido por detrás y el otro golpea con el puño el costado de Luca. Una mano me rodea el brazo y me jala hacia la multitud.

Grito y trato de escapar, sin apartar los ojos de Luca, que logra liberarse y está haciendo papilla la cara de su atacante. La persona que me

sujeta vuelve a jalarme del brazo y volteo a ver al tipo que me envió la bebida. Le doy un rodillazo en los testículos con todas mis fuerzas. Grita y se dobla, agarrándose la entrepierna.

Cuando miro hacia donde estaba Luca antes, la pelea parece haber terminado. Uno de los agresores está tumbado de lado, inconsciente. Luca tiene al otro tirado boca abajo en el suelo, con el brazo doblado por detrás de la espalda. No veo al último imbécil de inmediato porque el enorme cuerpo del esposo de Bianca me obstruye la vista. Mikhail tiene su mano alrededor de la garganta del tipo, manteniéndolo presionado contra la pared. Los pies del hombre cuelgan a unos treinta centímetros del suelo. Luca se levanta y empuja al tipo hacia el personal de seguridad, que lo arrastra hacia la salida.

Corro hacia Luca mientras él voltea a buscarme. Cuando me acerco, su brazo sale disparado, me agarra por la cintura y me atrae hacia su cuerpo. Me agarra la barbilla con la otra mano y me levanta la cabeza.

—¿Te lastimó? —pregunta en voz baja.

—No —digo entre dientes.

Luca asiente y exhala, con sus fosas nasales dilatándose.

—No volverás a ponerte ese vestido.

—De acuerdo. —Parpadeo. ¿Va a besarme? Nuestras caras están tan cerca y, por la forma en que me mira, parece que va a hacerlo. Dejo de respirar y espero.

—Vamos a buscar a tu hermana y a tus amigas —señala y me suelta la barbilla—. No quiero volver a verlas en un club de rusos.

Parece que no voy a conseguir ese beso después de todo. Mientras caminamos hacia la mesa para buscar a Andrea y a las chicas, a duras penas consigo contener la necesidad de gritar de frustración.

* * *

Luca no dice nada durante los treinta minutos que dura el trayecto de vuelta a casa, y yo finjo estar absorta observando la calle a través de mi ventana. Cuando llegamos a casa, me abre la puerta, me sigue al interior y luego sube los dos tramos de escaleras hasta que llegamos a nuestras habitaciones. Parece que volvemos a la frialdad y al trato silencioso.

—Voy a ducharme y luego iré a revisarte la mano —indico despreocupadamente entrando a mi habitación.

Si la situación fuera diferente, me habría ocupado de su herida antes de hacer cualquier otra cosa, no obstante, necesito tiempo para recuperarme de la sobrecarga emocional antes de seguir actuando con indiferencia. ¿Por qué me lo hace tan difícil, maldita sea?

Después de bañarme, me visto con uno de los camisones cortos de seda que dejan al descubierto mi escote y atravieso la puerta que comunica nuestras habitaciones. No tengo intención de ponérselo fácil.

No veo a Luca en su habitación, pero la puerta del baño está abierta, así que giro en esa dirección y me detengo en el umbral. Está de pie junto al lavabo sin nada más que unos pantalones deportivos negros holgados y, por un momento, me cuesta volver a respirar. Nunca había visto a Luca sin camisa y no puedo apartar los ojos de la perfección de su cuerpo.

Es más musculoso de lo que podría haber imaginado. Esas camisas de vestir ocultan demasiado. Aparte de su complexión, también ocultaban sus tatuajes. Hay un dibujo geométrico negro formando una manga alrededor de su brazo derecho, mientras que en su hombro y bíceps izquierdos hay otro diseño negro y gris. La parte delantera de su torso está libre de tinta, pero puedo ver que hay algo que parece un enorme pájaro en vuelo en la parte superior de su espalda. Sin embargo, lo que más me llama

la atención es su cabello. Está mojado y le cuelga suelto, hasta los hombros. La única vez que vi su cabello suelto fue hace trece años, y verlo así ahora me golpea justo en el pecho. El momento me parece íntimo.

Tiene la mano sobre el lavabo, bajo el chorro de agua. Jadeo al ver su estado.

—¡Oh, Dios!

Tiene un corte profundo en medio de la palma de la mano, y la sangre aún le segrega. No puedo determinar exactamente cuánta porque el agua se la lleva rápidamente.

Luca me mira y sus ojos se detienen unos segundos en el escote en V de mi camión, luego desvía rápidamente la mirada y cierra el grifo.

—Parece peor de lo que es —dice sin volver a mirarme.

—Eso necesitará puntadas.

—Damian me coserá cuando él vuelva a casa.

Toma una toalla, se la envuelve en la palma de la mano y busca el botiquín que hay junto al lavabo. Entro al baño, me paro a su lado, tomo el botiquín de su mano y empiezo a sacar compresas y vendas. Elijo el paquete más grande de vendas, rompo el envoltorio y la doblo varias veces.

—Quita la toalla —ordeno, deseando que mi estómago deje de revolverse. Me quedo corta si digo que no soy muy buena cuando hay sangre.

Luca hace lo que le digo y yo aprieto rápidamente la gasa doblada sobre su herida. Manteniéndola en su sitio con la mano izquierda, enrolló la venda autoadhesiva alrededor de su palma.

—Más apretada.

Asiento con la cabeza, vuelvo a enrollarla y tiro un poco más de la misma, intentando controlar mi respiración errática. Está tan cerca que, si me inclinara un poco hacia adelante, mi frente quedaría pegada a su pecho.

—Más apretada, Isabella —susurra Luca a mi oído.

Mis dedos empiezan a temblar ligeramente, y estoy segura de que él lo nota, pero no dice nada. Cuando termino, sujeto el vendaje, respiro profundamente y alzo los ojos para encontrarme con él mirándome. Tiene la cara rígida y la mandíbula tensa. «*¡Haz algo, maldita sea! Al menos tócame, demonios*», quiero exigirle. En lugar de eso, me quedo mirando mientras se da la vuelta y sale del baño.

Quiero gritar. Tengo que luchar con todas mis fuerzas para no correr tras él y golpearlo en el pecho tan fuerte como pueda. Tal vez así percibiría, aunque fuera mínimamente, el dolor que me desgarran por dentro cada vez que me da la espalda. Quiero lanzarme a sus brazos, enterrar mis manos en su cabello y besarlo desenfrenadamente. Por todas partes. Sin embargo, no hago ninguna de esas cosas, únicamente vuelvo a mi habitación.

¿Esperaré a que empiece el espectáculo de la noche para venir a mirar otra vez? ¿Está bien observar, pero no tocar? ¿Acaso tengo una maldita enfermedad? Bueno, que se joda. Puede esperar toda la noche.

Salgo de mi habitación, bajo los dos tramos de escaleras y giro a la izquierda para entrar a la cocina. Es casi la una de la madrugada y no hay nadie, así que empiezo a abrir todos los gabinetes, uno por uno, hasta que encuentro un montón de vino. Tomo la primera botella que veo, agarro el sacacorchos y una copa al salir y subo las escaleras hasta mi habitación.

Lleno la copa casi hasta el borde y dejo la botella en la mesita de noche. En la cama, me siento con la espalda apoyada en la cabecera, con la copa en una mano, y tomo mi teléfono de al lado de la botella de vino. Tengo una lista de reproducción de baladas de *rock* que escucho cuando me siento triste, así que la pongo. Bebiendo sola y tarareando canciones de Bon Jovi. Patético. Bueno, no es nada nuevo.

Voy por la tercera copa cuando se abre la puerta que separa nuestras habitaciones. Levanto la vista del teléfono y veo a Luca en la puerta, observándome fijamente.

—Esta noche no habrá espectáculo —informo, y cierro los ojos.

Solo hay silencio durante unos segundos, y entonces escucho el sonido amortiguado de unos pies descalzos que se deslizan por el suelo en mi dirección.

—Eres demasiado joven para beber alcohol, Isabella.

No puedo evitar reírme. Qué hipócrita. Abro los ojos. Está de pie junto a mi cama, con los brazos cruzados sobre su pecho y los labios apretados en una delgada línea. De nuevo tiene el cabello recogido. Qué lástima.

—Entonces, ¿dices que debería tirar esto? —Levanto las cejas y señalo con la cabeza la copa que tengo en la mano.

—Sí.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros. Sonrío. Y luego le echo el contenido de la copa en la cara—. ¿Alguna otra petición, esposo?

Luca cierra los ojos un segundo, pero cuando los abre, la mirada que me dirige está tan llena de rabia que probablemente habría hecho que me orinara encima si no estuviera borracha. También tiene una vena en el cuello, una que siempre me ha parecido increíblemente sexy, que está palpitando. Oh, está realmente furioso. De pronto, su mano se abalanza para agarrarme por detrás del cuello y se inclina hacia adelante hasta que nuestras narices casi se tocan. La forma en que rechina los dientes me hace temer que los destroce si no se detiene pronto.

—Deberías haberme dicho que esto es lo que tenía que hacer para que me tocaras. —Levanto la barbilla—. Si lo hubiera sabido, lo habría hecho la primera noche.

Retira inmediatamente la mano de mi cuello.

—Eres una adolescente —revira—. No pienso tocarte de ninguna manera.

—Si es así, tendré que buscar a otra persona. Alguien que satisfaga mis necesidades.

—Inténtalo —susurra—. No te gustará lo que pasará. —Su mirada me pone tensa, pero no me aparto.

—Puede que tenga diecinueve años, Luca, no obstante, sé lo que quiero y lo que necesito. Quiero algo más que mi propia mano haciendo que me corra por las noches. —Me inclino hacia su cara—. Si no estás interesado, encontraré a alguien que sí lo esté. Y no tienes derecho a negármelo, ya que es obvio que no harás nada por solucionar mi problema.

Luca me mira con los ojos desorbitados, su respiración se acelera y su nariz se ensancha, luego gira la cabeza hacia un lado. Un fuerte sonido se escucha cuando golpea la cabecera de la cama con el puño.

—Bien —comenta entre dientes apretados y se gira hacia la puerta de su habitación—. Diviértete.

Se dirige hacia la puerta y yo intento contener las lágrimas, al menos hasta que salga de la habitación. No puedo creer que prefiera dejar que folle con alguien más. Cuando llega a la puerta, se detiene y se agarra al umbral con ambas manos. Agacha la cabeza y se queda así un buen rato.

Maldice entre dientes. Otro *BAM* resuena en la habitación cuando golpea el marco con la palma de la mano. Unas cuantas maldiciones más, se da la vuelta y camina hacia mí.

Llega a la cama con dos enormes pasos y, durante un largo rato, se queda de pie junto al borde, mirándome fijamente. Respiro y aguanto la respiración, esperando. Siento como si mi corazón hubiera dejado de latir. De repente, se inclina hacia adelante y me rodea los tobillos con sus manos.

Con un brusco tirón, me atrae hacia él. La copa que sostenía se me resbala de la mano y cae sobre la gruesa alfombra que hay junto a la cama.

La mandíbula de Luca se tensa y su ceño se frunce cuando se inclina y me agarra el dobladillo del camisón con los puños. Sus antebrazos se flexionan con los músculos tensos mientras me arranca la prenda de un tirón. Está furioso. Se le nota en cada movimiento y en cómo aprieta los músculos de su mandíbula. Pero no me importa. Llevo tanto tiempo esperando esto, que voy a aceptarlo como sea y voy a disfrutar cada momento.

Me quedo sin aliento cuando se arrodilla en el suelo y me pone las piernas sobre sus hombros. Entierra su cara entre mis piernas e inhala. Me muerdo el labio inferior, sintiendo cómo mi humedad empapa las bragas de encaje, la única barrera entre mi centro y su boca. Sin embargo, no me las quita. En lugar de eso, presiona sus labios sobre el encaje, justo encima de mi calor, y exhala. Agarro el cubrecama y arqueo la espalda, a punto de venirme solo de sentir su cálido aliento. La áspera piel de sus manos roza mis muslos cuando las desliza hasta mi cintura y mete los dedos en la cinturilla de mi ropa interior. Sus antebrazos vuelven a flexionarse y se escucha otro sonido de desgarró. Me quita el trozo de tela que fue mi *panty* y, un instante después, siento su lengua.

La primera lamida es lenta. Provocadora. Aprieto el cubrecama con más fuerza mientras mi cuerpo se estremece. Vuelve a lamerme y mete su lengua en mi abertura un instante antes de empezar a chuparme el clítoris. Ya estoy jadeando, pero cuando añade su dedo, siento que la presión aumenta cada vez más. Me introduce un segundo dedo y cierro los ojos, gimiendo. Le arranco la liga del cabello y enredo mis manos en sus hebras. La sensación que me produce es más intensa de lo que nunca hubiera imaginado. Aún está húmedo, ya sea por la ducha o por el vino que le

arrojé. Su lengua rodea mi clítoris, luego lo chupa y, al mismo tiempo, hace algo con su dedo dentro de mí. Suelto un fuerte gemido y todo mi cuerpo empieza a temblar. Me siento liviana, como si flotara en el aire. Cuando coloca su pulgar sobre mi clítoris junto a su lengua y ejerce un poco de presión, exploto.

Todavía me tiemblan las piernas cuando las baja de sus hombros, y no me queda energía para mover ninguna parte del cuerpo. Luca se levanta, desliza sus brazos bajo mi espalda y mis rodillas y me coloca en el centro de la cama.

Me cubre con una manta y se inclina para susurrarme al oído:

—Si veo que otro hombre te toca, morirá. Será una muerte muy desagradable. —Acomoda la sábana alrededor de mis hombros—. Y no volverás a satisfacer tu propio coño. Cuando necesites que se ocupen de tu problema, como dijiste, acudirás a mí. ¿Entendido, *Tesoro*?

—Sí. —Ronroneo.

Asiente con la cabeza y se dirige a su habitación, dejándome saciada y absolutamente conmocionada.

Capítulo 7

Isabella

Si esperaba que el trato frío de Luca cesara después de lo ocurrido anoche, estaría muy equivocada. Cuando bajo a desayunar, ya está allí con Rosa y Damian. Rosa se mete los últimos pedazos de comida en la boca y se va corriendo a su habitación a empacar sus cosas para el día que pasará con su madre. Luca se retira poco después de ella, diciendo que tiene trabajo que hacer, y desaparece, dejándonos a Damian y a mí en la mesa.

—¿Qué está pasando entre ustedes dos? —pregunta Damian en cuanto pierde de vista a Luca.

—Nada. —Doy un sorbo a mi jugo—. ¿Por qué lo preguntas?

Se reclina en la silla, cruza los brazos y sonríe. Una cosa que he notado sobre Damian es que nada se le escapa. Puede parecer despreocupado, siempre sonriendo y bromeando, pero sus ojos lo delatan. En ellos se esconde un intelecto y una capacidad de cálculo. Interpreta bastante bien su papel de hermano menor despreocupado. Si yo no fuera tan hábil fingiendo, podría no haberlo notado.

—Estás enamorada de mi hermano —declara.

Sí, definitivamente es más observador de lo que pensaba.

—¿Y qué? —inquiero y sigo comiendo. No tiene sentido negarlo.

—¿Desde cuándo? —Damian se ríe y sacude la cabeza.

—Desde hace años. —Me encojo de hombros—. ¿Qué me delató?

—La forma en que lo miras cuando crees que nadie te ve. ¿Él lo sabe?

—No. Y no se lo dirás.

—No pensaba hacerlo. Su relación no es mi problema. Pero, ¿por qué no se lo dices?

Debato si debo explicárselo o no. Él ya sabe que estoy enamorada de Luca. Quizá tenga alguna idea sobre el comportamiento estúpido de su hermano.

—Porque me trata como si tuviera la peste —replico—. No puede superar nuestra diferencia de edad. Me ve como a una niña.

Damian empieza a revolver su café con una cuchara a pesar de que lo vi haciéndolo no hace más de un minuto.

—Sí, entiendo que eso pueda ser un problema para él —dice finalmente y levanta la vista hacia mí—. Luca y yo somos medios hermanos. Su madre se suicidó cuando Luca era un bebé.

Parpadeo. No lo sabía, y estaba segura de que Damian y Luca tenían los mismos padres. ¿Cómo es que nunca había oído hablar de esto?

—De acuerdo. ¿Cómo se refleja eso en mi situación?

—La madre de Luca tenía dieciocho años cuando se casó con nuestro padre. Fue un matrimonio arreglado —explica—. Nuestro padre tenía cuarenta años. —Cierro los ojos. Mierda—. Por lo que sé, la madre de Luca no era mentalmente estable —continúa—. No podía lidiar con las obligaciones que conllevaba la posición de ser la esposa de un capo, ni estar casada con alguien mucho mayor que ella. Nuestro padre era un hombre duro. Ella era joven y estaba muy sobreprotegida. Al final, se derrumbó bajo la presión.

—Entonces, ¿qué esperaba tu hermano cuando aceptó casarse conmigo? ¿Que viviríamos como compañeros de cuarto hasta que me considerara lo bastante mayor para elevar mi estatus a esposa y acostarse conmigo?

Damian frunce el ceño.

—Probablemente.

—Oh, entonces se llevará una gran sorpresa.

—No lo presiones demasiado. Ya lograste jugar con su cabeza bastante bien. Luca es un demonio cuando está alterado.

—No creo que lo haya alterado. Sigo importándole un carajo.

Damian da un sorbo lento a su café, aunque no aparta sus ojos de los míos.

—¿Sabes lo que hizo mi hermano cuando encontró a Simona en la cama con su guardaespaldas?

Trago mi jugo.

—¿Ella lo engañó? —¿Quién en su sano juicio engañaría a Luca?

—Luca le disparó al guardaespaldas en la cabeza y echó a Simona, desnuda, a mitad de la noche. Cuando la sirvienta me contó lo que estaba pasando, salí de mi habitación para ver si él estaba bien. —Sacude la cabeza—. Luca le dijo al personal que limpiara, saludó a la chica que yo tenía de visita, subió al tercer piso y se fue a la cama. A la mañana siguiente, dijo que hacía siglos que no dormía tan bien.

—¿Y?

—Así que imagínate mi sorpresa cuando anoche lo vi salir furioso de casa. Le pregunté qué pasaba, y me dijo, y cito textualmente: *Se fue a un puto club*, luego se subió a su auto y se fue en segundos—. Damian estalla en carcajadas y se levanta de la mesa—. Nunca pensé que viviría para ver el día en que mi hermano persiguiera a una mujer.

Sigo a Damian con la mirada, preguntándome si podría tener razón. ¿Luca estaba celoso? ¿Por mí?

Luca

—No compraré nada sin antes probar el producto, Bogdan —
expongo al teléfono y hojeo los papeles sobre mi escritorio. He pasado toda la mañana en mi oficina en el centro de la ciudad, revisando el flujo de efectivo de nuestro negocio inmobiliario.

—Tiene un cañón de veinte pulgadas y un sistema de gas de longitud de rifle. Es un encanto, créeme —comunica.

—¿Cuánto cuestan?

—Son una ganga a setecientos dólares cada una —indica—, pero aceptaré seis cincuenta por cada una si compras más de quinientas.

—Quiero cuatrocientas por seiscientos dólares cada una.

—De ninguna manera, Luca. Vendo el modelo del año pasado por ese precio.

—De acuerdo. Entonces, le preguntaré a Dushku. Tal vez él pueda aceptar ese precio.

—¡No irás con los albaneses! —brama—. Acordamos exclusividad hace dos años.

—También acordamos que tú entregarías la mercancía que pedí —replico.

—Fue un error de una sola vez, y fuiste muy claro al mostrar tu inconformidad.

—Me alegra escucharlo. —Paso la página y ojeo los números de la siguiente—. Quiero cuatrocientas piezas a seiscientos dólares cada una. O voy con Dushku.

—Joder, Luca —agrega, y luego murmura algo en rumano—. Bien. ¿Algo más?

—Una muestra para que la pruebe primero. Si me gusta, hacemos el trato. Envíame también diez cajas más de granadas. Y Bogdan, si vuelvo a

recibir la mercancía equivocada, estás acabado. ¿Está claro?

Hay más murmullos en rumano y luego:

—Sí. Te llamaré la semana que viene para confirmar los detalles del cargamento —dice Bogdan y cuelga la llamada.

Tocan a la puerta de mi oficina y Donato entra.

—Luca. ¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema, Donato. Siéntate. —Hago un gesto con la cabeza hacia la silla del otro lado del escritorio y le pongo la pila de papeles enfrente—. Este es el informe de flujo de efectivo de la inmobiliaria.

Toma la copia impresa y empieza a mirar las cifras.

—Parece que está bien.

—Por sí solo está bien, pero no cuando no puede seguir el ritmo de los ingresos por la venta de armas. —Tomo la hoja con las ganancias esperadas que calculé de los negocios de armas y la coloco sobre la que él está mirando—. Necesitamos que las cifras inmobiliarias se dupliquen para que Damian pueda lavar todo el dinero. Reúnete con Adam y encuéntrame algunas propiedades que requieran inversiones significativas. Damian dice que puede sacar al menos cinco millones al mes con gastos de renovaciones.

—De acuerdo —asiente y luego me mira de reojo.

—¿Qué pasa?

Se retuerce en la silla como suele hacer cuando da malas noticias. Aunque ambos ocupamos el mismo puesto en la jerarquía, nadie lo considera realmente un jugador serio. La única razón por la que sigue ocupando el puesto de capo es porque él y el Don son amigos de la infancia. Donato es demasiado viejo y demasiado pasivo para hacer trabajo de verdad, así que yo hago la mayor parte y él se limita a supervisar la ejecución.

—Barbini se puso en contacto conmigo ayer —dice.

—¿Y qué quería Lorenzo?

—Me preguntó por tus planes para cuando te hagas cargo.

No le llevó mucho tiempo. Esperaba que Lorenzo hiciera algún movimiento, pero supuse que esperaría hasta que Giuseppe dejara el cargo.

—¿Planes para qué exactamente? —pregunto.

—Negocios de la Familia.

—Se lo haré saber a la Familia cuando llegue el momento. Por ahora, trabajaremos como quiera el Don.

—Oh. Bien. Se lo diré. —Asiente con la cabeza y sale apresuradamente de la oficina.

Tomo el teléfono y empiezo a revisar las llamadas perdidas de esta mañana, y me detengo al llegar al nombre de Isabella. Me llamó dos veces, la primera alrededor de las diez y la segunda hace dos horas. Dejé que sonara las dos veces. Me reclino en la silla, inclino la cabeza y miro al techo, preguntándome qué voy a hacer con ella.

No sé qué me pasó anoche, sin embargo, no pienso volver a hacerlo. Y no me acostaré con ella hasta que cumpla veintiún años. Puede sonar ridículo, pero no puedo soportar la idea de cogerme a una chica de diecinueve años. Aunque ella no lo parezca en la oscuridad, tendida en la cama y con su mano entre las piernas. Luego la veo por la mañana, aún más joven, con los ojos hinchados por la falta de sueño, y me siento como una mierda. Esta locura termina ahora. Lo que haga en su habitación es asunto suyo. La locura que me llevó a decirle que viniera a verme cuando necesitara solucionar su *problema* ya no existe. No volveré a abrir esa puerta entre nuestras habitaciones. Si quiere follar, tendrá que esperar o buscarse a otro. Me importa un carajo.

Suena el teléfono de mi escritorio.

—¿Sí?

—Señor Rossi —comunica mi secretaria desde el otro lado—. Su esposa está aquí.

¿Qué demonios hace ella aquí?

—Que pase —digo apretando los dientes y me dirijo a la puerta. Echo un breve vistazo al exterior y veo que todos mis empleados han dejado de hacer lo que estaban haciendo para mirar boquiabiertos a Isabella. Seguro que escucharon a Magda anunciándola.

—¡Vuelvan al trabajo! —reviro bruscamente mientras veo a Isabella acercarse, con sus tacones resonando en el suelo de mármol. Tiene puesto un vestido blanco sin mangas que le ciñe el pecho y se abre desde la cintura hasta las rodillas. Su cabello está recogido en una larga coleta y unas enormes gafas de sol ocultan sus ojos.

Se detiene delante de mí, se quita los lentes de sol y levanta la cabeza.

—Buenas tardes, esposo.

—Entra. —Me hago a un lado, la dejo pasar y cierro la puerta—. ¿Dónde está tu guardaespaldas?

—Aún no me has asignado uno. Intenté llamarte, pero no me devolviste las llamadas. —Se sienta en el sofá de la esquina de mi oficina e inclina la barbilla hacia arriba—. Teníamos un trato. Tú contestas mis llamadas. Yo acepto tu guardaespaldas.

—¿Renato te trajo hasta aquí? —Es hombre muerto.

—No. Dijo que no podía llevarme a ningún lado sin un guardaespaldas.

—Entonces, ¿cómo diablos llegaste aquí?

—En taxi.

—¿Estás loca?

Se reclina y sonríe.

—Estoy aquí por nuestro acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—El de anoche —expresa, y me quedo mirando mientras levanta su trasero, se sube la falda del vestido y se quita una tanga *beige*—. Tengo un problema. Y necesito que lo resuelvas.

Lanza la ropa interior al otro lado de la habitación, donde cae sobre mi escritorio.

—Cambié de opinión. —Doy la vuelta al escritorio y me siento. Agarro la prenda de encaje y se la lanzo—. Puedes usar tu mano. Vete a casa. Uno de los chicos de seguridad te llevará.

Parpadea, toma la tanga y la mete en su bolso.

—Bueno, después de lo de anoche, he decidido que mi propia mano no servirá. —La miro mientras se dirige a la puerta, buscando algo en su teléfono mientras camina y luego se lo acerca a la oreja—. Nos vemos en la cena —agrega por encima de su hombro.

—¿A quién llamas?

—A alguien que solucionará mis problemas —concluye y abre la puerta—. Hola, Angelo. ¿Tienes planes para esta tarde? Perfecto, veámonos... —La puerta se cierra, interrumpiendo el resto de su conversación.

Miro hacia la puerta y comienzo a contar hasta diez para calmarme. *Uno*. Deja que se vaya. *Dos*. No es tu problema. *Tres*. Salto de la silla y casi arranco la puerta de las bisagras mientras salgo corriendo y atravieso el espacio abierto que hay más allá, ignorando a los empleados que, una vez más, han dejado de hacer lo que sea que estén haciendo. Cuando alcanzo a Isabella, la envuelvo en mis brazos y la levanto. Me doy la vuelta y la llevo hacia mi oficina. Con su espalda pegada a mi pecho y sus pies colgando a

varios centímetros del suelo, su trasero está presionando mi polla, que se pone cada vez más dura.

—Angelo, parece que surgió algo, no podré ir hoy. —Ella sigue hablando por teléfono como si nada extraño estuviera pasando—. Sí, te llamaré. Lo prometo.

Desde luego que no volverá a llamarlo jamás. Me aseguraré de ello. Al entrar a la oficina, cierro la puerta con el pie y dejo que se deslice por mi cuerpo hasta que sus tacones llegan al suelo. Comienza a voltear hacia mí, pero aprieto mi agarre a su alrededor, haciendo que su cuerpo se pegue más al mío.

—Tira el teléfono —le susurro al oído y deslizo mis manos hacia abajo y sobre su cadera.

Escucho su respiración agitada antes de que deje caer el aparato de su mano.

—El bolso y las gafas —ordeno mientras sigo bajando las manos.

El bolso cae al suelo y las gafas de sol le siguen. Cuando mis manos llegan al dobladillo de su vestido, empiezo a moverlo hacia arriba, jalando la tela a lo largo de sus muslos.

—*Hmm*, veamos si mi mano puede hacerlo mejor que la tuya.

—Lo dudo bastante —desafía y gime cuando mi dedo entra en ella.

Coloco la mano derecha en su clítoris y empiezo a masajearlo en círculos lentos. Mientras, muevo la izquierda hacia el centro e introduzco un dedo en su coño empapado. La forma en que su precioso culo me aprieta hace que esté a punto de estallar. Apenas consigo reprimir un gemido mientras lucho por recuperar el control.

Bajo aún más la mano izquierda, saco el dedo y escucho su siseo de frustración. Lo vuelvo a meter y, con cuidado, añado otro. Dios, está muy apretada. Lentamente, enrosco los dedos y acelero los movimientos sobre

su clítoris. Isabella empieza a jadear y baja las manos, colocándolas sobre las mías para aumentar la presión. Noto que sus paredes se estremecen a mi alrededor, así que masajeo su clítoris más deprisa, disfrutando de sus gemidos cuando se corre sobre mi mano unos segundos después.

Inclino la cabeza hasta que mis labios casi tocan su hombro desnudo e inhalo su aroma. Huele a vainilla.

—¿Puedes caminar, *Tesoro*? —susurro.

—Sí.

—Bien. Vamos al baño. —Empiezo a sacar el dedo, no obstante, ella mantiene su mano sobre la mía, sin dejar que me retire.

—Todavía no —dice con voz ronca, apretando más fuerte mi mano, y casi me hace reventar y follármela en el acto.

—De acuerdo.

La rodeo con mi brazo libre por la cintura y, levantándola, la llevo hacia el baño de la izquierda, sin dejar de meterle el dedo. Su respiración es superficial y se agita un poco a cada paso. Llegamos al baño y nos detenemos frente a un pequeño lavabo. Levanto la cabeza, nuestras miradas se cruzan en el espejo y no puedo decidir qué me gusta más: la expresión agitada de su cara, sus enormes ojos que arden en llamas al mirarme, o la visión de mi mano sobre su coño mientras mi cuerpo se cierne sobre ella.

Tomo la toalla y, colocándola entre sus piernas, saco lentamente el dedo, observándola mientras inhala y cierra los ojos. Después de limpiarla, tiro la toalla en el lavabo y agarro el borde del mostrador a ambos lados de ella, bajando la cabeza hasta que mi barbilla se apoya en su hombro.

—Entonces, ¿resolví tu problema? —pregunto con la mirada fija en el espejo.

—Sí, gracias.

—Bien. Si te vuelvo a sorprender llamando al pequeño chico Scardoni, le voy a romper las piernas. Y las manos. ¿Está claro?

La comisura de sus labios se levanta, pero no responde. Oh, realmente le encanta desafiarme.

Vuelvo a meterle la mano entre las piernas y presiono ligeramente su coño aún sensible, haciéndola jadear.

—¿Está claro, Isabella?

—Sí. —Exhala.

—Perfecto. —Remuevo la mano y me enderezo—. Llamaré a seguridad. Dos de los chicos te llevarán de vuelta a casa.

Salgo del baño, me siento en mi escritorio y tomo el teléfono para llamar a seguridad. Isabella sale dos minutos después, con el vestido arreglado y el cabello impecable. Se agacha para recoger sus cosas del suelo, dejándome ver su trasero desnudo, luego se pone las gafas de sol y se dirige a la puerta.

—Me gusta sentir tus manos y tu boca en mí —comenta por encima del hombro—. Pero sabes que no es suficiente. ¿Verdad, Luca?

No espera mi respuesta, me deja mirando la puerta por la que ha desaparecido y preguntándose cómo una chica de diecinueve años ha conseguido joderme la cabeza.

* * *

El sonido de mi teléfono me despierta. Abro los ojos y miro al techo, intentando ignorar el dolor que siento en mi verga completamente erecta, resultado del sueño que me persigue cada noche. Yo, oprimiendo a Isabella con mi cuerpo, con mi polla enterrada dentro de ella. Creí que después de lo que había pasado esta tarde en la oficina no habría

espectáculo. No fue así. Traté de contenerme cuando escuché gemidos suaves que venían de su habitación. Y fracasé rotundamente. Apenas dos minutos después del primer gemido, irrumpí en la habitación de Isabella y me di un festín con su dulce coño hasta que se corrió en mi cara.

El timbre se detiene y vuelve a sonar. Agarro el teléfono y veo el nombre de Donato en la pantalla. Los números de la esquina indican que son las tres de la mañana.

—¿Qué pasó? —indago en cuanto respondo a la llamada.

—Estoy en el almacén. Atrapamos a uno de los guardias de seguridad robando municiones.

—¿Y?

—¿Qué quieres que haga con él?

Me aprieto las sienes entre el pulgar y el dedo medio y sacudo la cabeza.

—Mátalo, Donato.

—¿Matarlo? ¿Estás seguro?

Dios. Nunca entenderé cómo demonios acabó siendo capo. Comienzo a decirle que haga que uno de los muchachos mate al ladrón y luego cambio de idea.

—Estaré allí en una hora —indico y cuelgo la llamada.

Necesito algo para sacudirme la frustración.

En la ducha, mientras el agua cae sobre mí, me agarro la polla adolorida y me imagino follando a Isabella por detrás, con su culo frente a mí. No tardo nada en venirme. A pesar de haberme masturbado, sigo excitado mientras me visto y salgo.

Cuando llego al almacén donde guardamos las armas, me dirijo hacia el hombre sentado en el rincón más alejado. Donato está a su lado,

junto con otro de mis guardias, ambos apuntándole con sus armas. Me sorprende que Donato sepa sostener el arma.

—¿Ese es el ladrón? —pregunto.

—Sí. —Donato afirma con la cabeza—. Gianni lo atrapó mientras...

No espero a que termine, saco mi arma de la funda, apunto al pecho del ladrón y disparo cuatro veces. Donato jadea y se tambalea hacia atrás, mirando la sangre que empapa la parte frontal de la camisa del hombre. Me doy la vuelta y vuelvo al vehículo, todavía furioso y sexualmente frustrado. ¡Maldita sea esa mujer! Que se vaya al infierno.

Capítulo 8

Isabella

Tomo la jarra de agua que hay en el centro de la mesa y observo a Luca de reojo. Lleva unos días de mal humor, pero esta mañana alcanzó su punto máximo. No ha dicho una palabra desde que bajó a desayunar.

Llevamos así casi tres semanas. Desayunamos con Damian y Rosa, y luego él se va a trabajar. Todos los días a las dos, voy a su oficina, donde me destroza poco a poco con sus dedos de la mejor manera posible, y por la noche, entra a mi habitación y me devora con su lengua experta. Me satisface tan bien que lo único que soy capaz de hacer después es caer en un profundo sueño.

Sin embargo, nada más ha cambiado. Sigue ignorando mi presencia durante el día. No me ha tocado de ninguna manera a menos que esté *resolviendo mis problemas*, y mi paciencia se está agotando poco a poco.

—¿Tu oficina en el centro de la ciudad es solamente una fachada o un negocio de verdad? —inquiero mientras lleno mi vaso de agua.

—Es real —contesta sin levantar la cabeza, concentrado intensamente en el plato de comida que tiene enfrente—. La inmobiliaria es la mejor forma de lavar grandes cantidades de dinero —añade después de otro bocado.

—¿Y quién se encarga de eso?

—Oh, ese sería yo —interviene Damian con una sonrisa pícar.

Levanto las cejas. Apenas tiene veintitrés años y estamos hablando de lavar millones. Luca debe de confiar mucho en las habilidades de su

hermano.

—¿Tú también te dedicas al tráfico de armas o solo te encargas de la parte financiera? —le pregunto.

Luca levanta la cabeza.

—¿Cómo sabes de nuestro negocio de tráfico de armas?

—¡Por favor! —resoplo—. ¿Dónde crees que he vivido toda mi vida? ¿Bajo una roca?

—Eres la nieta del Don. Deberías haberte pasado todos los días hojeando revistas, de compras y yendo a *spas*.

—Siento decepcionarte. Los *spas* nunca fueron lo mío. —Me encojo de hombros—. Y como soy la nieta del Don, me han preparado para mi papel desde que tenía diez años.

—¿Y qué papel sería ese?

—La esposa de un capo —respondo y tomo un *croissant* de la canasta.

—Que no debe hacer otra cosa más que ir de compras y a *spas* y hojear revistas —recalca Luca.

—Bueno, no esperaba que me casaran con un cascarrabias machista, pero es lo que hay.

Al otro lado de la mesa, Damian se atraganta con el café y se echa a reír.

—Perdón, es que... —Se ríe—. *Cascarrabias machista*. —Se ríe de nuevo.

Volteo la cabeza y descubro a Luca mirándome con los ojos entrecerrados.

—Quiero que te quedes en tu habitación esta tarde —ordena.

—¿Por qué?

—Simona vendrá a recoger a Rosa, y yo tengo una reunión a la que debo asistir. No quiero que se enfrenten, sobre todo cuando yo no estoy.

Agarro la leche y lleno el vaso para Rosa. Cuando fui a verla antes, me dijo que no se sentía bien y decidió quedarse en su habitación.

—¿Tienes miedo de que muerda a tu ex o algo así?

—No me preocupa lo que tú puedas hacer, Isabella.

Oh. Le preocupa lo que su enorme y malvada ex pueda hacerle a su delicada y joven esposa. Qué *dulce* de su parte. Desearía estar borracha de nuevo para poder permitirme arrojarle algo más a la cara.

—Le llevaré el desayuno a Rosa y luego me aseguraré de estar encerrada a salvo en mi habitación cuando venga tu exesposa. —Tomo el plato que preparé para Rosa, me doy la vuelta y me dirijo hacia la escalera.

La risa de Damian suena detrás de mí.

* * *

—¿Quieres que te traiga un té o algo? —le pregunto a Rosa.

—No —murmura entre dientes.

—Quizá deberíamos llamar a un médico. —Le pongo la mano en la frente, pero no parece que tenga fiebre—. ¿Comiste algo raro ayer?

—No.

—¿Tienes diarrea? ¿Tienes ganas de vomitar?

—No, solo me duele el estómago. Estoy bien.

Me siento en el borde de su cama y le aprieto ligeramente el hombro.

—Entonces, ¿esto no tiene nada que ver con que tu mamá vendrá?

—Quiere que la llame Simona —explica—. Y no quiero ir con ella. Siempre me lleva al centro comercial. Es aburrido.

—Bueno, ¿puedes pedirle que te lleve al parque? ¿O a ver alguna película? ¿Qué te parece?

—Odia los parques porque me ensucio. Y dice que no le gustan las películas porque le duelen los ojos. Quiero quedarme aquí.

—Aquí también te aburrirás.

—No me aburriré. Puedo llamar a Clara. Dice que traerá a Tomas la próxima vez que venga.

—¿Quién es Tomas?

—Su gato. Tiene una correa para que podamos pasearlo por el jardín. Y Grace nos hará sándwiches.

—¿Le dijiste a tu papá que no quieres ir con Simona?

—No. No lo entenderá.

—Claro que lo entenderá. ¿Quieres que lo llame para que suba?

—Sí.

Asiento con la cabeza, tomo mi teléfono y llamo a Luca.

—¿Qué? —brama.

Una viva imagen de la *cortesía*.

—Por favor, sube. Rosa quiere hablar contigo.

—Estoy subiendo a mi auto.

—Pues *bájate* y ven a hablar con tu hija. Es importante. —Corto la llamada y froto la espalda de Rosa—. Ya viene. Si no quieres hacer algo, siempre debes decírselo a tu padre. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Estaré en mi habitación. Ven a buscarme si me necesitas. Si quieres, podemos ver algo abajo más tarde. O podemos llamar a tu amiga. ¿Trato hecho?

—De acuerdo.

Le vuelvo a apretar el hombro y salgo de su habitación.

Luca

—Es tu madre, *piccola*. —Paso el dorso de la palma de mi mano por la mejilla de Rosa— Deberías pasar algo de tiempo con ella.

—No quiero —dice mirándome fijamente. Se esfuerza mucho por contener las lágrimas, pero veo que su nariz se contrae un poco y una lágrima se desliza por su mejilla—. Por favor, no me obligues a ir con ella.

—Nunca te obligaré a hacer nada que no quieras, Rosa —aseguro y la tomo en mis brazos. Rosa resopla y me rodea el cuello con sus brazos, hundiendo su cara en él. Siempre le ha gustado hacer eso, incluso cuando era una bebé.

—¿Me lo prometes? —susurra.

Tomo su barbilla entre mis dedos e inclino hacia arriba su cabeza para mirarla a los ojos.

—Te lo prometo.

—Simona me dijo que iba a escribirle a una especie de servicio que me llevaría lejos y me haría vivir con ella. No quiero vivir con ella, papá.

Aprieto la mano en un puño.

—Ella te dijo eso, ¿eh?

—Sí.

—Eso no es verdad, Rosa. Nadie puede alejarte de mí. Ella solo intenta manipularte.

—¿Por qué quiere que vaya a algún lugar con ella? No me quiere. ¿Por qué no puede simplemente... irse?

A veces me gustaría matar a Simona y acabar con ella, sin embargo, no puedo hacerle eso a Rosa. Simona sigue siendo su madre. Aprieto la cara de mi hija contra mi pecho y le rodeo la espalda con el brazo.

—Te quiere a su manera, Rosa. Pero no sabe cómo demostrarlo.

No estoy seguro de que Simona sea capaz de querer a nadie más que a sí misma. A veces me pregunto si debería haberme quedado con Rosa sin casarme con mi ex, pero no quería que mi hija creciera sin una madre como lo hice yo. Pensé que Simona cambiaría, así que me quedé con ella por el bien de Rosa. No cambió.

—¿Puedo llamar a Clara para que venga? —cuestiona Rosa contra mi pecho—. Podemos pedirle a Grace que nos haga sándwiches de atún. Y esas galletas de jengibre con canela.

—Solamente si dejas algunas para mí. Clara y tú se las comieron todas la última vez.

—¡El tío Damian se las comió! Le dijimos que te dejara algunas, pero dijo que su nivel de azúcar estaba bajo y las necesitaba más que tú. — Me río. ¿Por qué no me sorprende?—. Isa dijo que vería una película conmigo —añade Rosa y se echa hacia atrás para mirarme a los ojos—. Isa me cae muy bien, papá.

—¿De verdad? —Le rozo la mejilla con el pulgar, quitándole las lágrimas.

—Sí. Ayer estaba trabajando en unos problemas de Matemáticas que teníamos que terminar durante las vacaciones y le pedí que me ayudara. Trabajó conmigo toda la mañana. Isa es muy lista.

—Sí, lo es. —Asiento con la cabeza.

Es la verdad. Mi joven esposa es una mujer excepcionalmente inteligente. No puedo dejar de admirar cómo juega conmigo, día tras día, sin ceder ni vacilar en su postura. Y cada día que pasa, me resulta más difícil seguir resistiéndome. A veces, me sorprende mirándola, debatiéndome entre decir “al diablo”, agarrarla y chocar mi boca contra la suya. No recuerdo haber estado antes tan loco por una mujer. Es como si se

hubiera metido bajo mi piel y se hubiera instalado allí, y cada día que pasa es exponencialmente peor. Cada mirada obstinada, cada comentario ingenioso, cada inclinación desafiante de su barbilla... todo contribuye a que se abra camino aún más dentro de mí.

Sacudo rápidamente la cabeza y le doy un beso a Rosa.

—Tengo que irme a trabajar, pero llámame si me necesitas y volveré enseguida. ¿De acuerdo, *piccola*?

—Sí. —Asiente con la cabeza.

Cuando salgo de la habitación de Rosa, encuentro a Isabella abajo hablando con una de las sirvientas. Me ve llegar, y sus ojos se desvían instantáneamente antes de que pueda clavarle mi mirada. Como si mi presencia no le importara en lo más mínimo, prosigue su conversación sin perder un segundo.

—Llamaré a Simona para reprogramar su visita —le informo de pasada.

—Qué bien. ¿Eso significa que esta tarde puedo andar por la casa tranquilamente?

Decido ignorar su comentario sarcástico y me dirijo hacia la puerta principal. No estoy seguro de que Isabella sea capaz de enfrentarse a Simona, sobre todo si mi ex está de un humor de perros, y no me arriesgaré a que se encuentren a menos que yo esté allí. Simona es una zorra y la sola idea de que diga algo que pueda herir a Isabella hace que me hierva el estómago de rabia.

Isabella

Cierro el libro de Economía Mundial, una de las asignaturas de mi plan de estudios del próximo semestre, y lo guardo en el cajón del

escritorio. Como no tengo nada que hacer por aquí, he decidido aprovechar el tiempo para repasar las asignaturas principales y prepararme para cuando se reanuden las clases. Dudo que mi esposo sepa que estoy asistiendo a la universidad como estudiante en línea, y como en realidad nunca me ha preguntado qué hago durante el día, nunca le he ofrecido esa información.

Mi teléfono suena cuando me dirijo al baño para ducharme y cambiarme antes de ir a la oficina de Luca. En la pantalla aparece el número del portero. Qué raro. No recuerdo haber invitado a nadie a la casa.

—Señora Rossi —dice cuando atiendo la llamada—. Tengo aquí a la señora Albano. Insiste en que la deje entrar.

¿Qué demonios está haciendo aquí la ex de Luca? Señaló que habían reprogramado su visita.

—¿Llamaste a Luca? —inquiero.

—Dos veces. No contesta.

Típico.

—Déjala entrar, Tony —ordeno, salgo de mi habitación y me dirijo escaleras abajo.

Al pasar junto al gran espejo del tramo del segundo piso, miro mi reflejo y gruño. Si hubiera sabido que Simona iba a venir, me habría puesto otra cosa, unos *jeans* y una blusa blanca. Y tacones. Sin embargo, me veré con la primera esposa de mi marido en pantalones deportivos azul pastel y una camiseta a juego, con la cara de Hello Kitty estampada en el pecho. Descalza. *Qué bien*.

Estoy a medio camino de la puerta principal cuando escucho gritos agudos al otro lado. La puerta se abre y una mujer alta y rubia entra apresuradamente con sus tacones haciendo ruido en el suelo. Nuestro guardia de seguridad entra corriendo tras ella.

—Le dije que esperara afuera, señora Rossi —explica—. No me hizo caso.

—Está bien, Emilio. —Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar a Simona Albano, *antes conocida como Rossi*.

La he visto numerosas veces en diferentes eventos sociales. Era imposible no verla. Cada vez, sentía un dolor punzante en medio de mi estómago. La envidiaba tanto. La última vez que la vi fue hace seis meses y, desde entonces, sus labios han aumentado el doble de tamaño, sus pechos son más grandes y ha perdido al menos cinco kilos. Parece un gancho de ropa para su carísimo vestido *beige* con lunares negros.

De pie, con una mano en las caderas, me mira de arriba abajo, deteniéndose unos segundos en la imagen de Hello Kitty que tengo en el pecho, y se echa a reír.

—Dios mío, sabía que eras joven, pero no tenía idea de que habían obligado a Luca a casarse con una niña. —Me dedica una sonrisa condescendiente.

—¿Qué quieres, Simona?

—Es señora Albano para ti.

—Entraste a mi casa sin invitación —reviro—. Te voy a llamar como se me dé la maldita gana.

Simona parpadea, un poco estupefacta. Intenta hacerme una mueca de desprecio, pero lo único que consigue es crujir los labios inyectados en bótox.

—Vine a recoger a Rosa.

—Rosa no quiere ir. Luca me dijo que te llamó y lo reprogramó.

—Cambié de parecer. ¿Dónde está mi hija? La llevaré de compras.

—¿Lo consultaste con Luca?

—No tengo que consultarle nada —contesta.

—Claro que sí. Le cediste toda la custodia. Rosa no se irá a menos que su padre lo autorice.

La ira brilla en los ojos de Simona. Da dos pasos hacia adelante hasta colocarse justo frente a mí, y sus labios se estiran en una mueca que transforma su bello rostro en algo grotesco.

—¡Tráeme a mi hija! ¡Ahora mismo!

—Que tengas un buen día, Simona. —Me dirijo a Emilio, que está en la puerta—. Por favor, acompaña a su auto y asegúrate de que salga de la propiedad. Y déjale claro a Tony que no puede volver a cruzar el portón a menos que Luca lo haya autorizado.

Me doy la vuelta para irme cuando siento que una mano me agarra del brazo.

—¿Cómo te atreves a echarme? Esta era mi casa.

—*Era*. Tiempo pasado. —Observo su mano y luego vuelvo a mirarla a los ojos—. Quítame la mano de encima.

—¿Quién te crees que eres, pequeña zorra? —grita y empieza a sacudirme.

No soy una persona violenta. Creo que hay que resolver los problemas discutiendo, sin embargo, no voy a permitir que nadie me maltrate. Y menos la exmujer de mi marido. Miro hacia abajo, fijo la mirada en los dedos de sus pies, que asoman por encima de sus sandalias con tiras, y los aplasto con todas mis fuerzas con mi talón derecho. Simona grita y me suelta el brazo. Aprovecho para agarrarla del cabello y jalarle la cabeza hacia atrás. Vuelve a gritar e intenta arañarme la cara, pero me coloco detrás de ella y le jalo aún más el cabello haciéndola arquear la espalda.

—¡No te atrevas a volver a tocarme! —exclamo y la arrastro hacia la puerta, donde está parado Emilio, con la boca abierta—. Sácala. —Suelto

la melena de Simona, me doy la vuelta y me dirijo a la cocina. Necesito un poco de azúcar porque estoy bajando de un subidón de adrenalina y me empiezan a temblar las piernas. Al pasar por la escalera, escucho una risita y levanto la cabeza. Damian está de pie junto a la barandilla con su teléfono frente a él.

—Que ni se te ocurra publicar eso en algún sitio. Lo digo en serio, Damian.

—Es para mi colección privada de vídeos de peleas de chicas. —
Sonríe y desaparece por el pasillo.

Luca

Mi teléfono suena con el nombre de Damian parpadeando en la pantalla. Dejo que suene sobre mi escritorio y continúo leyendo la oferta inmobiliaria que estaba revisando. Él tenía razón. Vender esos apartamentos fue una buena decisión. Si hubiéramos esperado, habríamos perdido un 10%. Probablemente está llamando para decir *Te lo dije*. No estoy de humor. Son casi las dos y media, e Isabella todavía no ha llegado. ¿Y si después de todo decidió llamar al cachorro Scardoni? El móvil deja de sonar, no obstante, vuelve a hacerlo unos segundos después.

Maldigo y tomo el teléfono.

—Estoy ocupado, Damian.

—Simona estuvo aquí.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Se acaba de ir.

—Acordamos posponer su visita hasta la próxima semana. —

Golpeo el escritorio con la mano—. Y ella sabe que no debe entrar a mi

casa a menos que yo esté allí.

—Sí, bueno, ya conoces a Simona.

—¿Qué pasó? ¿Se llevó a Rosa?

—No. Isabella no la dejó. Le dijo a Simona que no puede llevar a Rosa a ningún lado sin tu permiso.

—Maldición. ¿Se vieron?

—Sí. No fue agradable.

Me levanto de la silla, agarrando el teléfono.

—¿Qué le hizo Simona?

—Cálmate. Todo está bien.

—No me digas que me calme. —Tomo mi cartera y las llaves del auto de la mesa y salgo corriendo de la oficina—. Voy para allá.

—Isa está bien. Está viendo *¡Say Yes to the Dress!* con Rosa.

—No me mientas, Damian. Simona sabía que yo no estaba y fue con un propósito. Conozco a mi ex demasiado bien.

—Grabé todo lo que pasó. Te estoy enviando un video.

—¿Lo grabaste? ¿Por qué carajo no echaste a esa perra en vez de eso?

—Parecía que Isa no necesitaba mi ayuda. —Se ríe—. Ella misma la echó.

—¿Qué? —Aprieto el botón en mi control remoto mientras me acerco a mi coche. Las puertas se abren con un chasquido justo cuando agarro la manija.

—Solo míralo, Luca. —Damian cuelga la llamada.

Me meto al vehículo y pongo el vídeo que Damian me envió. Cuando llego a la parte en la que Simona agarra el brazo de Isabella, agarro el volante, bajo la mano y arranco el coche, solo para apagarlo dos segundos después. Veo con gran asombro cómo mi diminuta esposa agarra

a mi ex, que es mucho más alta que ella, y jala a Simona del cabello hacia la puerta principal. El vídeo termina con ella caminando despreocupadamente por el vestíbulo.

Vuelvo a poner el vídeo, y una vez más. Sonrío, me reclino en el asiento y sacudo la cabeza. Pequeña diablilla. Salgo del auto con la intención de llamar a Simona para contarle lo que pienso de su visita, pero mi teléfono vuelve a sonar. En la pantalla aparece el nombre de Francesco. No suelo recibir llamadas del padre de Isabella.

—¿Francesco? ¿Qué sucede?

—Acaban de ingresar al Don en el hospital —informa—. Otro infarto.

—Maldición. ¿Es grave?

—Sí. ¿Puedes llevar a Isa? Todavía no se lo he dicho. Temía que viniera sola.

—Claro.

Una vez que me da la dirección, me pongo al volante y piso el acelerador.

* * *

Encuentro a Isabella tal como dijo Damian: viendo la televisión con Rosa en la biblioteca. Tiene el brazo izquierdo apoyado en el respaldo del sofá y, al acercarme, veo un moretón rojo encima de su codo. Voy a matar a Simona si se atreve a acercarse a menos de cinco metros alrededor de mi mujer. Sin pensarlo, estiro la mano y rozo su piel con el dorso. Isabella levanta la cabeza, con sorpresa en sus ojos, y retiro la mano rápidamente.

—Ve por tu bolso —señalo y dejo caer un beso sobre la cabeza de Rosa—. Te espero en el coche. Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—Al hospital. Tu abuelo tuvo otro infarto.

Se me queda mirando un segundo, se levanta del sofá y sale corriendo de la biblioteca. Espero que se cambie o se maquille, no obstante, baja corriendo las escaleras con su bolso y los zapatos puestos antes de que yo llegue a la puerta principal.

—¿Cómo está? —pregunta Isabella mientras subimos al auto.

—No lo sé. Tu padre solo me dio la dirección y colgó.

Preguntaremos cuando lleguemos.

Ella asiente con la cabeza y se recuesta en el asiento, apretando su bolso en su regazo.

Tardamos treinta minutos en llegar al hospital y cinco más en encontrar estacionamiento. En cuanto estaciono el vehículo, Isabella se baja y corre hacia la entrada. Corro tras ella y, cuando la alcanzo, le tomo la mano.

—No te separes de mí.

Isabella mira nuestras manos entrelazadas, asiente y me deja guiarla hacia el interior. Cuando entramos al vestíbulo, observo a la gente en la sala de espera. Cuando no veo nada sospechoso, nos dirijo al mostrador de información y pregunto cómo llegar.

Cuanto más nos acercamos a la unidad del hospital indicada por la enfermera, Isabella me agarra la mano con más fuerza. Doblamos la esquina y vemos a dos hombres frente a la puerta del fondo del pasillo y al padre de Isabella sentado en una silla frente a ellos. Inmediatamente, Isabella me suelta la mano y corre hacia él.

Abraza a su padre mientras él le habla al oído, probablemente para ponerla al corriente del estado de su abuelo, y yo espero que en cualquier momento empiece a llorar. En lugar de eso, asiente con la cabeza, se sienta

en la silla junto a Francesco y se queda mirando fijamente la puerta que tiene enfrente. Me sorprende lo tranquila que parece por fuera, porque sé que por dentro está aterrada. No pudo ocultar el miedo en sus ojos mientras conducíamos hacia el hospital. Mi lugar está ahí, sentado a su lado y sosteniendo su mano, pero no se siente bien. Estoy seguro de que no lo aceptaría. No después de la frialdad con la que la he tratado. Realmente he estado actuando como un desgraciado.

Isabella parece actuar con más madurez que Simona, que es diez años mayor. Cuando Damian me dijo que se habían visto hoy, supuse que encontraría a Isabella llorando en su habitación cuando llegara a casa. Nunca habría imaginado que se defendería. El vídeo de Damian demostró que estaba equivocado y que Isa se defendió bastante bien. Mi joven esposa ha resultado ser toda una sorpresa, y me resulta difícil seguir manteniéndola a distancia.

El hecho es que me siento atraído por ella, y no me refiero solo físicamente. Me gusta la forma en que se enfrenta a mí cada vez, sin alejarse nunca y encontrándose conmigo en un punto intermedio. La forma en que, día tras día, sigue jugando al juego de la indiferencia que yo empecé, me vuelve aún más loco por ella. Quizá debería dejar de contenerme y empezar a follármela salvajemente. No es como si ella no tuviera experiencia. Eso es obvio por su forma de actuar. Y eso me pone furioso. ¿Por qué me importa si ha tenido sexo antes? ¿Y qué demonios voy a hacer con este impulso estúpido de encontrar a todos los hombres que la han tocado y estrangularlos? Quizá sea su comportamiento impredecible lo que me está afectando al cerebro. Ella me irrita hasta el punto en que mi polla explota en un momento, y al siguiente, es una reina de hielo, lista para dejarme de lado por el próximo imbécil que arregle su *pequeño problema*.

Se abre la puerta de la habitación del Don y salen la madre y la hermana de Isabella. Intercambian unas palabras y mi esposa se dirige al interior, no sin antes dirigirme una mirada breve.

Isabella

«Dios mío, parece tan viejo».

Es lo primero que me viene a la mente al entrar en la habitación y ver el frágil cuerpo de mi abuelo en la cama. No puedo asimilar su imagen a la que recuerdo de mi infancia: un hombre corpulento, alto, de voz grave y presencia imponente. Siempre me pareció tan fuerte, hasta que su corazón comenzó a fallarle.

—Isi, ven aquí, *stella mia* —dice. Me siento en la silla junto a la cama y tomo su mano entre las mías. La siento tan ligera y frágil. Quiero decir algo, pero no encuentro las palabras—. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me recuerdas a tu abuela? —Sonríe débilmente—. Los mismos ojos grandes. El mismo espíritu inquebrantable que parece tan grande para una persona tan diminuta. —Parece que se está despidiendo y me cuesta contener las lágrimas. Así que las dejo salir—. No llores, Isi. Tuve una buena vida y es hora de seguir adelante. Tienes que ser fuerte ahora, *stella mia*, porque cuando me haya ido, se desatará el infierno. Luca te necesitará. Sobre todo, con el lío que Bruno Scardoni armó.

Sacudo la cabeza y suspiro.

—No creo que Luca necesite a nadie, *Nonno*. Se las arregla bastante bien solo.

—Los hombres pueden ser testarudos a veces. Y tu esposo es el más testarudo con el que me he topado. —Levanta la mano y me roza la mejilla

—. Tengo que confesarte algo, Isi. Espero que no te enfades por no habértelo dicho antes.

—Nunca podría enfadarme contigo, *Nonno*. Ya lo sabes.

Me mira con sus ojos oscuros, ligeramente empañados, y luego sonríe.

—Lo sabía, Isi —dice—. Lo supe durante años.

—¿Qué sabías?

—Que estabas enamorada de Luca. Por lo que veo, aún lo estás. —Abro la boca para decir algo, pero me pone el dedo sobre mis labios—. Le pagué a ese guardaespaldas. Al que Luca encontró en la cama con Simona. No es que ella no lo estuviera engañando antes, pero tuvo cuidado de que no la descubrieran.

—¡*Nonno!*

—Luca es un buen hombre. Y lo quería para ti. —Sonríe—. Así que me aseguré de que lo tuvieras, *stella mia*. —Rompo en llanto—. Barbini va a enfrentarse a él, Isi. Lorenzo no dijo nada delante de mí, aunque lo vi en su cara. Dile a Luca que tenga cuidado.

—Lo haré —sollozo entre lágrimas—. Pero te pondrás bien, *Nonno*. Papá me dijo que te llevarán al quirófano y que los médicos te arreglarán el corazón. No irás a ninguna parte, todavía.

—Te quiero, *stella mia*.

Se abre la puerta detrás de mí y entran dos enfermeras. Aprieto la mano de mi abuelo y beso su mejilla.

—Yo también te quiero —comento y me limpio las lágrimas—. Te estaremos esperando afuera cuando salgas del quirófano. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

Salgo de la habitación y me siento junto a Andrea, que está lloriqueando en el hombro de mi madre. Mi padre está de pie a unos pasos

de nosotros, hablando en voz baja con el médico. Al girar la cabeza hacia la derecha, veo a Luca al fondo del largo pasillo, apoyado en la pared con el hombro. Debería ir a hablar con él, sin embargo, no creo que pueda recorrer esa distancia con mis piernas temblorosas. Saco mi teléfono del bolso, presiono su número y veo cómo atiende la llamada.

—La operación durará varias horas. No hace falta que te quedes —aviso—. Sé que tienes trabajo que hacer.

—Me quedaré, Isabella.

Guarda el teléfono y mantiene su posición, mirándome de nuevo. Suspiro, apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos.

Luca

Escucho pasos apresurados desde el ascensor y, al levantar la cabeza, veo que se acercan Lorenzo y Orlando Lombardi. ¿No podían haber esperado a que el Don saliera del hospital? Desgraciados. Me aparto de la pared y me dirijo hacia ellos.

—¿Qué quieren? —Me detengo frente a ellos, impidiéndoles el paso.

—Vinimos a ver al Don —confirma Lorenzo.

—Giuseppe está en el quirófano. Cuando tengamos noticias, te llamaré.

—¿Quién demonios te crees que eres? —Lorenzo me grita a la cara—. No puedes prohibirnos que lo veamos. —Avanza como si fuera a dejarlo pasar.

Le rodeo con la mano la parte superior del brazo, deteniéndolo, y me pongo delante de su cara.

—Es un asunto personal, Lorenzo. No dejaré que ni tú ni nadie se entrometa con la familia de Giuseppe en este momento. Márchate.

—¿Ya estás imitando a un Don, Luca? —espeta—. No podías esperar para meterte en el papel, ¿verdad? ¡Suéltame!

—Demonios, Lorenzo. —Sacudo la cabeza y volteo hacia Orlando—. Sácalo del hospital o lo haré yo. Y de verdad que no quiero hacer una escena.

—¿Luca? —La voz de Isabella me llega desde atrás—. ¿Qué pasa?

—Fuera. Los dos —digo apretando los dientes y suelto el brazo de Lorenzo—. ¡Ahora mismo, maldición!

Miro hasta que Lorenzo y Orlando desaparecen en el ascensor, luego me giro hacia Isabella, que está de pie unos pasos detrás de mí, con los brazos fuertemente envueltos alrededor de su cintura.

—Escuché gritos. ¿Pasa algo? —pregunta.

—No. Solo vinieron a ver cómo estaba Giuseppe. No te preocupes.

Ella asiente con la cabeza, pero no se mueve. Parece tan pequeña y tan joven. Acorto la distancia que nos separa y la abrazo, apretándola contra mi cuerpo.

—Se va a poner bien, *Tesoro* —consuelo acariciándole su cabello.

—Tengo miedo —susurra en mi pecho.

—Lo sé.

—Mamá se está volviendo loca. Será mejor que vuelva —señala, pero no me suelta.

La aprieto un poco más.

—Me quedaré aquí para asegurarme de que nadie venga a molestarlos. ¿De acuerdo?

Isabella asiente con la cabeza y se aparta, mirándome. Tiene los ojos enrojecidos, aunque no hay lágrimas. No sé cómo alguien tan joven puede

tener tanto autocontrol. Estoy seguro de que mantiene las lágrimas a raya con pura voluntad.

—Gracias —musita y vuelve con su familia.

* * *

El médico sale a eso de las once de la noche y la familia de Isabella se reúne a su alrededor. Por la expresión de sus rostros, las posibilidades no son buenas, pero el Don aún está vivo. Vuelven a sus sillas y, un rato después, Andrea y los padres de Isabella se levantan y empiezan a caminar por el pasillo hacia mí.

—¿Cómo está? —le inquiero a Francesco.

—En la UCI. No se ve bien. Si sobrevive las próximas veinticuatro horas, es posible que se recupere. —Rodea la espalda de su mujer con el brazo—. Vamos a comer algo. ¿Puedes quedarte con Isa?

—Claro. Trae algo para ella también.

—Dice que no puede comer.

—Solo tráele algo. Me aseguraré de que se lo coma.

Cuando se van, camino por el pasillo hasta donde está sentada Isabella y me arrodillo frente a ella. Por un segundo, pienso que se ha quedado dormida en la silla, pero entonces abre los ojos y me mira.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

No contesta, se encoge de hombros y vuelve a cerrar los ojos. No soporto verla así. Derrotada. Aletargada. Con la mirada vacía. Acerco mi mano para tocar su mejilla y sus ojos se abren de golpe. Ahí está. La chispa que buscaba. Acaricio su piel con el pulgar y noto lo suave que es. Lentamente, levanta la mano y, tras unos segundos de vacilación, me

acaricia la mejilla igual que yo lo hice con ella. Suspira y se inclina hacia adelante, apoyando su frente contra la mía.

—¿Qué voy a hacer contigo, Luca? —susurra.

El sonido de unos pasos que se acercan me llega desde algún lugar a lo lejos, y supongo que son sus padres y Andrea que regresan, no obstante, cuando me levanto, me encuentro con el médico de antes de pie a unos pasos de distancia.

—Señora Rossi —llama el médico con una expresión de pesar en el rostro.

—No. —Isabella se levanta a mi lado.

—Su corazón no estaba en condiciones estables —continúa el doctor—. Se detuvo mientras se despertaba de la anestesia. No pudimos resucitarlo.

—No. —Isabella toma mi mano y la aprieta—. Por favor, no.

—Lo siento mucho, señora Rossi. Su abuelo ha fallecido.

Isabella se tambalea. La sujeto por la cintura y la giro hacia mí, enterrando mi mano en su cabello y apretando su cara contra mi pecho. Sus padres y su hermana doblan la esquina y corren hacia nosotros. El médico se encuentra con ellos a medio camino y les da la noticia. La madre de Isabella se lleva la mano a la boca y rompe en llanto. Miro a Isabella, que se aferra a mi camisa con sus pequeñas manos. Sus lágrimas silenciosas me golpean en el pecho como un mazo. No puedo hacer nada para aliviar su dolor, así que la abrazo aún más fuerte.

Capítulo 9

Luca

Empieza a llover cuando salimos del cementerio. Más de doscientas personas asistieron al funeral y, a medida que la llovizna se transforma en aguacero, corren hacia sus automóviles en busca de refugio. Isabella no cambia su ritmo y se queda caminando a mi lado, con la cabeza agachada. Me quito la chaqueta y la pongo sobre sus hombros. Sus pasos vacilan un instante y se detiene, mirándome. No puedo verle los ojos porque lleva unas gafas de sol enormes, pero estoy seguro de que no tiene las mejillas mojadas por la lluvia. Parece que por fin se ha permitido llorar, pero solo cuando no hay nadie más cerca.

Abro la puerta del coche y veo cómo Isabella sube al asiento trasero en silencio. Cuando está adentro, se mueve hacia el otro extremo y apoya la cabeza en la ventana. No ha dicho una palabra desde esta mañana. Entro al vehículo, me inclino hacia ella, le rodeo la cintura con el brazo y la subo a mi regazo. Un grito de sorpresa sale de sus labios, aunque no protesta, solo apoya la mejilla en mi pecho y se acurruca contra mi cuerpo. Su coleta se ha soltado, así que le quito la liga del cabello y meto los dedos en su suave melena, masajeándole el cuero cabelludo.

Cuando el coche se detiene frente a la casa, me bajo y, con Isabella en brazos, la llevo dentro y subo las escaleras hasta su habitación. La dejo junto a la cama, esperando que se cambie, pero se limita a quitarse mi chaqueta y sus gafas de sol y se mete bajo las sábanas. Odio esta sensación de impotencia, la incapacidad de facilitarle la situación, aunque solo sea un

poco. Así que hago lo único que puedo: le quito los tacones con cuidado, la envuelvo con la sábana por sus hombros y me subo a la cama detrás de ella. La rodeo con el brazo, la atraigo hacia mí y me quedo así hasta que escucho que su respiración se calma y por fin se queda dormida.

Mientras miro por la ventana la puesta de sol, me doy cuenta de algo. ¿Me estoy enamorando de mi esposa?

«¡*Tiene diecinueve años!*», grita mi cerebro.

Rápidamente retiro mi brazo de la cintura de Isabella, me levanto y salgo de la habitación, obligándome a olvidar esa ridícula idea.

Isabella

No recuerdo mucho de los dos últimos días. Lo que sí recuerdo es a Luca cargándome hasta el coche cuando salimos del hospital y a mí intentando sin éxito que me bajara. Esa primera noche durmió en el sofá que está bajo la ventana de mi habitación. El día del entierro está borroso en mi memoria. Recuerdo la lluvia y algunos momentos al azar, como cuando Luca me abrazó dentro del coche y se metió en la cama completamente vestido, pero no mucho más. Estoy casi segura de que anoche también durmió en el sofá, pero parece que se fue mientras yo aún dormía.

El sonido de una podadora de césped invade mis pensamientos a través de la ventana abierta, y siento como si su estruendo me taladrara el cerebro. Debería levantarme y cerrarla, pero no me atrevo a moverme. En lugar de eso, me quedo acostada en la cama, mirando al techo. Mi *Nonno* se ha ido. No puedo aceptarlo. Esta mañana, cuando me desperté, tomé el teléfono con la intención de llamarlo y preguntarle cómo se sentía. Como hago todas las mañanas. Solo que esta vez mi mano se detuvo a medio camino del teléfono cuando me acordé.

No hay nadie, por lo que me dejo llevar y me paso la siguiente hora llorando desconsoladamente.

Nonno se enojaría mucho si me viera ahora con la cara hinchada y los ojos rojos. Siempre insistió en que hay que afrontar lo que la vida te depara con la cabeza en alto y la espalda de acero. Miro el enorme reloj de pared. Son las siete de la tarde y aún no le he contado a Luca la advertencia de mi abuelo sobre Lorenzo.

Salgo de la cama y me dirijo al baño para echarme agua en la cara. Espero que me haga sentir un poco mejor. Cinco minutos después, salgo de mi habitación y me dirijo a la segunda planta, con la esperanza de encontrar a Damian en su oficina.

—¿Isa? —Damian levanta la vista de su *laptop*—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, gracias. ¿Cuándo volverá Luca? Necesito hablar con él.

—Ni idea. Tiene una reunión con los capos el viernes, así que está intentando atar cabos sueltos.

—¿Le jurarán lealtad en cuatro días? Eso sí que es rápido.

—Lorenzo estaba empezando a crear problemas —informa—. Teníamos que darnos prisa.

—De eso quería hablar con Luca. El abuelo me dijo que le advirtiera. ¿Quién más?

—¿Qué quieres decir?

Me acerco al escritorio de Damian y tomo asiento frente a él.

—¿Quién más está en contra de tener a Luca como Don? ¿Y quién está indeciso?

Damian me observa con interés, toma un bolígrafo de la mesa y empieza a hacerlo rodar entre sus dedos.

—No te lo tomes a mal, pero ¿por qué lo preguntas?

Sonrío.

—Sígueme la corriente.

—Orlando Lombardi está en contra. Se puso del lado de Lorenzo e insistió en que la Familia abandonara los negocios de armas y apuestas, y transfiriera todos los esfuerzos a las drogas. Luca dijo que no.

—La *Bratva* tiene la mayor parte del negocio de la droga —expreso—. No sería prudente entrometerse, sobre todo después de que Bruno Scardoni casi matara al esposo de Bianca. Damian abre mucho los ojos, sorprendido. Sí, no sería el primero en subestimarme—. Tienes que llamar a Orlando Lombardi. Dile que sería muy desafortunado que Lorenzo se enterara de lo que ha estado haciendo cada dos sábados por la mañana.

—¿Y qué sería eso?

—Acostarse con la esposa de Lorenzo mientras ella está, supuestamente, en su cita habitual de manicura —le cuento—. ¿Quién más?

Damian cruza los brazos sobre el pecho y se reclina hacia atrás, sonriendo.

—Santino D'Angelo está indeciso.

—Bueno, Santino no se acuesta con nadie más que con su sirvienta, y su mujer lo sabe. Es una lástima —agrego—. Pero su hijo mayor, Dario, está endeudado hasta el cuello. Con los albaneses.

—¿Apuestas?

—Sí. La última información que tengo es que está cerca de los trescientos mil, pero eso fue el mes pasado. Probablemente sea más ahora. Dario tiene una gran influencia sobre su padre.

—Si compramos su deuda, ¿tal vez será capaz de dirigir a Santino en la dirección correcta?

—Es muy probable. —Asiento con la cabeza—. ¿Algún otro problema?

—Ninguno por ahora. —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio—. ¿De dónde sacaste esta información?

—Definitivamente no en *spas* ni en revistas de moda. —Sonríe—. El puesto de Don no consiste únicamente en hacer bien el trabajo. Requiere vigilar de cerca a los que quieren apuñalarte por la espalda, e implica una buena dosis de chantaje para dirigir a la gente en la dirección deseada. Mi abuelo tenía en su nómina al chofer de Orlando Lombardi, así como a dos de las sirvientas que trabajan para Santino D'Angelo. Tenía al menos una persona en la casa de cada capo, y les pagaba el triple de su salario para que le informaran de cualquier cosa que pudiera ser útil.

El cuerpo de Damian se pone rígido ante mis palabras.

—¿También tenía a alguien aquí?

—Tu antiguo jardinero.

—¿Domenico? ¿El anciano que se pasaba la mitad del tiempo intentando meterse bajo la falda de Grace?

—Bueno, no sé debajo de qué falda estaba tratando de meterse mientras estuvo aquí, pero estaba proporcionando información bastante buena. Ahora trabaja para Franco Conti.

—Que me parta un rayo. —Sacude la cabeza—. Giuseppe tenía su propio nido de espías.

—Sí. Mi madre y yo nos hemos encargado de ellos durante los dos últimos años, desde que mi abuelo enfermó. Podemos continuar haciéndolo, no obstante, Luca tendrá que hacerse cargo de financiarlo.

—Hablaré con él.

—También tiene que convocar a todos los peces gordos de la Familia, después de que asuma oficialmente el cargo de Don. Dentro de uno o dos meses estaría bien.

—A mi hermano no le gustan las fiestas.

—Tendrá que organizar una de todos modos. Es de esperar.

—Puedes darle a Luca cualquier tipo de armas, y encontrará un comprador en menos de una hora. Sin embargo, no tiene la menor idea de cómo organizar una fiesta.

—Menos mal que me tiene a mí, entonces. —Sonrío y me levanto para irme—. Necesitaré cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil para una fiesta?

—Puede que acabe siendo más cerca de setenta y cinco, pero empecemos con cincuenta por ahora.

Luca

Disparo otra vez al blanco del otro lado del campo, probando el peso y la precisión de la mira, y luego dejo el rifle en la mesa improvisada que tengo frente a mí.

—Servirá —digo y volteo hacia Bogdan—. Nos quedamos con cuatrocientos, como habíamos acordado.

—Puedes transferir el depósito a la cuenta de siempre.

—No habrá depósito por los próximos tres cargamentos.

—¿Qué? No acepto pedidos sin un anticipo del 20%.

—Ahora sí. —Saco mi teléfono y empiezo a caminar hacia mi auto—. Hasta que esté convencido de que no habrá confusiones con los contenedores en el futuro. Así es como yo trabajo.

—¡Entonces puedes olvidarte de las putas armas! —grita siguiéndome—. No voy a cargar nada sin ver mi dinero.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Bogdan —concluyo mientras subo a mi auto y llamo a Damian—. ¿Cómo está Isabella?

—Mejor. Esta mañana tuve una conversación muy interesante con ella.

—¿Sobre qué? —Enciendo el motor, ignorando a Bogdan, que golpea mi ventana.

—Parece que tu mujercita puede ser de gran utilidad.

—¿En qué sentido?

—Se comprometió a organizar tu gran fiesta. Va a ser todo un acontecimiento, ya que piensa gastarse setenta y cinco mil en ella.

—No voy a ofrecer una fiesta, Damian.

—Isa dice que sí. —Se ríe—. Y, además, me hizo gastar trescientos veinte mil.

—¿Estás completamente loco? ¿En qué? Espera un momento. —Bajo la ventanilla que Bogdan lleva golpeando más de un minuto y lo miro fijamente—. ¿Sí?

—Solamente los próximos tres cargamentos, Luca. —Me señala con el dedo—. Después de eso, volveremos a un pago inicial del 20%.

—De acuerdo. No olvides mis granadas. —Subo la ventana, pongo a Damian en altavoz y doy marcha atrás—. ¿Qué hiciste con el dinero, Damian?

—Pagué la deuda de juego de Dario D'Angelo con los albaneses.

No sabía que los problemas de juego del hijo de Santino fueran tan graves. ¿Por qué demonios íbamos a pagar...? Oh. Me lleva el diablo.

—¿Esto significa que tendremos el apoyo de Santino?

—Sí. Y Lombardi ya no será un problema, tampoco.

—¿También compraste su deuda?

—No. Llamé a Orlando para hacerle saber que esperamos su *sí*, o de lo contrario podría querer cambiar cierta *cita de manicura* en el futuro.

—Orlando no se hace la manicura. Sus manos parecen las de un carnicero.

—No. Pero la mujer de Lorenzo sí. Según Isa, cada dos sábados. Orlando lleva follándose a la mujer de Lorenzo en sus narices quién sabe cuánto tiempo. —Se ríe—. Tu mujer y su madre dirigen una maldita red de espionaje dentro de la Familia. Tienen a alguien en la casa de cada capo. Domenico estaba en la nuestra.

— ¿Esa vieja escoria que se pasaba el día merodeando por la cocina?

—Sí. Tu mujer es peligrosa, Luca.

En efecto. Y en más sentidos de los que pensaba.

* * *

En cuanto llego a casa, subo corriendo las escaleras y voy directo a la habitación de Isabella, con la intención de darle un sermón. Sin embargo, cuando entro, no está allí. Me doy la vuelta, a punto de ir a buscarla a la habitación de Rosa, cuando escucho que se abre la ducha.

—Isabella. —Golpeo la puerta del baño—. Tenemos que hablar.

—¡Me estoy duchando! ¡Puede esperar!

—Puedes ducharte más tarde. —Vuelvo a golpear la puerta—.

Hablé con Damian. Dejarás tu pasatiempo de espía a partir de ahora.

—¡De nada, Luca! —grita por encima del sonido del agua corriendo—. Me alegró poder ayudar.

—¡Esto no es un maldito juego! Si alguien sospecha siquiera lo que tú y tu madre están haciendo, ¡no acabará bien!

—Dijiste que no permitías gritos en esta casa.

—¡Nuevas reglas! —Golpeo la puerta con mi mano abierta—. Abre la puerta o la romperé.

El agua se cierra y, unos segundos después, gira la cerradura. Cruzo los brazos sobre mi pecho, esperando a que la puerta se abra antes de continuar. Cuando lo hace, lo único que puedo hacer es mirar fijamente.

Isabella

—Te escucho —digo y apoyo el hombro en el marco de la puerta, disfrutando la forma en que los ojos de Luca me devoran mientras recorren mi cuerpo desnudo.

—Cúbrete. —Le tiembla un músculo de la mandíbula al pronunciar las palabras.

—Me estaba duchando, y pienso seguir después de que acabes con tu discurso.

—¿Discurso? —Da un paso adelante y me mira—. No es un discurso, Isabella. Es una *orden*. Una que será mejor que cumplas.

Se esfuerza por concentrarse en mi cara, pero sus ojos se desvían hacia abajo cada dos segundos.

—O si no ¿qué? —desafío.

Coloca las manos en el marco de la puerta a ambos lados de mí e inclina la cabeza para susurrarme al oído.

—No me provoques, Isa.

¿Isa? Oh, debe de estar muy molesto si se le escapó eso. Levanto la cabeza y mis labios casi rozan su oreja.

—Pero disfruto haciéndolo —susurro, y luego le lamo la oreja con la punta de mi lengua—. Muchísimo.

Respira profundamente. Se escucha un extraño crujido a mi izquierda, pero no me muevo, disfrutando de la sensación de tenerlo tan cerca. La necesidad de inclinarme hacia él, de apretar mi mejilla contra la suya y enterrar mis dedos en su cabello me está comiendo viva, sin embargo, lucho contra ella. Necesito que se acerque a mí por su propia voluntad, porque lo desea y no porque yo lo haya llevado al límite de la lujuria. Ya me estoy pasando de la raya.

Estar desnuda frente a él fue una apuesta. Esperaba que sucumbiera, pero aún se resiste. Qué hombre tan pero tan testarudo. «*¿Qué tengo que hacer para que me veas, Luca? No a la chica con la que te obligaron a casarte, sino a la mujer que ha estado enamorada de ti tanto, tanto tiempo*». No me quedan más municiones. Si no me quiere después de todo lo que he hecho para seducirlo, ¿tiene sentido seguir intentándolo?

Su cabeza se inclina ligeramente hacia un lado y siento la punta de su nariz rozar mi cuello. Mi cuerpo se queda inmóvil mientras el corazón empieza a retumbar en mi pecho al escuchar su respiración. Tener su cuerpo encima del mío y no atreverme a tocarlo me dan ganas de gritar de frustración. *¡Haz algo, maldita sea!*

—Vuelve a tu ducha, Isabella —ordena, y luego desaparece por la puerta hacia su habitación sin decir ni una palabra más.

Miro fijamente la puerta que une nuestras habitaciones, que ahora está cerrada, y me pregunto cómo es posible odiar un pedazo de madera con tanta pasión. Cuánto detesto esa puerta y todo lo que representa. Suspiro, apoyo la espalda en el marco y solo entonces me doy cuenta. La moldura del otro lado está torcida, su parte superior separada de la pared. Me acerco para inspeccionar los daños y trazo con la punta de los dedos la superficie de la madera donde estuvo su mano, luego regreso a la ducha con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 10

Luca

Agarro el mostrador que tengo enfrente y miro mi reflejo en el espejo que hay sobre el lavabo. Hay algo que está mal en mí. Es la única explicación.

Esta noche, después de dejar a Isabella desnuda en su habitación, me subí al coche y conduje hasta el centro mientras mi polla estaba a punto de estallar de lo dura que estaba. Planeé llamar a una acompañante y acabar de una vez. Conduje durante dos horas, solo para volver a casa y terminar teniendo un orgasmo en la ducha por cortesía de mi propia mano. Otra vez. Pensando en la chica de diecinueve años en la habitación de al lado.

Damian dice que actúo irracionalmente, pero no entiende mi miedo. No soy un hombre tierno, y mis gustos en lo que a sexo se refiere no son algo con lo que una chica de diecinueve años estaría de acuerdo. Si me dejo llevar, Isabella probablemente se asustará.

Siempre tuve que contenerme con Simona. Una vez que me dejé llevar, me evitó durante dos semanas. Cuando nos cruzábamos por la casa, me miraba con una expresión de gacela aterrorizada y salía corriendo.

No creo que pudiera soportar ver el mismo miedo en los ojos de Isabella.

Hay algo que me atrae de esta chica como un imán, pero no puedo identificar qué. No es solo su cuerpo, que es el sueño húmedo de cualquier hombre: pequeño, con su diminuta cintura y un maldito culo más hermoso que jamás haya visto. Tampoco es solo su cara de hada, llena de líneas

afiladas y ojos enormes. No puedo entenderlo. No tengo idea de lo que es, sin embargo, por alguna razón, no puedo dejar de pensar en ella. Intento convencerme de que esta locura pasará, pero cada vez es peor.

Luego, están mis celos enfermizos. Asigné a Marco como su guardaespaldas por dos razones. Primero, porque es el más confiable que tengo y no dudará en ponerse delante de una bala por ella. Y segundo, porque tiene cincuenta y dos años. Aun así, cada día me cuesta más dejarla ir sola con él a cualquier parte. Hace unos días, cuando me dirigía a reunirme con Donato, vi salir a Isabella y Marco. Tuve que obligarme a subir a mi maldito auto y arrancar de inmediato o habría llamado a Donato y cancelado la cita para poder llevarla yo mismo a ver a Andrea.

No sé qué me pasa. ¿Cuándo demonios empecé a perder la cabeza?

Después de lavarme la cara, me meto en la cama, pero el sueño me rehúye. Me quedo mirando en la oscuridad, preguntándome qué voy a hacer con la pequeña espía maestra en la otra habitación.

Es bien entrada la noche cuando escucho el débil sonido de una puerta que se abre. Sin moverme y haciéndome el dormido, abro un poco los ojos. Isabella está de pie en el umbral de nuestras habitaciones contiguas, envuelta en una manta desde el cuello hasta los pies. Se queda allí unos instantes y luego camina de puntitas hacia mi cama. Se sube con cuidado y se recuesta lentamente, acurrucándose en el lado vacío de espaldas a mí.

Isabella

Me pregunto si Luca se enojará cuando se despierte y me encuentre en su cama. Probablemente sí, no obstante, en este momento no me importa. Estuve dando vueltas en la cama durante horas, intentando

conciliar el sueño, pero mis ojos no dejaban de vagar hacia el sofá donde Luca había dormido las últimas noches. La primera vez que vino no dijo nada, solo tiró una almohada en el extremo del sofá y se tumbó. Ni siquiera se desnudó. El sofá era demasiado pequeño para él, y no podía ser cómodo, pero se quedó toda la noche. Por la mañana, cuando me desperté, se había ido. Podría hacer lo mismo, dormir aquí un rato y volver a mi habitación antes de que se dé cuenta de mi presencia.

El colchón se hunde detrás de mí y abro los ojos de golpe, aunque no me atrevo a moverme. Si cree que me quedé dormida, quizá no me eche. Un brazo me rodea la cintura y me jala hacia atrás hasta que estoy pegada al duro pecho de Luca. Me pasa una pierna por encima y me aprieta más, acurrucándome con su enorme cuerpo. Apenas puedo respirar, demasiado sorprendida por su acto inesperado. La sábana es lo único que separa nuestros cuerpos, no obstante, aún puedo sentir su calor filtrándose en mi interior, así como su dura polla presionando mi trasero.

No dice nada, se queda quieto detrás de mí. Lentamente, estiro una mano y tomo la suya, moviéndola desde mi cadera hasta el interior de los pliegues de la manta, hasta que descansa entre mis piernas. Sus dedos rozan mi centro a través del material de encaje de mis bragas, y jadeo.

—Esta noche no, *Tesoro* —me susurra al oído—. Mi autocontrol apenas pende de un hilo.

Empieza a apartar la mano, pero yo me aferro a ella y la aprieto más contra mi coño, comprimiendo las piernas y aprisionándola en su sitio.

—¿Quieres saber lo que pienso de tu autocontrol, Luca?

—Isa . . .

—Se puede ir al mismo infierno. —Muevo mi trasero sobre su dura longitud y lo escucho gruñir.

—Estás jugando con fuego, *Tesoro*. —Su mano me baja las bragas.

Luca presiona su verga contra mi trasero mientras me penetra con el dedo. Jadeo y me arqueo contra él.

Se inclina hacia mí y saca su dedo.

—Última oportunidad, Isa.

—Disfrutaré arder contigo entre las llamas, Luca —continúo con voz ronca, quitándome las bragas de los tobillos.

Se quita la sábana de encima. Cae al otro lado de la habitación mientras jala la que me envuelve y hace lo mismo. Sus labios se posan en mi hombro y me rozan el cuello. Empiezo a voltearme hacia él, pero sus brazos me rodean y sus manos se deslizan hacia abajo, entre mis piernas.

—¿Cuántos hombres, Isa? —interroga, acariciándome el clítoris con su pulgar.

—¿Qué?

—¿Con cuántos te has acostado hasta ahora?

Su dedo vuelve a entrar en mí, y yo lo monto mientras mis uñas se clavan en su antebrazo.

—¿Acaso importa?

—No. —Me muerde el hombro y luego me lame—. No obstante, aun así quiero que me lo digas. —Otro mordisco—. Sus nombres, también.

—No te lo diré.

—Sus nombres, Isa.

La presión que ejerce sobre mi clítoris me hace gemir, y entonces enrosca un dedo dentro de mí. Jadeo mientras mi cuerpo se estremece y me tiemblan los muslos.

—Voy a estrangularlos a todos —promete, y acerca su boca a mi cuello, mordiéndome la piel sensible.

Me vengo con un fuerte gemido, aunque él sigue masajeándome el coño. Mi cuerpo continúa temblando como si tuviera fiebre. Luca me mete

un segundo dedo y jadeo. Sigue presionando firmemente mi centro y metiendo y sacando sus dedos. Cuando creo que no puedo más, me pellizca el clítoris y otra vez me corro. Sigo temblando cuando se quita los bóxers y me besa el hombro. Me pone boca arriba, cubre mi cuerpo con el suyo y coloca su polla en mi entrada. Por un segundo me quedo completamente inmóvil. No puedo evitarlo. Luego obligo a mi cuerpo a relajarse mientras una combinación de anticipación y miedo me consume.

Luca baja la cabeza y sus labios se posan en los míos. Dios mío, llevo tanto tiempo soñando con besarlo, imaginando cómo me sentiría. Tanto que se convirtió en una obsesión. Por alguna razón, en mi mente, siempre acababa siendo un beso lento y tierno, en el que él inclinaba ligeramente mi cabeza y saboreaba cuidadosamente mis labios. Casi un beso casto, parecido a los que me daba con un par de chicos con los que salía. Estaba muy equivocada, porque este *beso* no tiene nada de casto. Es rudo y crudo, como el hombre mismo. El beso de Luca, es él reclamándome. Enredo mis manos en su cabello, que cae a ambos lados de mi cara, rozo con mis dedos los mechones sedosos y dejo que me posea con sus labios.

Una de las manos de Luca se mueve entre mis piernas, abriéndolas más, y la punta de su polla entra lentamente en mí. Respiro y cierro los ojos, con mi cuerpo rígido. «*Relájate*», me digo. Pero no funciona. Luca se detiene, empieza a masajearme el clítoris y vuelve a intentarlo. Esta vez, *su* cuerpo se pone rígido.

—¿Isabella? —alerta en mi boca—. ¿Hay algo que tengas que decirme?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—No.

—Mírame.

Lo hago y lo encuentro observándome con la mandíbula tensa.

—¿Has tenido sexo antes?

Temía este momento. Me costó llegar hasta aquí por su obsesión con la diferencia de edad, así que temía que no cediera si se enteraba de que era virgen. Esperaba que no se diera cuenta.

—No —pronuncio y agarro su cabello con mis puños para evitar que se aleje—. Por favor, no pares.

Me mira y niega con la cabeza. Cierra los ojos y aprieta su frente contra la mía.

—Dios, *Tesoro*.

—Por favor, Luca —susurro—. Por favor, no te detengas.

—Pude haberte lastimado, Isa. ¿Tienes idea de cómo me hubiera hecho sentir? ¿Acaso pensaste en eso?

Rodeo su cintura con mis piernas, abriéndome aún más para él, y deslizo las manos por su espalda.

—Hazlo. —Le clavo mis uñas en su piel—. O encontraré a alguien que lo haga por ti.

Su nariz se ensancha mientras me mira fijamente a los ojos. Respiro para prepararme para el dolor, espero que me penetre hasta el fondo. En lugar de eso, su mano se desliza entre nuestros cuerpos y empieza a rodear mi clítoris con el dedo mientras su miembro permanece en mi entrada.

La presión comienza a aumentar en mi interior, mi respiración se acelera mientras su dedo sigue provocándome. Pronto estoy tan enloquecida por la necesidad de sentirlo dentro de mí que olvido mi ansiedad y mi miedo. Su polla se desliza dentro de mí increíblemente despacio y siento un leve pinchazo de dolor, pero solo dura unos segundos. Luego, me envuelve la sensación de su ritmo mientras se mueve dentro de mí, me estira, me

llena. Al principio es un poco incómodo, sin embargo, enseguida se transforma en un placer que consume todo mi ser.

No es solamente tenerlo dentro de mí, haciéndome temblar. Es su cuerpo apretado contra el mío y sus manos acariciando mis mejillas. Son los ojos de Luca, penetrantes y peligrosos, sosteniéndome la mirada todo el tiempo, y las puntas de su cabello haciéndome cosquillas en los hombros y la cara. La forma en que aprieta los dientes porque se está conteniendo por miedo a lastimarme. Nunca esperé eso de él. Aunque esté furioso por no haberle dicho que era mi primera vez, sigue intentando no lastimarme. Y eso hace que mi corazón se hinche de felicidad.

Con su aliento abanicándome la cara, Luca sigue moviendo su cuerpo. Adentro. Afuera. Adentro otra vez. Mis paredes se estiran, acogiendo más de él con cada embestida. Su mano sube por mi cuerpo, me agarra la nuca y la aprieta.

—¿Esto es lo que querías, Isabella? —pregunta, y luego me muerde el hombro.

—Sí —contesto entrecortadamente—, pero ahora quiero más.

Luca saca su polla y me penetra con fuerza, y yo jadeo al sentir espasmos en mi interior. Me invade una extraña satisfacción y, al instante siguiente, mi cerebro estalla en una hermosa nada justo cuando él se viene dentro de mí.

Me sumerjo en la sensación de tener el cuerpo de Luca sobre el mío cuando se retira y se levanta. Desaparece un momento en el baño, al otro lado de la habitación, y vuelve con una toalla en la mano. Se sienta en el borde de la cama y me limpia. Cuando termina, apoya sus codos en las rodillas y permanece casi inmóvil, con la mirada fija en la toalla manchada con mi sangre. Al cabo de un rato, y sin decir palabra, recoge la manta del suelo y cubre mi cuerpo desnudo. Su tacto es suave, aunque noto que

comienza a distanciarse cuando empieza a ponerse su pantalón deportivo y su camiseta.

—No te atrevas a intentar manipularme otra vez, Isabella —finaliza con voz fría. Sin mirarme más, se dirige a la puerta y sale de la habitación.

Durante unos instantes, me quedo mirando esa maldita puerta... otra barrera más que ha cerrado a su paso, luego entierro la cara en la almohada y lloro.

Capítulo 11

Luca

—Entonces, ¿todos estamos de acuerdo con la decisión de que Luca Rossi se haga cargo de la Familia? —pregunta Francesco.

Bajo el mandato de Giuseppe, el padre de Isabella era un consejero del Don. Planeo mantenerlo como mi consejero.

Los hombres sentados a la mesa voltean hacia mí. Donato asiente primero. Franco Conti le sigue, luego Angelo Scardoni. Orlando Lombardi y Santino D'Angelo son los siguientes. Parece que Isabella tenía razón. Francesco se dirige a Lorenzo Barbini. Lorenzo me mira, aparentemente relajado, pero noto cómo aprieta la mandíbula. Antes de la muerte de Giuseppe, yo le rendía cuentas a él y al Don. A partir de ahora, será mi subordinado. No sucede a menudo que un capo se haga cargo de la Familia. Al nombrarme como su sucesor, Giuseppe básicamente declaró que no encontraba a su segundo al mando apto para el cargo. Debe ser duro de digerir, no obstante, con otros cinco capos de acuerdo, Lorenzo no tiene otra opción. Asiente.

Francesco se para frente a mí y se inclina para darme un beso en el dorso de mi mano. Como consejero, es el primero en jurar su lealtad.

—Don. —Asiente con la cabeza y vuelve a su asiento.

Como subjefe, Lorenzo es el siguiente. Se acerca con la espalda rígida y el rostro endurecido, pero se inclina y me besa la mano. Los capos le siguen uno a uno. Cuando todos vuelven a estar sentados, me reclino en la silla y los miro.

—Escuché que hubo algunas discusiones con respecto a la ramificación en el negocio de las drogas —digo y fijo mi mirada en Lorenzo—. No será así. Vamos a mantener el mismo sistema que teníamos con Giuseppe. Donato y yo seguiremos encargándonos de los negocios de armas y lavando el dinero a través de la inmobiliaria. Lorenzo, Orlando y Santino se quedarán en el negocio de las apuestas, con Franco lavando sus ingresos. Todos rendirán cuentas a Lorenzo, no habrá cambios en eso tampoco.

Me dirijo al joven Scardoni. Apenas tiene veinticinco años y acaba de convertirse en capo tras la muerte de su padre.

—Angelo, trabajarás con Franco y montarás más negocios que podamos usar para lavar el dinero. Estamos cerca del límite con lo que Franco y Damian pueden procesar. —Él asiente—. Si me entero de que has vuelto a poner un pie en México —continúo—, o de que te has reunido con los hombres de Mendoza, estás muerto.

—Sí, jefe.

Dirijo mi mirada a los otros hombres sentados a la mesa.

—No quiero más problemas con los rusos. La semana que viene me reuniré con Roman Petrov para asegurarle que mantendremos la tregua que la *Bratva* acordó con Giuseppe. Petrov dejó pasar la mierda que creó Bruno porque sabía que el trato de Scardoni era ajeno a los asuntos oficiales. Pero no volverá a hacerlo. —Miro a Francesco—. ¿Cuánto dinero perdimos durante la guerra de tres meses con los rusos a principios de este año?

—Si incluimos las infraestructuras dañadas o perdidas, un poco más de siete millones —informa.

Maldigo.

—No más peleas con los rusos. A menos que quieran ver a una de sus hijas o hermanas casadas con la *Bratva*. —Después de que todos

asienten con la cabeza, me levanto de la mesa—. Eso es todo.

Isabella

Abro la aplicación de notas de mi teléfono y miro a Damian.

—¿Quieres que contrate seguridad privada para el banquete o tendrás a tus propios hombres en el lugar?

—Tendremos a nuestros hombres en la puerta y dentro de la casa. Contrata a diez personas para patrullar los alrededores, por si acaso.

Hago una nota en mi agenda.

—Hoy me reuniré con la gente del servicio de banquetes para elegir el pastel y decidir el menú. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto al vino?

—*Nop*. Elige el que mejor combine con el menú —dice y levanta la vista de su *laptop*—. Luca aumentó tu equipo de seguridad. A partir de ahora tendrás dos guardaespaldas. Marco y Sandro.

—Hubiera estado bien que *él* mismo me informara —murmuro.

Tres días. Lleva tres días evitándome, desde que me escabullí en su habitación. Apenas lo veo. Si lo hago, suele ser únicamente durante el desayuno. Sale y vuelve mucho después de medianoche. Debe de tener mucho que hacer desde que se hizo cargo como Don, además de sus propios negocios, pero aun así, consideraré la posibilidad de reanudar mis visitas diarias a su oficina, pero he decidido esperar unos días más.

—Está ocupado —comenta Damian.

—Claro que lo está.

—Y extremadamente agitado. ¿Quieres contarme qué demonios está pasando entre Luca y tú?

—¿Por qué crees que tiene algo que ver conmigo?

—Por favor. Conozco a mi hermano mejor de lo que él se conoce a sí mismo. Eres la única persona que lo irrita tanto. —Empieza a masticar el extremo de su bolígrafo—. Me pregunto cómo lo haces. Luca no pierde la cabeza tan fácilmente.

—Le dije que si no quería acostarse conmigo, encontraría a alguien que lo hiciera. —Me encojo de hombros.

—Qué interesante. Así que ustedes dos tuvieron sexo, ¿supongo?

—Sí. Y ahora está evitándome.

—Te aconsejé que no lo presionaras.

Pongo la agenda en mi regazo y cruzo los brazos.

—Estoy harta de ser tratada como un adorno floral en este matrimonio, Damian.

—No me pareces una flor delicada, Isa.

—Porque no lo soy. Y ya es hora de que tu hermano se dé cuenta de eso. —Aprieto los labios y vuelvo a mirar mis notas—. ¿Qué me dices de la música?

—Cualquier cosa menos *jazz*. Luca lo detesta.

—Qué pena. —Sonrío.

—Eres tan malvada. —Se ríe Damian—. Recuérdame que nunca esté de tu lado malo.

—No suelo tener un lado malo, Damian. Al parecer, solo aflora cuando tu hermano está cerca.

—¿Sabes?, a veces no los entiendo ni a todo este drama. ¿Por qué no pueden actuar como personas maduras y tener una relación normal en lugar de andarse con rodeos en este juego del gato y el ratón? Hay más que suficiente mierda con que lidiar sin eso.

—No podría estar más de acuerdo. Esperemos que Luca reciba el memo. —Me levanto—. Me voy. Si cambias de opinión sobre el vino, llámame.

Salgo de la oficina de Damian y bajo a buscar a Marco justo cuando Luca entra por la puerta principal. Me mira de arriba abajo mientras paso por el vestíbulo, sus ojos se centran en mi trasero. Apenas conseguí ponerme estos pantalones blancos ajustados. Por la forma en que mi trasero tensa la tela, quizá no sean apropiados para una reunión de negocios. Me importa un comino. Llevo días sintiéndome fatal y quería arreglarme. Son mis favoritos, y van increíblemente bien con mi *top beige* y mis tacones color *nude*. Después de todo lo que ha pasado con Luca, necesitaba subirme el ánimo.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—Tengo una reunión con el servicio de banquetes —respondo y me dirijo hacia la cocina—. ¿Has visto a Marco y Sandro?

El silencio se prolonga durante unos instantes hasta que brama:

—¡Yo te llevo!

Me detengo y me doy la vuelta.

—Pensé que estabas ocupado.

—Pensaste mal. Sube a cambiarte.

—¿Por qué?

—No te pondrás esa ropa delante de la gente. —Se acerca hasta quedar frente a mí y señala con la cabeza a mis *jeans* ajustados.

—¿Puedes ser más específico? Personas como extraños o...

—Cualquiera que no sea yo. ¿Te parece *suficientemente* específico? Levanto las cejas.

—Son *jeans*.

—*Jeans* muy ajustados. Ve a buscar una camisa extragrande y pón-tela. O cámbiate los pantalones. Como quieras.

—¿Por qué?

—No quiero que los hombres te miren el trasero.

—Bueno, mi trasero es bastante enorme, es difícil no verlo. —Me río.

—Tu trasero es una puta obra de arte. —Agacha la cabeza hasta que sus ojos están a la altura de los míos—. Y solamente yo puedo mirarlo, Isabella.

Parpadeo. ¿Una obra de arte? ¿Y únicamente él puede mirarlo?

—¿Estás celoso?

Aprieta los labios y me mira mientras esa vena suya sigue latiendo en su cuello.

—No.

—Perfecto. Entonces no debería molestarte lo que llevo puesto y quién me mire el trasero —desafío y me dirijo hacia la puerta principal, con la intención de ir al auto. La mano de Luca sale disparada y me agarra por la cintura, atrayéndome hacia él.

—Ve. A. Cambiarte —me susurra al oído.

Se me corta la respiración y cierro los ojos, intentando tranquilizarme. Por fin empezó a mostrar alguna reacción hacia mí, lo que significa que estamos llegando a algo, pero aún no me ha tocado íntimamente desde la noche en que le entregué mi virginidad. La mula testaruda sigue resistiéndose.

—Si quieres que me quite estos pantalones, Luca —señalo y me reclino sobre él, sintiendo su polla dura en la parte baja de mi espalda—, tendrás que quitármelos tú mismo.

El aliento de Luca me acaricia la piel del cuello mientras me agarra por el medio.

—¿Qué te dije sobre intentar manipularme, Isa?

Rechino los dientes, me doy la vuelta y lo miro, a ese hombre testarudo que no me deja atravesar su escudo por más que lo golpee y lo agreda. Me pregunto si siempre será así entre nosotros. ¿Cuándo podré por fin dejar de ocultar lo que siento por él? Llevo tanto tiempo escondiéndolo que quiere brotar de mi pecho. Levanto la mano y enganchó mi dedo en su liga del pelo, jalando y soltando su cabello para que se deslice hacia abajo y alrededor de su cara. No dice nada, solo me mira mientras inclino la cabeza hacia arriba hasta que la punta de mi nariz toca la suya.

—Eres tan jodidamente testarudo —le hablo suavemente—, sin embargo, seguiré golpeando este maldito muro que has levantado entre nosotros, Luca, hasta que se convierta en polvo.

Sus dedos me agarran la barbilla y la inclinan ligeramente hasta que mis labios casi tocan los suyos.

—Puede que no te guste lo que encontrarás detrás de ese muro, *Tesoro* —dice, con su aliento acariciándome los labios.

—¿Oh? Pero ¿y si me gusta?

Suena el teléfono en el bolsillo de Luca. No deja de mirarme a los ojos mientras lo saca y se lo pone en la oreja.

—¿Qué?

No escucho la respuesta desde el otro lado, pero debe de ser algo serio porque Luca se endereza de repente y aparta su mano de mi cara.

—Estaré allí dentro de una hora —indica y corta la llamada—. Tengo que irme. Reprograma la reunión con el servicio de banquetes para mañana. Yo te llevaré.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza mientras siento cómo me revolotean mariposas en el pecho.

Me observa unos instantes y yo contengo la respiración, con la mirada fija en sus labios. En lugar de besarme como yo esperaba, se da la vuelta y sale por la puerta principal, dejándome de pie en medio del vestíbulo, apretando su liga del cabello con mi mano.

Luca

«*Se acabó*», me digo mientras conduzco por la autopista. Maldita sea, *estoy harto* de rechazar a Isabella, de intentar reprimir esta loca necesidad de agarrarla cada vez que la veo, de envolverla en mis brazos y no dejar que se separe de mí. En cuanto vuelva a casa, me la echaré al hombro y la follaré hasta dejarla inconsciente en cuanto entremos a la habitación. *Nuestra habitación*. A partir de esta noche dormirá en mi cama. *Nuestra cama*. Doy por perdida mi misión de esperar a que cumpla veintiún años. Ya no puedo mantenerla alejada. Y no quiero hacerlo. Vamos a empezar de nuevo, todo lo demás no importa. Esta noche, cuando llegue a casa, todo cambiará.

Salgo de la autopista por una carretera estrecha y conduzco cuesta arriba cuando veo por el retrovisor dos camionetas todoterreno negras que toman la misma dirección. La ruta que lleva al almacén donde guardamos el armamento pesado suele estar desierta. No hay nada en varios kilómetros a la redonda, salvo algunas fábricas abandonadas, así que ver dos vehículos siguiéndome levanta inmediatamente una alarma. Meto la mano en mi chaqueta y saco mi arma de la funda. La coloco en el tablero para tenerla al alcance de la mano y mantengo la misma velocidad. Hay un cruce a un kilómetro y medio, y decido esperar a ver si se desvían o se quedan en la

carretera. Paso el cruce. Las camionetas me siguen de cerca y empiezan a acelerar, acercándose más a mí. La carretera sigue cuesta arriba, con una pared rocosa a mi izquierda y un barranco a mi derecha. La única opción que tengo es seguir adelante. No hay otras intersecciones en muchos kilómetros.

Esa llamada fue un engaño. Una trampa. No hubo ninguna explosión como dijo el guardia. Parece que alguien me quiere muerto. Piso el acelerador.

Consigo mantener la distancia durante un par de kilómetros, pero las camionetas comienzan a acercarse. Suena un disparo. Luego varios más. Echo un vistazo por el retrovisor y veo al pasajero del vehículo más cercano asomándose por la ventana, apuntando con su arma a mis neumáticos. Resuena otro disparo. Intentar devolver el disparo no es una opción, hay demasiadas curvas en la carretera. Lo mejor que puedo hacer es intentar perderlos. Un par de kilómetros más, entonces la carretera empezará a ir cuesta abajo y se hará más ancha. Allí tendré más opciones para maniobrar. Otro tiro. El auto se tambalea debajo de mí. Mierda. Le dieron a uno de mis neumáticos.

Lucho por mantener el control del coche y consigo enderezarlo, pero entonces uno de los vehículos que me persiguen me embiste por detrás, haciendo que mi vehículo se tambalee hacia delante y pierda tracción, lanzando el automóvil a un derrape lateral. Con un neumático pinchado, no hay forma de escapar de ellos, así que piso el freno, consiguiendo detenerme justo antes de llegar a otra curva de la carretera, y tomo mi arma. Tengo mi mano en la manija de la puerta, con la intención de salir y empezar a disparar cuando el otro todoterreno choca contra el costado de mi auto. Lo último que veo antes de que mi coche caiga por el barranco es la cara de un hombre al que hacía años que no veía.

Isabella

—No estoy segura de que podamos arriesgarnos a celebrar el banquete al aire libre en septiembre. Pediré unas carpas para colocar en el jardín —digo mientras le hago un gesto a Damian para que me pase el tazón de ensalada.

—¿Carpas? —chilla Rosa—. Entonces, ¿será una fiesta de campamento?

—No. —Me río—. Son simplemente carpas blancas para fiestas. No son para acampar. Solamente servirán para cubrirnos en caso de lluvia o para protegernos del sol.

—Oh. De todos modos, ¿puedo ir?

Miro a Damian, pero se encoge de hombros.

—Tienes que preguntarle a tu padre —le aconsejo—. Si a él le parece bien, entonces puedes asistir. Pero aún así podrás ver todo desde tu ventana, aunque tengas que quedarte adentro.

—¿Puedo invitar a Clara? ¿Podemos verla juntas?

—No veo por qué no. Habrá un pastel enorme. —Le guiño un ojo.

—¿Te dijo Luca a dónde iba? —interviene Damian—. He intentado llamarlo, pero no contesta.

—No. Alguien lo llamó antes y dijo que tenía que irse. No sé quién era, pero sonaba urgente. ¿Tal vez está en una reunión y apagó su teléfono?

—Luca nunca hace eso.

—¿Habrá una banda? —pregunta Rosa—. ¿O un DJ?

—Contraté una banda de *jazz*.

—Oh no, eso es aburrido. Y papá odia el *jazz*.

—Ya lo sé. —Me río al mismo tiempo que suena el teléfono de Damian.

Mira la pantalla y contesta. Un momento después se levanta bruscamente de la silla. Durante unos segundos, se limita a escuchar a la persona que está al otro lado, con su rostro tornándose pálido como un fantasma, y luego asiente con la cabeza.

—Iremos enseguida —informa y desconecta la llamada—. Rosa, ve a tu habitación.

—Pero no he...

—¡Ahora! —exclama—. Rosa salta de su silla y corre escaleras arriba mientras yo miro fijamente a Damian. Nunca lo había escuchado levantar la voz—. Tenemos que irnos. —Toma mi mano y empieza a arrastrarme con él por el vestíbulo hacia la puerta principal.

—¿Damián? ¿Qué sucedió?

—Hubo un accidente. El coche de Luca se salió de la carretera y cayó por un barranco —avisa, y yo me tambaleo mientras mi corazón deja de latir.

—¿Está... vivo?

—Apenas.

Siento un dolor punzante en mi pecho, como si alguien me hubiera clavado un cuchillo. En cuanto entramos en el auto de Damian, pisa el acelerador. Me cuesta respirar, así que intento pronunciar las palabras.

—¿Qué tan grave es?

—Traumatismo craneal y quemaduras de segundo grado.

—¿Quemaduras?

—Su coche se incendió. No sé nada más.

Miro la carretera delante de nosotros, tratando de controlar las ganas de gritar.

* * *

El olor a antiséptico y material médico se infiltra en mi nariz. La gente habla en voz baja a nuestro alrededor. Alguien llora en una de las habitaciones. El sonido de mis tacones sobre el suelo de loseta resuena mientras corremos por el pasillo. Cada cosa que veo y siento se enreda en una maraña de sensaciones. Lo único que puedo distinguir con seguridad es la mano de Damian apretando la mía mientras me arrastra detrás de él, sus largas piernas cubren la distancia mucho más rápido que las mías. Un hombre con bata blanca dobla la esquina y se dirige hacia nosotros.

—¿Cómo está? —inquire Damian cuando llegamos hasta él.

—El señor Rossi sufrió un traumatismo severo en la cabeza. Hemos conseguido controlar la hinchazón, pero no sabremos si habrá algún daño permanente hasta que recupere el conocimiento.

Agarro el antebrazo de Damian y le pregunto al médico:

—¿Cuándo espera que despierte?

—Es difícil decirlo hasta que salga de cuidados intensivos. Puede que se recupere perfectamente, o puede que tenga efectos graves a largo plazo.

* * *

Damian está sentado en una silla a mi lado, hablando con alguien por teléfono, sin embargo, lo único que puedo hacer es mirar fijamente la pared que tengo enfrente. Llevamos aquí doce horas. Luca salió del quirófano hace una hora, no obstante, sigue en la sala de recuperación.

—Terminaron de procesar el coche de Luca —dice Damian—. El vehículo estaba destrozado, pero hay indicios de que los raspones y abolladuras en el costado y la parte trasera pudieron ocurrir antes de que se accidentara.

Lo miro fijamente. Según el informe preliminar, Luca perdió el control del auto, se salió de la carretera y cayó al barranco, rodando dos veces. Fue por pura suerte que un camión de bomberos que pasaba por allí se diera cuenta del accidente y del incendio.

—¿Qué significa eso?

—Significa que alguien lo empujó fuera de la carretera. Basándose en las marcas de neumáticos, probablemente dos vehículos. Parece que alguien le dio por detrás y otro vehículo impactó contra su costado.

Mi corazón da un vuelco. Alguien intentó matar a mi esposo.

SEGUNDA PARTE

“Después”

Capítulo 12

Presente

Isabella

Me acerco despacio a la cama de hospital donde yace mi esposo, con numerosos cables conectados a su cuerpo y a una máquina a la derecha. Me aferro a la barandilla de la cama para evitar que las piernas me fallen y casi me desplomo en la silla que hay cerca. Tiene casi toda la cabeza vendada, deben de haberle afeitado el cabello. Me tapo la boca con la mano para evitar que se me escapen los sollozos.

No sé por qué ese detalle me afecta tanto. Me las arreglé para mantener la compostura mientras él estaba en cirugía y durante las horas que pasó en la sala de recuperación. Me puse una máscara de indiferencia y fingí que no me derrumbaba mientras su vida pendía de un hilo. De algún modo, conseguí superarlo sin derramar una lágrima.

Tomo su mano, entrelazo nuestros dedos y, dejando caer la frente sobre el colchón, lloro. Pasan los minutos. Tal vez horas, no estoy segura. Me vienen a la cabeza distintos escenarios, cada uno peor que el anterior, y lloro con más fuerza hasta que me tiembla todo el cuerpo.

Casi me pierdo el pequeño movimiento de sus dedos en los míos. Levanto la cabeza y veo dos ojos marrones oscuros que me miran.

—Oh, Lu-ca . . . —balbuceo, me inclino sobre él y le doy un suave y rápido beso en los labios.

No dice nada, simplemente continúa mirándome. Cuando por fin habla, las palabras que salen de su boca me dejan helada.

—¿Quién eres?

Lo miro fijamente. Luca ladea la cabeza y me observa con su mirada intensa y calculadora.

—Soy Isabella —susurro—. Tu... esposa.

Parpadea, mira hacia la ventana del otro lado de la habitación y respira profundamente.

—Así que, Isabella —continúa dirigiéndose a mí—. ¿Quieres decirme quién soy?

Respiro lenta y profundamente, tratando de reprimir el pánico que crece en la boca de mi estómago. Es difícil saber cuánto tiempo estuvo inconsciente en el coche, y luego hubo horas de cirugía. Es normal que esté un poco confundido.

Coloco mi mano sobre la suya, notando cómo me tiemblan los dedos.

—Voy a buscar al médico. Me dijo que lo llamara en cuanto te despertaras. ¿Está bien?

Después de que asiente con la cabeza, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta, haciendo todo lo posible por parecer tranquila. En realidad, estoy conteniendo las ganas de correr en busca del médico, gritándole que venga enseguida. Cuando encuentro al doctor Jacobs, se dirige rápidamente a la habitación de Luca y me pide que me quede afuera. Me siento en la silla y espero. Y espero. No sé cuánto tiempo lleva el doctor adentro cuando Damian llega y se reúne conmigo.

Cuando por fin el doctor sale de la habitación, ambos saltamos de nuestras sillas y nos quedamos mirándolo.

—Físicamente, el señor Rossi está bien —informa el doctor Jacobs—. Teniendo en cuenta la gravedad de su estado cuando llegó, diría que está excepcionalmente bien. Le hice un examen básico y todas sus funciones motrices parecen funcionar de forma correcta. Haremos un análisis más completo, por supuesto, y otra tomografía para asegurarnos de que la hinchazón sigue disminuyendo, pero aparte de algunas contusiones y quemaduras, parece estar bien. Excepto por la pérdida de memoria.

Me tenso junto a Damian.

—¿Es... permanente?

—No lo sé. Podría despertarse mañana y volver a ser el de antes. O podría ocurrir dentro de seis meses. O su memoria podría volver en pedazos.

—¿Recuerda algo? —pregunta Damian.

—Sabe dónde está, qué mes y qué año es. Puede nombrar las ciudades principales, resolver problemas matemáticos y sabe leer y escribir. Cuando le pregunté por algunos lugares importantes de Chicago o de otros sitios, me describió cómo llegar a ellos con todo detalle. Sin embargo, no recuerda nada personal. No sabe su nombre ni recuerda a ningún miembro de su familia. No puede decirme el nombre de ningún amigo de su infancia, y no sabe dónde vive ni a qué se dedica.

Dios mío.

—Tenemos buenos psicólogos aquí —continúa el doctor Jacobs—. Una vez que lo saquemos de la UCI, podrán ayudarle a afrontar este problema, y también darles a ustedes pautas sobre cómo apoyarlo.

—Entonces, ¿podría ayudarle a recordar? —inquiero.

—No. Le ayudará a manejar la situación. Solamente el tiempo dirá si recuperará su memoria.

—De acuerdo —expreso, luego volteo hacia Damian y le agarro el brazo—. *Llévate al médico enseguida —ordenó en italiano—. Explícale que bajo ninguna circunstancia debe compartir la información sobre la memoria de Luca con nadie. Tiene que omitirlo en los expedientes. Tendrás que amenazarlo. Asegúrate de que entienda que si comparte esta información con alguien, no vivirá lo suficiente para arrepentirse.*

—*¿Y si se niega?* —indaga Damian, también en italiano.

—*Si se niega, habrá que ocuparse de él de inmediato.*

Damian me mira como si me viera por primera vez.

—*Nunca he matado a nadie, Isa. Me ocupo de las finanzas. Luca se encarga de. . . el resto.*

Doy un paso adelante y lo miro directamente a los ojos.

—*¿Tienes idea de lo que pasará si esto sale a la luz? Si alguien sospecha que Luca no está en condiciones para su... puesto, es como si estuviera muerto. Nadie, aparte de ti y de mí, puede saberlo.*

Damian me mira boquiabierto. Sabe muy bien cómo funcionan las cosas en la Cosa Nostra. Si el Don es incapaz de cumplir con su deber, tiene que renunciar. Si no lo hace, alguien lo matará en cuestión de días.

—*Tenemos que decírselo a Rosa* —dice.

Respiro profundamente, odiándome por haber tomado esta decisión, y sacudo la cabeza.

—*No. Puede que se le escape delante de sus amigos. Esto es demasiado grande. No podemos arriesgarnos.*

—*¿Cómo carajo piensas mantener esto oculto, Isa? Luca no recuerda quién es. ¿Cómo va a dirigir a la Familia? Hay reuniones de negocios. Lorenzo viene a reportarse con él cada semana. Hay...*

—*Lo resolveremos* —digo y aprieto su brazo—. *Luca recuperará la memoria en un par de días. Ve a hablar con el médico.*

Damian lleva al médico a un lado y le habla en voz baja. El doctor lo observa con una expresión sombría. Le ruego a Dios que Damian consiga convencerlo de que mantenga la boca cerrada. La única alternativa es que el buen médico muera. Haré lo que sea necesario para proteger a mi esposo, lo que significa que si Damian no puede matarlo, tendré que hacerlo yo. La idea de matar a otro ser humano nunca me había pasado por la cabeza, y me mareo con tan solo ver sangre. No obstante, si salvar la vida de Luca significa que tengo que asesinar a alguien más, lo haré.

Luca

Miro a la mujer sentada en el borde de mi cama de hospital, con una *tablet* en el regazo. La pantalla muestra una foto de algún acontecimiento que no recuerdo. La gira hacia mí, señalando a las personas, diciéndome sus nombres, funciones y, a veces, incluso los nombres de sus mascotas.

Isabella. Mi joven esposa, increíblemente guapa y muy astuta, que lleva horas metiéndome información en la cabeza para que nadie se dé cuenta de que no recuerdo una mierda.

Todas las mañanas viene a verme, intentando llenar los espacios en blanco de mi cerebro con trozos de mi vida. Mi hermano, Damian, siempre llega alrededor del mediodía y toma el relevo, arrojándome información sobre negocios, describiendo cómo actúo en determinadas situaciones y explicando quién hace qué tanto en nuestros tratos legítimos como en los de la *Cosa Nostra*. Se marcha como a las tres, probablemente para ocuparse de asuntos que yo debería estar haciendo, e Isabella retoma la tarea de enseñarme lo que ya debería saber.

Ella es totalmente profesional cuando se trata de mi reeducación. Al principio pensé que lo hacía por su propio beneficio, porque quizá teme

perder su estatus de esposa del Don si alguien se entera y decide quitarme el puesto. Pero cuando acierto uno de los pequeños detalles, sonrío de una forma que hace que le brillen sus ojos, y ya no estoy tan convencido.

—Bien, repasemos de nuevo al personal de la casa —dice e intenta ocultar un bostezo.

Alzo la mano para quitarle un mechón de cabello que le ha caído sobre la cara y se lo coloco detrás de su oreja, y se queda quieta. Lentamente levanta la cabeza y me mira, con sorpresa en sus ojos. Una cosa que he notado, y que me ha desconcertado desde el principio, es que en los seis días que lleva aquí no ha intentado tocarme ni una sola vez. ¿Será porque no tenemos ese tipo de relación? Me comentó que nuestro matrimonio fue arreglado. ¿O es otra cosa? Sea cual sea la razón, no me gusta.

—Es suficiente por hoy —ordeno—. Vete a casa y descansa.

—Te darán de alta mañana temprano. Tenemos que repasar el personal una vez más.

—Seguridad, primer turno: Marco, Sandro, Gio, Antonio, Emilio, Luigi, Renato. Sergio y Tony en el portón. Personal de la casa: Grace y Anna en la cocina. Sirvientas: Martha, Viola... —Sigo nombrando hasta cubrir ambos turnos, las treinta y dos personas—. Estamos bien, Isabella.

Se levanta, con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—De acuerdo, entonces me voy.

Cuando se da la vuelta para irse, envuelvo su muñeca con mi mano y espero a que me mire.

—¿Está todo bien?

Ella observa mi mano que sujeta su brazo, luego nuestras miradas se encuentran y asiente. Sus ojos se desvían hacia un lado de mi cabeza. El médico me retiró las vendas esta mañana, dejando al descubierto una larga

incisión parcialmente cicatrizada que comienza detrás de mi oreja y desciende hacia mi cuello. Isabella se da cuenta de que la percibo y aparta rápidamente la mirada.

—¿Tan horrible está? —pregunto. A mí no me pareció tan grave cuando me vi en el espejo después de que se fuera el médico. Solo seis puntadas.

—¿Qué?

—¿La cicatriz?

—No, es que... —Me mira a los ojos, levanta la mano y me roza ligeramente el cabello atado en la parte superior de mi cabeza—. Me preocupaba que lo hubieran afeitado todo —confiesa con voz entrecortada.

—Solamente la parte de abajo. —Se deshicieron de todo por debajo de la coronilla, dejando el resto.

—Me gusta. Se ve muy elegante. —Juega con uno de los mechones que se ha escapado del moño.

Me sorprendí bastante cuando me di cuenta de que tenía el cabello largo. Por alguna razón no me lo esperaba y pensé en cortármelo. Pero después de ver que la hace feliz, decido dejármelo.

Isabella se inclina hacia adelante para mirar mi nuca, y una tenue fragancia a vainilla me envuelve. Giro la cabeza, entierro la nariz en el pliegue de su cuello e inhalo. Ella se tensa, aunque no se aparta, simplemente se calma un poco más y suspira.

—¿Tu familia te obligó a casarte conmigo, Isabella? —indago y le acaricio la mejilla—. Eres demasiado joven.

—No.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo?

No contesta inmediatamente, solo me acaricia el cuello con la nariz durante unos instantes.

—Porque estoy enamorada de ti, Luca —susurra, y luego se queda completamente inmóvil, como si no hubiera querido decir esas palabras.

—¿Y yo? ¿Estoy enamorado de ti?

Isabella se aparta y sonríe.

—Claro que lo estás —afirma y me roza la mejilla con el dorso de la mano—. Me tengo que ir. No olvides llamar a Rosa.

—No lo haré —replico.

He estado llamando a Rosa dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Normalmente era ella la que hablaba mientras yo me dedicaba principalmente a escuchar. Sobre su amiga Clara, que tiene un gato. Sobre los albañiles que fueron a arreglar la fachada y uno de ellos acabó en el rosal. De las películas que veía. Ha sido lo más duro hasta ahora: hablar con mi hija sin tener ningún recuerdo de ella. Casi tan *duro* como sacudir la cabeza cuando Isabella me enseñó una foto de una niña de cabello oscuro y largo hasta los hombros, preguntándome si la reconocía.

No recuerdo a mi hija.

—Damian y yo estaremos aquí a primera hora por la mañana —indica Isabella y sale de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 13

Isabella

Estoy parada junto a Damian en el pasillo del hospital, mirando fijamente a la puerta mientras esperamos a que Luca salga de su habitación.

Dios mío, ¿qué demonios me poseyó ayer para decirle que estaba enamorado de mí? Me pasé toda la noche en vela, intentando pensar en una forma de corregir ese error. ¿Qué clase de persona soy, mintiéndole a un hombre que ha perdido la memoria sobre algo tan importante? No fue mi intención decirlo. Simplemente se me salió. Llevaba toda la semana tan jodidamente asustada, temiendo que el estado de Luca empeorara, o que alguien de la *Familia* apareciera y descubriera su pérdida de memoria, que no estaba pensando con claridad y se me escapó esa tontería. ¿Y ahora qué? ¿Debo confesarle todo ahora mismo? ¿O espero a llegar a casa?

Se abre la puerta, sacándome de mi crisis interna, y Luca sale, vestido con una camisa gris oscuro y unos pantalones negros. Creo que ha perdido algo de peso durante su estancia, pero apenas se nota. Sigue teniendo el mismo aspecto: enorme. Después de unas palabras con el doctor Jacobs, Luca saluda a Damian con la cabeza y sus ojos se posan en mí. Le ofrezco una pequeña sonrisa y volteo hacia la salida cuando siento su brazo alrededor de mi cintura.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—No. Solo estoy nerviosa.

—No te preocupes. —Se inclina y me susurra al oído—. Me enseñaste bien.

Me besa en la cabeza y yo cierro los ojos, tragándome las lágrimas que amenazan con derramarse. Esta mentira probablemente me hará arder en el infierno, y Luca me odiará con toda seguridad cuando por fin lo recuerde todo. Sin embargo, caminar por el pasillo con su brazo alrededor de mi espalda me hace sentir tan bien, y el corazón en mi pecho literalmente da un salto. Ese beso. La forma en que me mira con afecto en lugar de renuencia. Su calor a mi lado. Llevo mucho tiempo deseando esto. No quiero volver al trato frío. No ahora, cuando casi lo pierdo. Mientras salimos del hospital y caminamos hacia el auto, tomo una decisión.

No le diré la verdad.

* * *

Cuando llegamos a la casa y Damian se estaciona, señalo con la cabeza al hombre que está en la puerta.

—Emilio —le digo por lo bajo a Luca—. El del portón era Tony.

—Emilio. Tony —repite.

—Rosa nos espera adentro.

Luca aprieta los dientes y asiente.

—¿Cómo... cómo la llamo? ¿Tengo un apodo cariñoso para ella?

Algo me oprime el pecho al escuchar su pregunta.

—La llamas *piccola* —explico entrecortadamente y tomo su mano entre las mías.

—¿Y a ti?

Parpadeo confundida.

—¿A mí?

—Sí —afirma y me pasa la mano que tiene libre entre mi cabello—. ¿También tengo un apodo especial para ti?

Me muerdo el labio, lo miro fijamente a los ojos y susurro:

—A veces me llamabas *Tesoro*.

Luca asiente y se inclina hacia adelante.

—Gracias, *Tesoro*.

—De nada —respondo con dificultad, apenas logrando contener mis emociones.

Cuando entramos a la casa, miro a Luca y forzo una sonrisa.

—Bienvenido a casa. —Apoyo mi mano en su pecho, me pongo de puntitas y le doy un beso rápido en la barbilla—. Viola junto a las escaleras. Martha a la izquierda —susurro—. Pregúntale a Viola cómo está su hijo Fabio.

Nos acercamos a las escaleras, las sirvientas nos observan. Agachan ligeramente la cabeza, en bienvenida a Luca.

—Señor Rossi, es bueno tenerlo de vuelta.

—Gracias, Viola. ¿Cómo está Fabio? —cuestiona.

—Mejor, señor Rossi. Su pierna está sanando bien. Gracias por preguntar.

Luca asiente y pone una mano en la barandilla de la escalera cuando nos llega el sonido de pasos corriendo hacia nosotros.

—¡Papá! ¡Papi! —exclama Rosa, corriendo hacia nosotros por el vestíbulo.

Luca se gira justo a tiempo para atraparla cuando ella se lanza a sus brazos, y yo observo el rostro de Luca, conteniendo la respiración. Mi esperanza de que ver a Rosa activara algo en su cerebro y le ayudara a recordar se desvanece rápidamente cuando Luca voltea hacia mí con una mirada atormentada. Me mantengo totalmente quieta, controlando cuidadosamente mis facciones. Sigue sin recordar a su hija.

—No me dejaron visitarte en el hospital —solloza Rosa, aferrándose a su cuello—. Tenía mucho miedo.

—Los hospitales no son lugares para niños, *piccola* —susurra Luca, sujetándole suavemente la nuca con su mano vendada.

—¿De verdad te abrieron la cabeza? El tío Damian dijo que sí y que tuvieron que ponerte clavos de metal porque tu cabeza era demasiado gruesa para coserla.

—Bueno, sabes que tu tío es un idiota. No le hagas caso.

—Ya lo sabía. —Se ríe—. ¿Puedo ver?

Luca gira la cabeza para mostrarle y Rosa pone cara de asco.

—Qué asco, papá. Eso es asqueroso. ¿Y a qué viene ese corte de pelo *hipster*? Eres demasiado viejo para eso. Isa, ¿viste esto?

—Sí —respondo y noto que Luca me mira—. Me encanta.

—Me tengo que ir. Clara llegará en quince minutos y Grace nos preparará un pastel. —Rosa besa la mejilla de Luca—. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Rosa.

Sale corriendo hacia la cocina. Luca la sigue con la mirada un tanto perdida y se me estruja el corazón. ¿Cómo te enfrentas al hecho de no recordar a tu propia hija?

* * *

Abro la puerta que separa nuestras habitaciones y me asomo en su interior.

—¿Luca?

Por un segundo, el pánico me sube por el estómago. ¿Y si le pasó algo? El médico dijo que le habían hecho una evaluación minuciosa y que, a excepción de la pérdida de memoria, todas las demás pruebas habían dado

resultados positivos. Aun así, estoy constantemente nerviosa. Escucho el sonido del agua corriendo en el baño y exhalo con alivio.

—¿Luca? —Cruzo la habitación hacia el baño—. ¿Está todo...? ¿Qué demonios estás haciendo?

Tiene la cabeza bajo el grifo y está buscando la botella de champú en el mostrador.

—Lavándome el cabello —dice lo obvio.

Tomo el champú.

—¿Te has vuelto jodidamente loco? Tienes quemaduras de segundo grado en el brazo. El doctor Jacobs dijo que no puedes dejar que se mojen las vendas.

—Maldices bastante cuando te enojas.

Vuelvo a maldecir, echo un poco de champú en mi mano y empiezo a enjabonarle el cabello, asegurándome de que el agua no le llegue a la nuca. Tardo bastante en enjuagárselo porque tiene mucho pelo, incluso con una buena parte afeitado.

—No te muevas. —Abro el armario para agarrar una toalla limpia y procedo a secarle el cabello. Luca no dice nada en todo el proceso, solo me mira con una expresión extraña en los ojos. Cuando termino, lo peino y me doy la vuelta en busca de una liga para el pelo, pero no hay ninguna a la vista. Me quito la mía y recojo la melena de Luca, asegurándola en la parte superior de su cabeza—. Listo.

Se endereza, aprisionándose con los brazos contra el mostrador, y se inclina lentamente hasta que quedamos a la misma altura.

—¿Duermes aquí? ¿En esta habitación? —pregunta, y yo me tensó.

—Sí.

Luca sonríe y ladea la cabeza.

—Entonces dime, Isabella, ¿por qué no hay ropa tuya en el armario?

Mierda. Debería haber pensado en eso. La forma en que me mira, con sus ojos clavados en los míos como si pudiera descubrir todos mis secretos con una sola mirada, es muy desconcertante.

—Porque tengo muchas cosas —suelto—. Estoy usando el *closet* de la habitación de al lado.

—*Hmmm*. —Levanta la mano y la coloca bajo mi barbilla—. Mañana por la mañana, haré que Martha y Viola traigan tu ropa aquí.

¿Qué? ¿Por qué?

—Claro. ¿Algo más?

—Sí. —Me levanta un poco más la cabeza—. Prefiero tu cabello así.

—¿Suelto? —inquiero y él asiente—. Gracias. Anotaré tu preferencia.

Entrecierra los ojos ante mi comentario. ¿Me perdí algún significado? No sé cómo comportarme con este nuevo Luca, porque ya no se comporta como antes.

—Voy a darme una ducha —dice—. ¿Vienes?

Se me corta la respiración. Que Dios me ayude, pero esta nueva versión de él me gusta mucho más.

—Sí.

Luca

Mi esposa oculta algo. *Qué*, es exactamente es un misterio, pero tiene algo que ver con nuestra relación. Revisé cada parte de la habitación y cada mueble cuando entré aquí, y no encontré ni una sola cosa suya.

Isabella se quita el vestido, luego el sostén y las bragas, y mi respiración se detiene. Es una cosita increíblemente hermosa. Dejo que mi mirada recorra sus pechos firmes y su estrecho torso, luego su pequeña cintura, su cadera ancha y sus piernas torneadas. Tiene el cuerpo de una maldita diosa.

—Date la vuelta —ordeno con voz ronca y apenas consigo mantener mis manos quietas cuando lo hace. Aunque no recuerdo una mierda, estoy seguro de que mis ojos nunca se han posado en un culo más perfecto.

—Ahora tú. —Voltea hacia mí y empieza a desabotonarme la camisa. Cuando termina, me la quito y la tiro al suelo junto a su vestido. Poco después me quito el resto de la ropa.

—Perdiste algo de peso —dice, poniendo su mano en mi pecho.

—¿Cuánto?

—Un par de kilos. —Su mano se desliza por mi estómago hasta llegar a mis caderas—. Dos, tal vez tres.

Revisé el historial del hospital. Perdí casi tres kilos desde que me ingresaron. Conoce bien mi cuerpo y, aun así, hay algo que no encaja. Por lo cómoda que se siente desnuda a mi lado, estoy seguro de que ya hemos tenido sexo, así que no puede ser eso. «¿*Qué me estás ocultando, Isabella?*».

Su tacto me abandona cuando se mete en la ducha. Durante unos instantes, tantea y ajusta la posición de la regadera, luego abre el grifo y me mira.

—Mantén el brazo alejado del torrente.

Me meto con ella. Isabella me observa, sin embargo, mantiene sus ojos fijos en mi cara en lugar de en mi polla dura, fingiendo que no se da cuenta. Ambos sabemos a dónde va esto. Era inevitable desde el momento en que empezó a quitarse la ropa, pero seguimos dándole vueltas. Se

enjabona las manos y me masajea el pecho con sus palmas, y me cuesta mucho controlarme para no estirar la mano y agarrarla. De algún modo, lo consigo y cierro los ojos, disfrutando de la dulce tortura de sus manos recorriendo mi pecho y bajando, pero cuando siento que sus dedos rozan mi polla... bueno, mi paciencia llega al límite.

—Es suficiente. —Cierro el grifo, estiro la mano y presiono su coño con ella. Lentamente, deslizo un dedo en su interior. Isabella jadea, aunque no se aparta, con sus enormes ojos clavados en los míos. Sonriendo, enrosco ligeramente el dedo en su interior—. Pon tus manos en mi muñeca, Isabella —digo—, y no permitas que mi dedo se salga.

Espero a que sus manos rodeen mi muñeca. Con la palma de la mano acariciando su coño y el dedo todavía dentro de ella, doy un paso atrás y la arrastro conmigo. Tardamos un par de minutos en salir del baño y llegar a la cama, paso a paso, y para cuando lo hacemos, Isabella está jadeando, pero no me suelta la mano.

Me coloco detrás de ella, aprieto mi pecho contra su espalda e inclino la cabeza para susurrarle al oído.

—Sube a la cama —ordeno y deslizo otro dedo dentro de ella—. Lentamente. —Isabella me suelta la muñeca y empieza a arrastrarse hacia el centro de la cama. Yo la sigo, inclinado sobre ella, sin dejar de meterle los dedos—. Detente . —Le rodeo la cintura con el brazo izquierdo, ignorando el dolor que me produce la tensión en la piel quemada—. Voy a sacar mis dedos ahora —le aviso cerca de la oreja.

—Por favor, no lo hagas. —Aprieta sus piernas y gime.

—No te preocupes. —Le doy un beso en el hombro—. Será solo un segundo, y luego te lo haré mucho mejor.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. —A continuación le beso el cuello—. ¿Por delante? ¿O por detrás?

—Por delante.

Isabella gime cuando saco lentamente mis dedos, se pone boca arriba y me rodea la cadera con sus piernas. Me quedo mirándola unos instantes. Tiene el cabello enredado, la boca ligeramente abierta y su pecho se agita mientras jadea.

—Por favor, Luca.

Quiero penetrarla de un solo golpe, no obstante, noto lo apretada que está. Así que coloco la punta de mi polla en su entrada y la deslizo un poco.

Isabella gruñe de disgusto y me clava las uñas en la espalda, acercándose más. Mi mujercita, siempre tan serena y tranquila, acaba de gruñirme. Nuestras miradas se cruzan y estrello mi boca contra sus labios, metiéndosela hasta el fondo. Jadea, aunque no cierra los ojos y me mira.

—Te gusta sentir mi verga llenándote, ¿verdad, Isabella?

—Sí. —Exhala y aprieta las piernas a mi alrededor.

Me salgo y vuelvo a penetrarla con fuerza.

—¿Qué tanto?

Isabella no contesta, simplemente sube las manos por mi espalda y me quita la liga del pelo soltando el moño que tengo en la cabeza. Mi cabello cae, enmarcando mi cara, y ella pasa sus dedos por él mientras su cuerpo se arquea. Saco mi polla, presiono su coño con los dedos y empiezo a acariciarle el clítoris. Me agarra los mechones y tira de ellos. Me cuesta mucho esfuerzo no volver a penetrarla.

—Pregunté: ¿Qué tanto, Isabella?

—Muchísimo. —Aspira aire con un siseo—. Ojalá pudieras estar dentro de mí todo el tiempo.

Un gruñido de respuesta retumba en mi garganta mientras vuelvo a deslizarme dentro de ella. Cuando la penetro hasta el fondo, un suspiro de alivio sale de sus labios. Dios mío, definitivamente puedo hacerme a la idea de tener mi polla enterrada en esta mujer. Para siempre. La cama rechina bajo nosotros mientras la follo, absorbiendo cada uno de sus gruñidos y suspiros.

La necesidad de tomarla por detrás es demasiado fuerte para ignorarla.

—Date la vuelta —gruño y la saco.

Isabella se da la vuelta y se pone en cuatro, levantando el culo. Santa Madre de Dios, casi me vengo de solo ver esta perfección. La agarro por la cintura y le muerdo la nalga derecha. Luego le doy dos nalgadas seguidas. Se le escapa un grito, y otro más cuando le hundo los dientes en la otra nalga. Moviendo las manos alrededor de sus caderas hacia enfrente, encuentro su clítoris y lo acaricio mientras le meto la polla. Noto cómo sus paredes se aferran a mi miembro. Gime, baja la cabeza hacia la almohada levantando aún más el culo, y enloquezco por completo. Empiezo a penetrar más deprisa su dulce coño, luego vuelvo a darle otra nalgada y veo cómo aparece la huella de mi mano, marcándola. Agarrando sus caderas, continúo mi ritmo despiadado. Un grito ahogado sale de ella cuando la penetro de golpe y sus paredes internas se aferran a mi miembro, la sensación hace que mi orgasmo me alcance antes de que esté listo para dejar de follarla. Aun así, no puedo evitar disfrutar de la sensación de mi semilla derramándose en su interior, marcándola.

El cuerpo de Isabella sigue temblando cuando me retiro y me acuesto a su lado. Con una mano alrededor de su cintura, la atraigo hacia mí, apretando su espalda contra mi pecho, y luego deslizo la mano por su frente hasta tocar su coño con la palma.

—Ni se te ocurra moverte —le susurro al oído sin dejar de tocarle el coño—. Quiero mi semen dentro de ti toda la noche.

Lentamente, deslizo un dedo en su interior e Isabella jadea.

—No sé cómo dormíamos antes —comento—, pero así es como dormiremos de ahora en adelante. ¿Está claro?

Asiente con la cabeza y desliza su mano por mi antebrazo y baja hasta que me cubre la mano y la aprieta, empujando mi dedo más profundo.

—Si tu mano está en otro lugar cuando me despierte —dice—, estaré muy disgustada, Luca.

Isabella

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, Luca está sentado al borde de la cama, quitándose la venda del brazo izquierdo.

—El médico dijo que deberías ir al hospital para que te cambien las vendas —argumento.

—No hay tiempo. Iré a la oficina con Damian. Tenemos que estar allí en una hora.

—Te dieron de alta hace menos de veinticuatro horas. Quizá deberías tomarte unos días libres.

—No recuerdo absolutamente nada, Isabella. Necesito ponerme al día sobre mi propia vida. No hay tiempo que perder.

—Lo dices como si no creyeras que tu memoria volverá.

—El doctor Jacobs dijo que podría suceder en meses. O años. O nunca. No pienso quedarme en casa esperando un milagro que quizá nunca ocurrirá —indica.

—Es una forma muy... pragmática de ver las cosas.

Inclina la cabeza y me mira de reojo.

—¿Tengo elección?

—No. No creo que la tengas. —Me arrastro por la cama hasta sentarme detrás de su espalda y apoyo mi barbilla en su hombro—. ¿Se ve mal? —Le señalo el brazo con la cabeza.

—No tanto —responde y me mira por el rabillo del ojo—. No te desmayes.

—Nunca me desmayo —agrego mientras él desenvuelve el último vendaje y retira la gasa.

—¡Dios mío, Luca! —Respiro con fuerza y rápidamente escondo la cara en su cuello. La piel de su brazo, desde debajo del hombro hasta la muñeca, está enrojecida, como si se la hubieran arrancado—. ¿Necesitas ayuda? —murmuro en su cuello.

—No, me las arreglaré.

Empieza a ponerse algún tipo de ungüento sobre las quemaduras del brazo, sin embargo, sus movimientos parecen demasiado bruscos y está frotando demasiado la piel sensible.

Me deslizo hasta el borde de la cama a su lado y tomo el frasco.

—Deja que yo lo haga.

No soy buena con la sangre ni con las heridas de ningún tipo, pero la forma brusca en que lo hace solo empeorará las cosas. Respiro profundamente, tomo una buena cantidad del ungüento con los dedos y empiezo a aplicárselo con cuidado en sus heridas, concentrándome primero en las partes menos dañadas. Luego subo por su brazo, dejando para el final las quemaduras más graves. No es una decisión muy inteligente. Cuando llego a su bíceps, me tiembla tanto la mano que tengo que apartarme un momento para calmarme. No quiero arriesgarme a lastimarlo más. La mano de Luca envuelve la mía y vuelve a acercarla a su piel lastimada.

—Lo estás haciendo muy bien —asegura. Asiento con la cabeza y continúo aplicando el ungüento con la mayor delicadeza posible. Cuando termino, coloco una gasa estéril sobre la piel dañada y le vendo el brazo. Y entonces me dejo caer.

—Lo siento —digo y cierro los ojos—. No me gustan este tipo de cosas.

Su mano me acaricia la cara y me da un beso en los labios.

—Creo que puedes manejar bastante bien cualquier cosa que se te presente, Isabella —expresa contra mi boca—. Inesperadamente bien, debo añadir.

—En realidad, no. —Le devuelvo el beso—. Simplemente soy buena fingiendo.

—¿Estás fingiendo ahora?

—No.

—Bien. No quiero que finjas conmigo. —Sus labios se mueven por mi mejilla, hacia mi oreja—. No obstante, sé que me ocultas algo, Isabella —susurra.

Abro los ojos de golpe.

—No te oculto nada.

—Sí, lo haces. —Me muerde ligeramente la oreja y se levanta. Mientras camina hacia el armario, disfruto viendo su poderoso cuerpo desplazarse con gracia. Ver a Luca moviéndose siempre ha sido una de mis cosas favoritas, pero normalmente tenía que hacerlo a escondidas. Poder hacerlo libremente me resulta extraño. Aún no puedo creer que por fin sea mío. Bueno, al menos hasta que recuerde que no le agrado. Entonces, probablemente me odiará por mentirle. Aunque no me importa. Valdrá la pena.

Capítulo 14

Isabella

Me pongo el puño en la frente, cambiando la mirada entre Luca y Damian cada pocos segundos. Estamos jodidos.

—No tengo ni la menor idea, Luca. —Damian levanta las manos en el aire y suspira.

—¿Cómo demonios voy a discutir el próximo cargamento con los rumanos si no sé los términos que acordamos? —pregunta Luca.

—Bueno, tendrás que improvisar.

—¿Sabes siquiera lo que pedimos?

—Ni idea. Yo solamente me encargo de lavar el dinero que me lanzas. Tú te encargas de todo lo demás. No sé las cantidades, ni las tarifas, ni las condiciones de pago.

—¿Y Donato? —inquiero—. Él debería saber la mayoría de esas cosas. Lo único que tienes que hacer es encontrar la manera de sacarle la información sin preguntarle.

—Lo llevaré conmigo. —Luca asiente—. Le diré que pienso pasarle las riendas ya que estoy ocupado con la mierda de la *Familia*, y que quiero ver cómo lo maneja.

—Eso podría funcionar. ¿Y qué hay de probar la mercancía? —indaga Damian—. ¿Recuerdas cómo armar y disparar tus juguetes? Porque Donato solamente sabe manejar su propia arma. Y apenas.

—Sí.

—Bien. Eso nos deja a Orlando Lombardi como el último asunto urgente por ahora. Todo lo demás se puede tratar sin una reunión cara a cara. Al menos por ahora.

—¿Qué pasa con él?

—Está organizando una fiesta para su hijo, Massimo. Acaba de cumplir dieciocho años y la fiesta es el miércoles. Los dos están invitados.

—Damian me señala con el dedo a mí y luego a Luca—. Y todo el mundo estará allí.

—¿Tú no irás? —cuestiona Luca.

Coloco una mano en el brazo de Luca.

—Es considerado una persona no grata en la casa de los Lombardi. De hecho, en la mayoría de las casas de la *Familia*. No estuvo en nuestra boda por la misma razón. —Sonrío y miro a Damian—. Se estaba acostando con Constansa, la hija menor de Orlando, mientras mantenía una relación con la mayor, Amalia.

—¡Tenías quince años cuando pasó eso! —Damian me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo es que sabes eso?

—Cuando Orlando lo descubrió en la habitación de Constansa, tuvo que escapar por la ventana —continúo—: Todo el mundo habló de su trasero desnudo corriendo por el jardín mientras Orlando lo perseguía con una escopeta.

—Tenía los bóxers puestos, por el amor de Dios. —Damian pone los ojos en blanco.

—¿Alguna otra aventura amorosa que deba saber? —pregunta Luca.

—Deberíamos repasar el negocio inmobiliario una vez más — responde Damian, ignorando la pregunta de Luca.

—Damian.

—De acuerdo, maldita sea, te haré una lista. —Damian agita la mano despectivamente y abre su *laptop*—. Vamos a repasar los inmuebles que vendimos este mes y lo que nos gustaría considerar comprar.

Me recuesto en el sofá y observo a Luca mientras escucha cómo Damian le vierte una gran cantidad de información: detalles sobre planes de lavado de dinero, tarifas de comisiones, cifras, condiciones de alquiler, explicaciones sobre los acuerdos que tienen con los clientes más importantes con los que podría acabar reuniéndose. Ya habían hablado de la gente de la oficina mientras Luca estaba en el hospital, pero Damian repasa sus nombres y funciones una vez más. Luca no habla mucho, se limita a hacer una pregunta aquí y otra allá, y sigue escuchando, atento. No sé cómo me las arreglaría yo en una situación parecida. Probablemente me volvería loca a los dos días. Pero no Luca.

El otro día, Damian encontró un vídeo de una recepción celebrada el año pasado para las inmobiliarias. Luca se pasó toda la mañana viendo un segmento de dos minutos en el que la cámara lo captó, estudiando la forma en que se movía y hablaba. Es extraordinario. Han pasado diez días desde que volvió del hospital y no se ha equivocado ni una sola vez.

Cuando Luca me dijo que Lorenzo vendría a ponerlo al día el viernes pasado, estaba muerta de miedo. No es lo mismo intentar engañar al segundo hombre más importante de la *Familia* que engañar al personal de la casa. Damian y yo hicimos todo lo posible por ponerlo al corriente de todo lo que podían llegar a discutir, sin embargo, nuestros conocimientos eran limitados. Aun así, de alguna manera, Luca lo logró.

Faltan tres días para la fiesta de cumpleaños de Massimo, tiempo insuficiente para repasar a todos los que podríamos encontrar allí. Tendré que empezar a revisar las redes sociales y descargar imágenes de gente que no le he enseñado hasta ahora.

—Si no me necesitan, voy a buscar a Rosa —indico y me levanto del sofá—. Quería comprar cortinas nuevas para su habitación y le prometí que la llevaría.

Me dirijo hacia la puerta, pero al pasar junto a Luca, él se levanta, me agarra por la cintura y me atrae hacia él.

—Iré contigo —dice y desliza su mano hacia mi trasero.

—¡Tenemos trabajo que hacer, Luca! —brama Damian desde su lugar detrás del escritorio.

—Puede esperar.

Levanto la vista y me encuentro con Luca mirándome. Por el brillo de sus ojos, está interesado en algo más que en elegir cortinas. Sonriendo, deslizo mi mano bajo su camisa y le rozo la parte baja de la espalda con la punta del dedo. Esta mañana tuvimos sexo dos veces, primero en la cama y luego en la ducha, pero fue bastante rápido porque Luca tenía prisa. Me muero de ganas de que llegue esta noche y no tengamos que hacerlo con rapidez. Mi parte favorita es cuando me abraza después de que ambos estamos agotados y satisfechos, y desliza su dedo dentro de mí. La primera noche me pareció un poco raro tener su dedo en el coño mientras dormía, pero me acostumbré rápidamente. Ahora no creo que pudiera dormirme de otra manera.

Antes del accidente, apenas me tocaba, sobre todo cuando había alguien cerca. Únicamente cedía cuando yo lo presionaba para que me diera placer. Y solo me besó una ocasión, cuando nos acostamos por primera vez. Su comportamiento ha dado un giro de 180 grados después del accidente. A veces me cuesta relacionar a este Luca con el de antes.

Luca

—¿Qué no vinimos por cortinas? —Volteo hacia Rosa, que está mirando las colchas de cama.

—Soy demasiado mayor para una habitación rosa. Quiero cambiarlo todo —explica y elige un cubrecama de piel sintética en un tono gris—. Me encanta. ¿Podemos comprarla?

—Si es necesario. —La cosa parece una piel de yak.

—¡Sí! Voy a ver si tienen cojines que combinen.

—Deberíamos comprar uno para nuestra habitación —añade Isabella.

La miro, le pongo la mano bajo la barbilla y le levanto la cabeza. Sus grandes ojos marrones se cruzan con los míos y se ríe. Jesucristo, qué hermosa es.

—Nada de animales muertos. Reales o de mentira —indico.

—No eres nada divertido.

—¿Oh? —La aplasto contra mí, apretándola contra mi cuerpo—. Eso lo veremos esta noche.

—Bueno, veo que estás vivito y coleando —exclama una voz aguda detrás de mí—. Pensé que estabas medio muerto.

Manteniendo mi mano alrededor de la cintura de Isabella, me doy la vuelta para mirar a la mujer rubia que está de pie a unos pasos de distancia. La recuerdo de las fotos que me enseñó Isabella.

—Siento decepcionarte, Simona.

Entrecierra los ojos y luego mira mi brazo alrededor de Isabella. Damian me informó brevemente sobre mi primer matrimonio porque estábamos más preocupados por detalles relacionados con los negocios.

—Iré a recoger a Rosa el jueves —señala, e Isabella me aprieta ligeramente la cintura una vez, y luego otra más.

—No —respondo.

—¿No? —se burla Simona—. No puedes impedirme que vea a mi hija.

—Tienes a Rosa los fines de semana —agrega Isabella.

—No recuerdo haberte preguntado algo a ti.

—¡Ya basta! —me enfurezco—. No le hablarás a mi esposa en ese tono. ¿Queda claro?

—¿Qué? Ella estaba...

—¿Está jodidamente claro, Simona?

Frunce la nariz y levanta la barbilla, pero se calla.

—Rosa estará lista el sábado a las diez —concluyo y miro a Isabella—. Vamos a buscar a Rosa y a ver esas gafas que dijiste que te gustaron.

Camino hacia el otro extremo de la tienda hasta asegurarme de que Simona no nos escucha y miro a Isabella.

—Tienes que hablarme de mi relación con Simona. Damian solamente me dijo que tengo la custodia completa, y que ella se lleva a Rosa un par de veces al mes. ¿Por qué nos divorciamos?

—Se suponía que ella iba a estar en Europa hasta fin de mes, así que pensamos que no era muy urgente —explica y ladea la cabeza—. Damian tendrá que ser quien te cuente todo sobre Simona y sus problemas. Él sabe mucho más y, de todas formas, no soy fan de tu ex, así que preferiría no hablar de ella.

—¿Por qué no?

Isabella arquea las cejas.

—¿No es obvio? Ella te tuvo primero, y la odio por eso.

Doy un paso adelante y pongo la mano en la nuca de Isabella.

—¿Y qué hay de tus ex?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Quién te tuvo primero, Isa? —Doy otro paso adelante, luego uno más, haciéndola retroceder hasta que su espalda choca contra una pared. Sus ojos me miran sin pestañear y las comisuras de sus labios se curvan.

—Ya te lo dije, Luca —dice y sonrío—. Antes.

—Sabes que no me acuerdo. —Deslizo la mano por su cabello y lo jalo—. Dímelo.

Una sonrisa de complicidad se dibuja en el rostro de Isabella, como si mi frustración la divirtiera. Aprieto los dientes y me inclino hasta tener mi cara frente a la suya.

—Habla —ordeno entre dientes.

Levanta la mano y me agarra la barbilla, todavía con esa sonrisa de satisfacción.

—Tú —susurra y pega sus labios a los míos—. Para mí siempre has sido solo tú, Luca.

—Bien. —Muerdo su labio inferior y deslizo la palma de mi mano por su espalda hasta la pretina de su falda. Es una de esas con elástico en la cintura. Qué conveniente—. ¿Puedes ver a Rosa?

Isabella respira entrecortadamente cuando deslizo la mano bajo su falda y le aprieto las nalgas.

—Está... en la caja registradora. —Se atraganta, mirando a mis espaldas hacia el lado opuesto de la tienda—. Esperando en la fila.

—¿Cuántas personas hay antes que ella?

—Cinco.

—Perfecto. —Por debajo de su falda, muevo la mano hacia su estómago y la sumerjo más abajo, entre sus piernas, presionando sobre su coño.

—Luca —musita Isabella—. Hay gente aquí.

—Lo sé. —Pongo mi mano libre en la pared junto a su cabeza, muevo sus bragas a un lado y coloco mi dedo en su entrada. Ya está mojada —. Inhala lento y profundo.

Me mira parpadeando, luego inhala y mi dedo entra en ella en ese mismo momento.

—¿Se siente bien? —pregunto. Esos grandes ojos marrones me miran con intensidad y se agrandan cuando lo introduzco aún más—. Te hice una pregunta, Isabella. —Inclino la cabeza para morder ligeramente el lóbulo de su oreja.

—Sí —contesta apenas audible.

Retiro lentamente mi dedo y lo vuelvo a introducir. Un adorable gemido sale de sus labios. Su respiración se acelera mientras la follo con mi dedo. Por lo empapada que tengo la mano de sus jugos, está al borde del orgasmo.

—Y ahora, ¿cuántas personas hay antes que Rosa? —indago mientras enrosco el dedo.

Isabella respira profundamente e inclina la cabeza para echar un vistazo rápido detrás de mí.

—Ella es la siguiente.

—Qué lástima. Parece que tendremos que terminar en casa.

La mano de Isabella me agarra la muñeca.

—No te atrevas —dice entre dientes.

—¿Quieres venirte aquí? —le susurro al oído—. ¿Con toda esta gente alrededor?

—Sí —responde entre jadeos.

Sonrío y la penetro con mi dedo, presionando su clítoris con la palma de la mano. Isabella gime mientras se corre sobre mi mano.

Capítulo 15

Isabella

Se abre la puerta de la habitación y entra Luca, cargando una carpeta gruesa con un montón de papeles dentro.

—Te quedaste hasta tarde hoy —digo.

—Sí. Y también tengo tarea. —Deja la carpeta y su chaqueta en el sillón reclinable junto a la cama y se inclina hacia mí. Me sujeta la barbilla con sus dedos y me da un beso rápido en los labios—. ¿Qué estás leyendo?

—Economía.

Levanta las cejas.

—Voy a darme una ducha rápida y vendré a acompañarte. Podemos leer juntos nuestra mierda de economía.

Cuando desaparece en el baño, intento volver a mi lectura, pero mi mente no deja de pensar en ese beso fugaz. Tan casual. Natural. Me llamó su esposa aquella mañana en la mueblería. Delante de Simona. Creo que es la primera vez que me llama así. Y me sentí tan bien.

¿Cambiará todo cuando recupere la memoria? ¿Volverá a ser el mismo distante de siempre? Nunca he pensado en mí como una persona egoísta, aunque en este momento, me doy cuenta de que lo soy. Egoísta, codiciosa y mezquina. Porque en algún lugar muy dentro de mí, hay una semilla ponzoñosa de esperanza de que nunca recuperará la memoria. Y estoy totalmente asqueada por ello.

Diez minutos después, mi marido sale del baño, con el cabello suelto y vestido con un pantalón deportivo gris y una camiseta blanca. El

estilo relajado le favorece. Bueno, todo le queda bien a Luca. Las quemaduras del brazo parecen estar sanando bien. La piel sigue roja, no obstante, tiene mucho mejor aspecto que cuando le quitaron los vendajes.

Luca se sienta a mi lado, se apoya en la cabecera y me rodea con el brazo.

—Ven aquí.

Me atrae hacia él hasta que estoy sentada entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho. Entonces, se inclina y recoge la carpeta que dejó en el sillón y la coloca sobre la cama a su lado. La abro y ojeo un montón de números en la primera página.

—¿Flujos de efectivo?

—*Síp* —afirma mientras agarra su chaqueta. Saca unos lentes del bolsillo y se los pone.

Me quedo mirándolo.

—¿Qué? —pregunta y toma la primera hoja de papel.

—¿Usas anteojos?

—Para leer, por lo visto. Hoy las encontré en un cajón de la oficina, y los números empezaron a tener mucho más sentido cuando pude verlos con claridad. —Inclina la cabeza y entrecierra los ojos mirándome—. ¿No sabías que tu esposo usa lentes?

—Mi esposo nunca me lo dijo —replico, luego levanto la mano y le paso mis dedos por su cabello. Se ve muy *sexy* con gafas—. Supongo que ahora ya no hay gato encerrado.

—*Hmmm*. Tú y tu esposo tenían una relación muy extraña, Isabella. —Se inclina y me besa.

«*Oh, Luca, no tienes idea de cuánto*». Le rozo la cara con el dorso de la mano, tomo mi libro y vuelvo a apoyarme en su pecho. Ni cinco segundos después, su mano derecha se desliza bajo mi camisón de seda y se

mete en mis bragas. Coloca su dedo en mi entrada y lo desliza lentamente. Doy un grito ahogado y miro por encima de mi hombro para encontrarlo concentrado en la hoja de flujo de efectivo que tiene en la mano izquierda, aparentemente inmerso en los números.

—¿Luca?

—¿Sí? —murmura sin levantar la vista.

—No puedo concentrarme con tu dedo dentro de mí —indico lo que debería ser obvio.

—Pues qué pena. Porque allí se quedará, Isabella.

—¿Esperas que sea capaz de leer así?

Por fin levanta la vista de su informe, su rostro es la encarnación de la seriedad.

—Te acostumbrarás. Me gusta tener mis dedos dentro de ti, así que cada vez que te sientes a mi lado, ahí estarán. ¿Tienes algún inconveniente con eso?

Parpadeo.

—No.

—Perfecto —asiente y vuelve a sus papeles.

—¿Y si hay alguien más cerca? —indago.

—En ese caso, puede que lo reconsidere.

¿Puede que lo *reconsidere*?

Con el libro sobre economía mundial en mis manos, intento ignorar su mano cálida sobre mi coño y su dedo dentro de mí. No lo consigo. Sé lo hábiles que son y me está volviendo loca. Intento mantener el resto de mi cuerpo quieto y aprieto lentamente las piernas. Luca sigue absorto en el informe mientras yo empiezo a girar un poco mi cadera, disfrutando de la sensación de mis paredes rozando su dedo.

—Isabella.

No me detengo, aunque giro la cabeza y lo encuentro mirándose por encima del borde de sus gafas.

—¿Qué? —Arqueo una ceja.

—Compórtate.

—¿Y si no quiero comportarme?

Luca carraspea, deja caer sus papeles al suelo, luego me quita el libro de las manos y lo lanza al otro lado de la habitación.

—Quítate la ropa.

—Tú primero —desafío—. Pero no te quites las gafas.

Un profundo rugido sale de sus labios. Cuando agarra su camiseta para quitársela, no puedo evitar suspirar al ver sus bíceps abultados en el proceso. Sujeto su pantalón deportivo, pero un segundo después acabo de espaldas, con Luca sujetando el dobladillo de mi camisón.

—¡El de seda no! —grito, pero es demasiado tarde. Ya está rasgando el material. Es el cuarto esta semana—. ¡Maldita sea, Luca!

Mientras se quita los pantalones y los bóxers, me quito las bragas para que no corran la misma suerte que el camisón. Cuando levanto la vista, me encuentro a Luca mirándose con ojos llenos de lujuria.

—Eres tan sexy, maldición —susurra, me agarra por la cintura y me atrae hacia él—. Quiero que me montes, pero no te atrevas a venirte hasta que yo te diga que puedes.

La humedad se acumula entre mis piernas.

—¿Por qué? —Me pongo a horcajadas sobre él y presiono mis manos sobre su pecho, colocándome encima de su polla completamente erecta.

Me aprieta las nalgas con sus manos.

—Porque yo te lo ordeno.

Me muerdo el labio inferior y desciendo, introduciendo su miembro grueso en mi interior poco a poco.

—¿Y si no puedo controlarme?

Luca levanta la cabeza y me agarra la barbilla, con sus ojos clavados en mí.

—Lo harás.

Sonrío. Hay algo increíblemente *sexy* en que me dé órdenes, sobre todo cuando usa esos anteojos.

—Si usted lo dice, *señor Rossi*.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, noto cómo se agita su polla. Bajo hasta meterla por completo y meneo la cadera, ya casi a punto de correrme. Luca levanta la mano y me mete el pulgar en la boca. Lo chupo al mismo ritmo que muevo mi cuerpo mientras aumenta la presión en mi interior.

Deslizo mis manos por su pecho fornido y balanceo las caderas, disfrutando del modo en que mis paredes se estiran para acomodarse a su tamaño. Cuando llego a su cabello, hundo las manos en sus mechones oscuros, asegurándome de no tocar accidentalmente la herida que tiene en la nuca. Le quitaron las puntadas la semana pasada, pero estoy segura de que aún debe de estar sensible.

—¿Por qué estás tan obsesionada con mi cabello? —pregunta mientras me recorre la espalda con las manos, la piel áspera de sus palmas me eriza la piel con cada roce.

—No lo estoy. —Exhalo, y me inclino para mordisquearle la barbilla.

—Sigues quitándome la liga cada vez que tienes la oportunidad, Isabella. —Sus manos bajan hasta mi trasero. Me levanta y me vuelve a clavar en su polla—. ¿Por qué?

—Me gusta verte el cabello suelto, eso es todo —admito.

La verdad es que me hace sentir especial. Luca nunca se deja el cabello suelto en público. Antes de su accidente, lo vi con el cabello suelto muy pocas veces, y siempre tuve la sensación de vislumbrar algo prohibido. Estoy tan locamente enamorada de él que me excita algo tan intrascendente como el hecho de que ahora casi siempre se deshaga de la liga cuando estamos solos.

Me enderezo y me froto contra él, disfrutando al verlo debajo de mí.

—No te atrevas a venirte —ordena Luca entre dientes y me aprieta el trasero.

Sonrío.

De pronto, me agarra por la cintura y me levanta hasta dejarme justo por encima de su miembro. Envuelvo sus gruesos antebrazos con mis manos y le clavo las uñas en la piel, fulminándolo con la mirada. El diablo simplemente sonríe.

—La frustración le sienta bien, señora Rossi —gruñe y me baja un poco hasta que la punta de su polla entra en mí. Intento moverme hacia abajo para poder meterla toda dentro de mí, aunque no lo consigo. Me inclino hacia adelante, lo miro fijamente y acerco mi mano derecha a su dura longitud. Luego, la aprieto. Un profundo rugido sale de la boca de Luca y, al instante siguiente, me encuentro tumbada boca arriba, con su enorme cuerpo cerniéndose sobre el mío. Me apresa las muñecas con su mano derecha y me levanta los brazos por encima de mi cabeza, manteniéndolos allí.

—Ahora puedes correrte —ordena, y me penetra con tal fuerza que grito y me corro al instante. Sigue penetrándome sin parar mientras yo me dejo llevar por el orgasmo hasta que su semilla se derrama dentro de mí.

Capítulo 16

Luca

—Camilla, la esposa de Orlando —susurra Isabella mientras cruzamos la sala en la celebración del decimoctavo cumpleaños de Massimo Lombardi.

—¿Es ella la que es adicta a los somníferos?

—No. Esa es la mujer de Lorenzo, Ludovica —replica, y luego continúa con el resto de la familia de Orlando—. Junto a Camilla están sus hijas Constansa, la más alta, y Amalia. No menciones a Damian delante de ellas.

Por la forma en que Isabella se mantiene junto a mí, con su brazo firmemente envuelto alrededor del mío, susurrándome al oído con una sonrisa en su rostro, la gente probablemente supondrá que estamos teniendo una conversación muy privada. Sus pies deben de estar matándola con los tacones que lleva puestos, se los compró ayer, expresamente para esta ocasión. Miden más de doce centímetros, pero me dijo que era necesario por nuestra diferencia de estatura. Incluso con los centímetros de más, tengo que bajar la cabeza para escuchar lo que murmura.

Tras una breve charla con Orlando, tomamos las bebidas de un mesero que pasa y nos dirigimos hacia la esquina de la sala. Varias personas se nos acercan por el camino y, gracias a las horas que he pasado con Isabella repasando fotos y vídeos, reconozco a la mayoría. En el caso de unos pocos, me cuesta relacionar las caras con los nombres, así que discretamente aprieto la cintura de Isabella y ella se introduce en la

conversación, dándome pistas. Es asombroso cómo consigue que parezca tan natural. No forzado.

Lorenzo está al otro lado de la habitación con una mujer pelirroja y unos cuantos hombres que no reconozco. No estaban en las fotos que me enseñó Isabella. La mujer me resulta familiar, pero tardeo unos instantes en recordarla. La esposa de Lorenzo. Se cambió el color de cabello. En las fotos era rubia. Lorenzo levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Tendré que hablar con él más tarde, o podría parecer sospechoso. Lorenzo ha sido el mayor reto hasta ahora, ya que ni Isabella ni Damian han podido informarme de todos los tratos que he tenido con él.

Un hombre de unos cincuenta años se dirige hacia nosotros desde el otro lado de la sala, con una mujer de unos treinta años del brazo.

—Franco Conti. Su segunda esposa, Ava —indica Isabella acercándose a su copa.

Uno de los capos que se encarga de lavar el dinero de las apuestas, recuerdo.

—Damian dijo que aún no conocías a su esposa. No estuvo en nuestra boda —añade antes de que lleguen a nosotros.

—Franco. —Asiento con la cabeza—. Veo que por fin decidiste dejarnos conocer a tu esposa.

Tras las presentaciones, Isabella se pone a charlar con Ava mientras Franco se queda de pie a mi lado, observando a la multitud.

—Estoy preocupado por Angelo —comunica—. No estoy seguro de que sea apto para el papel que le diste.

—¿Por qué?

—Los números no son su fuerte.

Miro a mi alrededor, fingiendo que pienso en lo que expuso mientras intento filtrar la gran cantidad de información que tengo en el

cerebro. ¿Quién diablos es Angelo? Aprieto ligeramente la cintura de Isabella.

—¿Angelo Scardoni está aquí? —exclama a mi lado—. Quería preguntarle por Bianca y cómo está con eso de estar casada con la *Bratva*.

Ah, sí. El capo más joven cuya hermana se casó con el matón de la *Bratva* hace unos meses. Olvidé su nombre.

—Tendrá que aprender —agrego, sin saber qué papel le asigné. Probablemente tenga algo que ver con el lavado de dinero.

—¿Hablaste con Lorenzo? —pregunta Franco.

—¿Sobre qué?

—Estaba extremadamente . . . molesto cuando vetaste su idea del negocio de drogas.

Por lo que me dijo Damian, nunca hemos traficado drogas. Damian mencionó que el padre de Angelo Scardoni intentó algo a espaldas del antiguo Don, y no terminó bien. No recuerdo todos los detalles.

—La molestia de Lorenzo no me concierne —digo.

—¿Estás seguro de que eso es sensato?

Volteo hacia él, asegurándome de que mi rostro muestre lo que pienso de su pregunta inoportuna.

—Le pido disculpas, jefe. —Franco baja rápidamente la mirada.

—Si escuchas a Lorenzo mencionar su idea de nuevo, a quien sea, me lo dirás.

—Por supuesto. —Asiente con la cabeza y agarra a su esposa del brazo—. Me alegra ver que estás bien. La Familia estaba preocupada.

—No tienen motivos para estarlo.

Cuando Franco y su esposa se van, miro a Isabella y la veo con el teléfono en su mano, mandando un mensaje a alguien. Me pongo detrás de ella, le rodeo la cintura con los dos brazos y apoyo la barbilla en su hombro.

—¿A quién le escribes?

Me mira de reojo, con las cejas levantadas.

—¿Por qué?

—¿A un hombre?

—Sí.

—No le enviarás mensajes a ningún hombre a menos que sean tus parientes de sangre —La rodeo con mis brazos y le gruño al oído—: O los mataré, Isabella.

—¿Estás celoso? —Sus labios se curvan en una sonrisa apenas visible.

—No tienes ni idea de cuánto.

—Le estoy mandando un mensaje a Damian. Hay algunas personas aquí que no esperábamos, y necesito que me diga si hay alguna información importante que debas saber.

—Mi pequeña conspiradora. —Dejo caer un beso sobre su piel expuesta.

Isabella se queda inmóvil.

—No deberías hacer eso, Luca.

—¿Besarte? —Muevo mi boca de sus hombros hasta su cuello y la beso de nuevo—. ¿Por qué?

—No se te conoce precisamente por mostrar afecto frente a otras personas. Y menos en las reuniones de la Familia.

—Qué pena. Me gusta demostrarles a todos que eres mía.

—Todo el mundo lo sabe, Luca. La mayoría estuvo en nuestra boda.

—Puede que lo sepan —la volteo para que me mire—, pero quiero que también lo vean.

La sujeto por su cintura, la levanto del suelo y aprieto mi boca contra la suya, mientras un gritito de sorpresa sale de sus labios. No me

devuelve el beso inmediatamente. Probablemente la sorprendí. La cuestión es que yo también me sorprendo por mi comportamiento. Nunca tuve intención de montar una escena, que es exactamente lo que estoy haciendo a juzgar por las caras de asombro de los que nos rodean, sin embargo, no pude resistir este impulso inexplicable de reclamarla delante de todo el mundo. Quizá porque vi a otros hombres mirándola, sus ojos recorriendo cada parte de ella que se muestra en ese ceñido vestido color borgoña.

Le muerdo ligeramente el labio inferior, e Isabella por fin empieza a devolverme el beso, despacio al principio, pero luego sus manos me rodean los hombros y la nuca, y su beso se vuelve codicioso. Mucho mejor. Noto algo húmedo en mi cara y, al mirarla, veo que Isabella sigue con sus ojos cerrados, no obstante, le caen lágrimas por las mejillas.

La vuelvo a bajar con cuidado y tomo su barbilla entre mis dedos pulgar e índice.

—¿*Tesoro*? ¿Qué ocurre?

Aprieta los labios con fuerza y sacude la cabeza, con los ojos aún cerrados. Mientras brotan más lágrimas.

—Demasiada presión. Estrés —explica—. No me hagas caso.

Parece sincera. Pero no le creo ni una palabra.

—Te llevaré a casa.

—Sí. Vamos por el jardín. —Abre los ojos, aunque evita mirarme. En lugar de eso, señala con la cabeza hacia la puerta del balcón—. No quiero que nadie presencie mi crisis.

—De acuerdo —afirmo y tomo su mano entre las mías, guiándola hacia el exterior.

Hay algo que no está bien. Puede que haya perdido la memoria, pero no la cabeza. Ella me dirá qué demonios hice para hacerla llorar delante de cincuenta personas. Porque, aunque no puedo decir que la conozca desde

hace mucho tiempo, de lo que estoy completamente seguro es del hecho de que Isabella nunca dejaría que los miembros de la Familia la vieran llorar.

Isabella

Me dejo caer en el asiento del pasajero y exhalo. Mierda. Luca rodea la parte delantera, se sienta al volante y arranca el coche.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. —Asiento con la cabeza, abro mi bolso de mano y saco un pequeño espejo y pañuelos de papel para limpiarme las marcas de máscara de pestañas debajo de mis ojos. A prueba de agua, *sí cómo no*.

—¿Quieres explicarme qué acaba de pasar, Isabella?

—Ya te lo dije. Un exceso de estrés —Sigo limpiándome la mejilla con el pañuelo, pero las manchas negras no se quitan, maldita sea—. Olvídalo.

En la carretera no hay otros vehículos, no obstante, Luca reduce la velocidad y gira para entrar en el estacionamiento de una gasolinera. Por el retrovisor, veo que el coche con nuestro equipo de seguridad hace el mismo giro y se estaciona a unos cuantos lugares de distancia.

—¿Por qué te detuviste? —inquiero.

Luca no dice nada, sale del auto y se dirige hacia el edificio. Uno de los de seguridad sale del otro vehículo, pero mi marido le hace un gesto con la mano para que regrese al interior. Un par de minutos después, regresa y deja caer un paquete de toallitas húmedas sobre mi regazo.

Miro el paquete y luego a mi esposo, que está sentado con los codos apoyados en el volante, mirando por el parabrisas. Lentamente, tomo una toallita y procedo a limpiarme la cara.

—¿Estamos esperando a alguien?

—Sí. A que empieces a hablar, Isabella.

—¡Por Dios! —Tiro la toallita usada en mi bolso y cierro la pequeña bolsa. ¿Por qué no lo puede dejar pasar? En lo que a mí respecta, podemos quedarnos aquí toda la noche porque no hay manera de que le diga que me afectó tanto y me alegró muchísimo que me besara delante de todo el mundo, maldición. Como si yo importara. Como he soñado que lo hiciera durante tanto tiempo. Como si... estuviera enamorado de mí. Solo para darme cuenta de que probablemente lo hizo únicamente porque cree que somos una pareja felizmente enamorada. Antes, ni siquiera le parecía apropiado besarme el día de nuestra boda—. No tengo nada más que decir. ¿Podemos irnos a casa, por favor?

—De acuerdo. —Arranca el coche.

Los treinta minutos que dura el trayecto transcurren en completo silencio. Cuando llegamos, Luca se estaciona en la entrada, y sale para abrirme la puerta. Sigue sin decir nada. Quizá sea mejor así. Esta noche ha sido agotadora y no estoy de humor para pelearme con él. Y para colmo, mis pies llevan horas matándome. Así que, antes de salir del carro, me quito los tacones y los sujeto con la mano mientras me dirijo hacia la casa. Doy apenas tres pasos antes de que Luca me levante en brazos y me cargue hacia la puerta principal.

No me baja cuando entramos, como esperaba, sino que sube los dos tramos de escaleras. Dentro de nuestra habitación, me baja a la cama, se da la vuelta y desaparece dentro del baño. Unos segundos después, escucho cómo se abre la regadera.

En lugar de esperar a que termine, me apresuro a entrar en mi antigua habitación y allí me doy una ducha rápida. Cuando salgo del baño, miro mi antigua cama y luego la puerta que separa las habitaciones. No quiero dormir sola, pero quizá sea lo mejor para evitar más preguntas, así

que cierro la puerta contigua. Me meto bajo las sábanas y me acurruco entre la manta.

Acabo de cerrar los ojos cuando un fuerte estruendo me hace sobresaltarme. Busco el origen y veo a Luca en la puerta que separa las habitaciones. Está completamente desnudo, tiene el cabello suelto y, por la expresión de su rostro, está furioso. La puerta junto a él cuelga torcida por una sola de sus bisagras.

—¡No estaba cerrada con llave, maldita sea! —exclamo.

Se acerca a la cama, me agarra por debajo de las costillas y me levanta. Luego me echa por encima de su hombro.

—Muy maduro de tu parte —murmuro mientras me lleva a nuestra habitación. Cuando llegamos a la cama, me deposita en ella y se tumba sobre mi cuerpo, apoyándose en sus codos. Acorralándome.

—Dormirás en esta cama —dice apretando los dientes—. En ningún otro lugar. ¿Está claro?

—¿Incluso cuando tengamos una discusión?

—Incluso cuando tengamos una discusión, Isabella.

—Está bien —afirmo, deslizando mis dedos por su cabello. Es ridículo lo suave que es, podría pasarme toda la noche simplemente recorriéndolo con mi mano.

—¿Qué hice para hacerte llorar? —pregunta e inclina la cabeza—. Fue el beso, ¿verdad?

—Luca . . .

—¿Te sentiste incómoda porque la gente nos vio besándonos?
Me quedo boquiabierta.

—¿Por qué me sentiría así?

—Porque soy mucho mayor que tú y te resulta incómodo besarme en público. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?! —Lo miro con los ojos muy abiertos, preguntándome cómo demonios llegó a esa conclusión—. ¡Claro que no!

—No me mientas, Isabella. Quiero la verdad.

¿Quiere la verdad? De acuerdo. Tomo su cara entre mis manos para mirarlo directamente a los ojos.

—Llevo años enamorada de ti. *Años*, Luca —confieso—. Vivía para esos breves momentos en los que llegabas para reunirme con mi abuelo. Básicamente te acechaba por toda la casa, escondiéndome detrás de los muebles o los arbustos del jardín, solo para poder verte. —Le aprieto la cara y continúo—: Antes de casarnos, todas las noches, durante dos años, me dormía solamente después de darme placer imaginándome que estabas a mi lado. Nunca he estado con otro hombre excepto contigo porque, incluso cuando estabas prohibido, no quería acostarme con nadie más —admito y lo beso—. Te he amado desde que tengo memoria, Luca. Y que me besaras delante de toda la Familia fue mi sueño hecho realidad. Lloré de felicidad.

—Entonces, ¿no crees que soy demasiado viejo para ti? —cuestiona mirándome fijamente.

—Luca, amor, me importa un comino la edad que tengas. Nunca he querido a ningún otro hombre en toda mi vida.

Luca sujeta mi mandíbula con la mano y me mira con sus ojos entrecerrados durante unos instantes. Luego desliza su mano por debajo de mi camisión hasta tocar mi centro.

—¿Nadie ha tenido esto excepto yo?

—Ya te lo dije, tú fuiste el primero. —Inclino la cabeza hacia adelante para besarlo de nuevo—. De hecho, eres el único hombre que me ha tocado.

Su cuerpo se queda inmóvil sobre el mío y, durante unos segundos, parece que ni siquiera respira mientras sus ojos se clavan en los míos. Y

entonces estalla. Agarrándome del dobladillo del camisón, jala de la sedosa tela hasta que se escucha un sonido de rasgadura. Poco después, mis bragas corren la misma suerte. Si esto sigue así, tendré que comprar ropa interior nueva cada semana. O dejar de comprarla.

Presiona su mano derecha contra mi sexo y me acaricia el clítoris mientras su mano izquierda recorre mi cuerpo, desde el cuello, pasando por mis senos y mi estómago, hasta meterse también entre mis piernas. Sus ojos nunca se apartan de los míos mientras desliza un dedo dentro de mí, sin dejar de masajearme el clítoris con la otra mano.

—Es solo mío —susurra y añade otro dedo, haciéndome jadear.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios. Se desliza hacia abajo y hunde su cara entre mis piernas, sustituyendo el dedo sobre mi clítoris con su lengua. Mi respiración se entrecorta a medida que aumenta la presión en mi interior, pero justo cuando estoy a punto de explotar, retira la mano. Gimo por la pérdida de sus dedos, luego jadeo cuando me chupa el clítoris y casi me vengo. Cuando estoy a punto de correrme, su boca también desaparece. Lo miro frustrada mientras se cierne sobre mí con los ojos entrecerrados.

—Si alguna vez vuelvo a encontrarte en esa otra cama, no te gustarán las consecuencias —revira—. ¿Lo entiendes, *Tesoro*?

Levanto la barbilla y sonrío.

—¿Y qué harás?

Luca se inclina hacia adelante, las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa malvada. Vuelve a deslizar su dedo dentro de mí, dolorosamente despacio. Me agarro a su mano, tirando de ella con todas mis fuerzas, intentando que su dedo se mueva más rápido sin conseguirlo. Sonríe más y retira su mano.

—¡Luca! —Le agarro la muñeca y vuelvo a meter su mano entre mis piernas.

—¿Sí? —Me presiona el coño con la punta de los dedos, me pellizca el clítoris y vuelve a retirar la mano. Siento que me voy a morir de frustración.

—¡Por favor! —gimoteo.

—Si vuelves a atreverte a escabullirte de mi cama —advierde y me muerde el lóbulo de la oreja—, voy a torturarte durante horas. ¿Entendido?

—Sí.

—Buena chica —me susurra al oído, y luego se entierra completamente dentro de mí.

Se me entrecorta la respiración y jadeo cuando mueve su cuerpo, llenándome más con cada embestida. Me aferro a la parte superior de sus brazos, apretando, disfrutando de la sensación de sus músculos flexionándose bajo mis manos. La presión aumenta en mi interior y, cuando me penetra con un rugido, me hago añicos.

Aún estoy temblando cuando Luca saca su miembro y me agarra por la cintura, dándome la vuelta.

—¿Te he dicho alguna vez lo obsesionado que estoy con tu culo? —Me aprieta el trasero, raspa la piel con sus dientes y me muerde.

—Quizá una o dos veces. —Exhalo, y después gimo cuando lame el lugar donde me había clavado sus dientes.

—Cada vez que entras a una habitación y mis ojos se posan en tu dulce trasero, siento el impulso de arrancarte la ropa y hacerte esto —gruñe y su polla vuelve a entrar en mí.

Agarrándome de la sábana, abro un poco más las piernas y jadeo cuando empieza a penetrarme. Su mano se desliza por mi costado hasta llegar al vientre. Mueve su cadera a la par que su dedo encuentra y acaricia

mi clítoris. No puedo respirar lo suficiente mientras sigue follándome por detrás. Mis paredes se estremecen alrededor de su longitud en tanto mis brazos y piernas tiemblan sin control. Cuando me penetra por completo llenándome con su semilla, gimo y vuelvo a correrme.

—Estás temblando como una hoja —señala mientras se acuesta a mi lado y me atrae hacia su cuerpo—. ¿Tienes frío, *Tesoro*?

—No lo sé —musito y acurruco mi cara contra su pecho. Me tiembla todo el cuerpo, pero creo que son las secuelas de haber tenido dos de los orgasmos más increíbles, uno justo después del otro.

—Toma. —Nos cubre con una manta—. ¿Mejor?

Levanto la cabeza y le doy un ligero mordisco en la barbilla.

—Sí. Pero se te olvidó algo.

—¿Ah, sí? —Desliza su mano hacia abajo hasta llegar a mi coño rozando mis pliegues con la punta de sus dedos—. ¿Qué podría ser?

Vuelvo a morderle la barbilla y me doy la vuelta para pegar mi espalda a su pecho.

—No me hagas esperar —exijo. Su mano me acaricia el coño y respiro profundamente, ansiosa. Pero no pasa nada—. ¡Luca!

—¿Sí? —Siento su aliento en mi nuca—. ¿Necesitas algo, *Tesoro*?

—Sabes que sí.

—Dime.

Oh, cómo disfruta torturándome. Coloco mi mano sobre la suya entre mis piernas y la aprieto.

—No puedo dormirme sin tu dedo dentro de mí, ¿está bien?

Me da un poco de vergüenza confesarlo, aunque es la verdad. Anoche estuvo repasando algunos asuntos de la Familia con Damian, y se quedaron en su oficina hasta mucho después de medianoche. Pasé todo el día con el servicio de banquetes y estaba cansadísima, no obstante, cuando

me fui a la cama, no podía dormir. Di vueltas en el colchón hasta que Luca se acostó conmigo alrededor de las dos de la madrugada, y únicamente tras haber deslizado un dedo dentro de mí, pude quedarme dormida.

—Lo sé —me susurra entre el cabello y mete su dedo. Respiro. Mi coño aún está sensible, pero cuando su dedo se introduce por completo, me invade una sensación de tranquilidad. Suspiro, cierro los ojos y me quedo dormida.

Capítulo 17

Isabella

Escucho un chirrido en la puerta del armario, seguido de un susurro. Abro un poco los párpados y entrecierro los ojos para ver la luz del sol que entra por la ventana. Luca está de pie junto a la cama, poniéndose los pantalones.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las siete y media. Llevaré a Rosa a comprar algunas cosas para la escuela. No quiero esperar hasta después. Será una locura cuanto más se acerque el final del verano. Después la llevaré a casa de Clara. Acamparán en el patio.

—Que se lleve una chaqueta. Puede que llueva hoy. —Me pongo boca abajo, doblo la almohada y apoyo mi barbilla en ella para seguir mirándolo—. Veré a mi hermana más tarde. ¿Volverás para comer?

—Probablemente no. Tengo una reunión con Franco Conti a mediodía, y después, otra reunión con el agente de bienes raíces.

—Entonces, comeré con Andrea.

—Hoy te pondrás el vestido azul. El que se anuda al cuello —ordena y me clava la mirada. Hay un desafío en sus ojos oscuros.

Inclino la cabeza hacia un lado, observándolo. Qué forma más rara de decirlo. No es: *¿Te pondrías el vestido azul para mí?*, o algo parecido, y él sabe que me di cuenta.

—De acuerdo —respondo y veo cómo se le iluminan los ojos—. ¿Puedo ponerme los tacones color *nude* con él?

Una expresión de satisfacción se dibuja en su rostro, pero solo dura un segundo antes de que la oculte. Interesante.

—Sí. —Asiente con la cabeza y comienza a abrocharse la camisa.

Lo contemplo y poco a poco me doy cuenta de algo. Vaya, vaya... si estoy en lo cierto, y estoy bastante segura de que lo estoy, mi esposo me ha estado ocultando algunas cosas muy interesantes sobre sus preferencias. Decido poner a prueba mi teoría.

—Hoy me gustaría recogerme el cabello en un moño —agrego, eligiendo mis palabras con mucho cuidado, y lo miro atentamente para ver su reacción—. ¿Me dejarías?

Sus dedos sobre el botón se detienen. Lentamente, voltea hacia mí y nuestras miradas se cruzan.

—No. Te lo llevarás suelto —dice, desafiándome con la mirada.

—Bien. ¿Me lo permitirías mañana? ¿Por favor?

—Lo pensaré. —Descuelga la chaqueta de la silla, toma sus llaves y su cartera y se dirige hacia la puerta, pero entonces se detiene en el umbral. Veo que cierra el puño como si estuviera luchando consigo mismo por algo, y luego se gira para mirarme. Durante unos segundos se queda mirándome, con los nudillos de la mano poniéndose blancos—. A partir de hoy —ordena—, yo aprobaré todos tus atuendos. Cuando no esté aquí y tengas que ir a algún lugar, si planeas cambiarte, me llamarás para que lo apruebe primero —concluye y mantiene su mirada en la mía, esperando mi reacción.

—Por supuesto, Luca. —Asiento con la cabeza.

Abre el puño y una pequeña sonrisa de satisfacción se dibuja en su rostro. No lo habría notado si no estuviera frente a mí, pero sus pantalones se tensaron en su entrepierna al escuchar mi respuesta. Esto lo excita. En cuanto se va, sonrío y ruedo sobre mi espalda. Sabía que Luca se estaba

conteniendo conmigo, no obstante, hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto. Pero ahora sí, y estoy lista para jugar.

* * *

—Escuché que Luca y tú causaron una gran conmoción en casa de Lombardi —parlotea Andrea por encima del borde de su taza.

—¿Cómo lo sabes si no estuviste allí?

—Milene me llamó y me dio un informe completo. Con todos los detalles picantes.

—Fue solo un beso. —Me encojo de hombros—. Nada demasiado atrevido.

—¿Luca Rossi visto besándose en público? ¿El hombre al que nadie ha visto tocar a su esposa anterior? Me sorprende que no saliera en las noticias de la mañana.

—La gente tiende a exagerar las cosas —opino—. ¿Por qué no estuviste allí? Dijiste que irías con mamá y papá.

—Estaba castigada. —Arruga la nariz—. Papá me atrapó escabulléndome la noche anterior.

—¿Qué? —Dejo la taza de golpe—. ¿Sola?

—No habría estado sola. Iba a salir con Catalina.

—¿A dónde?

—A un club.

—Por favor, dime que pensabas llevar a Gino contigo.

—Por supuesto que no. Dios, odio a ese tipo. Actúa como si fuera mi padre. ¡Y papá se lo permite! ¿Por qué no pude seguir teniendo a Leandro como guardaespaldas?

—Porque es demasiado viejo para perseguirte cuando te escapas —destaco bruscamente—. Eres demasiado imprudente. ¿Escabullirte a mitad de la noche? ¿Y huyendo de los guardaespaldas? Necesitas a alguien que te controle, y me alegro de que Gino se encargue.

—¡Me prohibió ir a la fiesta de cumpleaños de Perla la semana que viene! —brama—. ¿Cómo puede prohibirme algo? ¡Es un maldito guardaespaldas! Cuando se lo conté a papá, me dijo que está de acuerdo con todo lo que Gino decida.

—¿Dónde es la fiesta?

—En Baykal.

—¿Planeabas ir a uno de los clubes de la *Bratva*? ¿Después de lo que pasó en Ural la última vez? ¿Te volviste completamente loca?

—Ese lío fue culpa tuya. —Sonríe.

—¡No puedes ir al club de la *Bratva*! ¡Por el amor de Dios, Andrea!

—Kostya habría estado allí. —Se encoge de hombros—. Catalina ha estado saliendo con él. Más o menos.

—¡Dios mío! ¿Su padre sabe que está saliendo con uno de los hombres de la *Bratva*?

—No. ¡Y tú no se lo dirás! No es nada serio, solo están... charlando.

—Por lo que he escuchado, la mitad de la población femenina de la ciudad ha pasado por la cama de Kostya Balakirev. No es el tipo de hombre que solamente *charla* con una mujer.

—Eso no es verdad.

—Se acostó con Amalia Lombardi el mes pasado. Y con su cocinera. No estoy totalmente segura, pero creo que también se acostó con la madre de Amalia. Es peor que Damian.

—A veces me asusta, ¿sabes? Cuánta basura recuerdas de la gente.

—Nunca puedes anticipar cuándo conocer los trapos sucios de alguien puede ser útil. —Miro mi teléfono—. Tengo que llamar a Luca. Iré de compras con Milene esta tarde y tengo que cambiarme. Quiere aprobar lo que me pongo.

—¿Él qué? —Andrea me mira con los ojos muy abiertos.

—Últimamente he descubierto cosas muy interesantes sobre mi esposo. —Sonrío—. Una de ellas es que elegir lo que me pongo lo excita muchísimo.

—¿Te controla?

—No. Lo *dejo* controlarme. Y disfruto cada segundo.

—Isa, eso es muy... pervertido.

—Sí, supongo que sí. —Con una sonrisa en mis labios llamo a Luca. Contesta al primer timbrado.

—¿Dónde estás?

—Tomando café con Andrea en casa de mis padres.

—¿Llevaste guardaespaldas?

—Marco y Sandro me esperan en el auto. No te preocupes.

Unos momentos de silencio y luego:

—¿Te pusiste el vestido azul como te indiqué?

—Sí —respondo—. Iré a casa a cambiarme. Tengo que hacer unas diligencias. Te enviaré una foto de lo que me ponga antes de salir.

—Bien. Llámame en cuanto llegues a casa.

—Lo haré.

Luca

El hombre del otro lado de la mesa sigue hablando, mostrándonos a Damian y a mí imágenes de casas y condominios en su *tablet*, y

enumerando las ventajas y desventajas de cada uno. Con una gran cantidad de dinero procedente de negocios de armas a la espera de ser lavado, tenemos que aumentar el número y el tamaño de las propiedades que pasan por nuestra empresa. Rápido.

—Necesitamos propiedades más grandes, Adam. Y muchas más. — Arrojo el papel con los precios sobre el escritorio. Mi teléfono suena, mostrando el nombre de Lorenzo. Miro a Adam e inclino la cabeza hacia la puerta—. Vete. Te llamo luego—. Cuando la puerta se cierra detrás de él, atiendo la llamada y la pongo en altavoz para que Damian también pueda escucharla—. Lorenzo.

—Uno de los contadores de Octavio ha estado robando dinero a escondidas —informa—. Hay que ocuparse de eso, jefe.

—Está bien.

—¿Quieres que me encargue de eso? —cuestiona Lorenzo.

Miro a Damian, que niega con la cabeza, y respondo:

—No. Yo me encargo.

—Lo tenemos en la trastienda del casino de Octavio.

—Estaré allí en cuarenta minutos. —Termino la llamada y miro a Damian—. ¿Cómo nos encargamos de los ladrones?

—Matándolos —responde—. Puedes pedir a otro que apriete el gatillo, sin embargo, Giuseppe se encargaba de los ladrones personalmente. Era una declaración.

Me reclino en la silla y lo pienso. Aunque no recuerdo haber matado a nadie, la idea de quitarle la vida a alguien no parece inquietarme.

—Lo haré. ¿Quieres venir?

Damian se estremece.

—Preferiría que no. Pero te dibujaré un plano. Tendrás que entrar a Magna por la entrada trasera, ya que tienen detectores de metales en la

puerta principal.

—Lo sé.

Levanta la cabeza.

—¿Te acordaste de algo?

—No. No recuerdo haber ido allí ni haber conocido a gente, pero sí sé cómo es el interior.

—Qué raro —expresa y empieza a masticar el bolígrafo que sostiene—. ¿Qué vamos a hacer si no recuperas la memoria?

—Seguiremos como hasta ahora lo hemos hecho. No creo que nadie sospeche nada.

—¿No te parece desconcertante esa posibilidad?

—Me frustra, *sí*, y odio no recordar a mi hija ni a mi esposa. Pero el médico dijo que no puedo hacer nada al respecto. Y no puedo malgastar mi energía dándole vueltas a cosas que no puedo cambiar. —Me levanto y me dirijo hacia la puerta—. Ordénale a Adam que busque más inmuebles. Me iré a casa después de deshacerme de ese contador.

* * *

Llegar a Magna no es un problema. Pasé dos días conduciendo por Chicago con Damian, que me señaló todos los negocios, así como otros lugares a los que podría tener que ir en algún momento. Recordaba todo sobre la ciudad, aunque no podía relacionar los nombres de los casinos con ningún lugar en particular hasta que los viera.

Mi teléfono suena mientras estaciono el auto en el callejón trasero. Es una *selfie* de Isabella, frente al gran espejo de nuestra habitación. Viste un vestido marrón holgado con flores blancas y tiene una sonrisa pícara en su rostro. Sonriendo, escribo una respuesta rápida.

Yo: Aprobado, Tesoro.

Envío el mensaje, guardo mi arma en la funda bajo mi chaqueta y salgo del auto. Emilio estaciona su vehículo detrás del mío, pero levanto la mano, indicándole que me espere aquí, y me dirijo a la puerta de metal de la derecha. Un hombre de traje oscuro está de pie junto a la entrada con las manos entrelazadas en su espalda.

—Jefe —asiente y me abre la puerta.

Recorro el largo pasillo y giro a la izquierda, en dirección a la trastienda. Es extraño que todo lo que me rodea me resulte familiar, aunque no recuerdo haber estado nunca aquí. Me pasó lo mismo con mi casa el primer día que volví del hospital. Recordaba la casa, pero no quién ocupaba cada habitación. Era como si alguien hubiera borrado partes aleatorias de mi memoria y me hubiera dejado solamente migajas para que las siguiera.

Dos hombres flanquean la puerta doble al final del pasillo. La abren cuando me acerco y me dejan entrar en una habitación mediana que huele a alcohol rancio y sudor. Lorenzo está sentado detrás del escritorio en la esquina más alejada, no obstante, se levanta rápidamente cuando entro. Un hombre que no reconozco está apoyado en la pared más alejada, probablemente uno de los soldados de la Familia. Tendré que decirles a Isabella y a Damian que me busquen fotos de los soldados. Hasta ahora no he tenido tiempo de hacer un repaso de los hombres de menor rango en la jerarquía de la Familia.

En el centro de la habitación, un hombre de unos cincuenta años está sentado en una silla de madera. Su camisa está arrugada y tiene manchas de sangre. A juzgar por los moretones que tiene en la cara y el labio hinchado, le han dado una buena paliza mientras me estaba esperando. El *ladrón*,

supongo. En cuanto me ve, empieza a moverse en la silla todo lo que le permiten las ataduras de manos y piernas.

—Jefe. —El hombre al que no reconozco asiente, se aparta de la pared y se coloca junto al contador.

—¿Qué pruebas tienes de que es culpable? —indago, dirigiéndome a Lorenzo.

—Encontramos libros dobles en su escritorio. Según estos libros, robó cerca de veinte mil dólares el mes pasado.

—¿Estás seguro de que no fueron pruebas plantadas?

—Estaban escritos con su puño y letra —explica Lorenzo y se cruza de brazos. Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. Si lo prefieres, puedo encargarme del ladrón, jefe.

Sí, seguro que le encantaría. No necesito que Isabella y Damian me digan que Lorenzo no está contento con que me haya convertido en el jefe de la Familia. Yo mismo puedo verlo bastante claro. Él cree que lo disimula bien, sin embargo, he estado prestando mucha atención a todos los que me rodean, buscando indicios sutiles o dobles sentidos. Un hombre en mi posición no puede permitirse pasar nada por alto, porque un solo descuido bastaría para iniciar mi ruina.

—Sí —digo y doy dos pasos hasta colocarme detrás del hombre atado—. Hazlo.

La sonrisa de Lorenzo se ensancha mientras busca su arma en el interior de su chaqueta. Le gusta la idea de que me muestre renuente a matar a un hombre y deje que él haga el trabajo por mí. Sobre todo delante de un soldado. Me doy la vuelta, envuelvo la barbilla del contador con el brazo derecho y coloco la mano izquierda en su nuca. Un giro fuerte. El cuello del hombre se rompe.

Retiro los brazos del cuello del contador y volteo a ver a Lorenzo, que me observa, evidentemente sorprendido. Habría sido más fácil dispararle al tipo, pero Damian dijo que se suponía que esto era una declaración.

—Asegúrate de que no encuentren el cuerpo —ordeno y salgo de la habitación, sintiendo dos pares de ojos clavados en mi espalda.

Cuando entro a mi auto, llamo a Isabella, pongo el altavoz y arranco el motor.

Isabella

Acabo de desmaquillarme cuando suena el teléfono. El nombre de Luca parpadea en la pantalla, presiono el botón para aceptar la llamada y la pongo en altavoz.

—¿Dónde estás? —pregunta de forma cortante.

—Estás de buen humor —señalo mientras tiro las toallitas sucias a la basura—. ¿Pasó algo?

—Parece que Lorenzo está haciendo de las suyas.

—Era de esperar. ¿Qué hizo?

—No quiero hablar de mi subjefe ahora. ¿Dónde estás?

—En nuestra habitación.

—Quítate la ropa.

Dejo los cosméticos y el aceite desmaquillante sobre el tocador, me quito el vestido y luego la ropa interior.

—Listo.

—Ve a la cama. Acuéstate boca arriba.

Sonrío, camino hacia la cama con el teléfono en la mano y me tumbo como me ordenó.

—Bien. ¿Y ahora qué?

—Mete tu mano entre las piernas. Te quedarás así y te masturbarás hasta que yo llegue.

—¿Y cuándo será eso?

—En veinte minutos. E, Isabella...

—¿Sí?

—No te atrevas a correrte antes de que yo llegue.

«¿Qué?»

—No estoy segura de poder aguantar, Luca.

—Bueno, si descubro que te viniste antes que yo lo permita, empezaremos de nuevo, y esta vez, será una hora más. ¿Entendiste?

—Sí.

—Bien. Enciende el altavoz y deja el teléfono a tu lado.

—Está encendido. ¿Estarás escuchando?

—Por supuesto. Puedes empezar.

Dejo que mis manos se deslicen por mi cuerpo hasta mi centro y empiezo a acariciarme el clítoris en círculos lentos.

—¿Sabes cuántas veces me masturbé imaginando que eras tú quien estaba a mi lado? —pregunto.

—Dime —responde con voz ronca.

Presiono mi clítoris y añado otro dedo.

—¿Estás seguro?

—Isabella.

Oh, me encanta cuando dice mi nombre con ese tono dominante. Es una petición y una orden al mismo tiempo. Luca transmite mucha más emoción con su tono que con las palabras.

—La primera vez que lo hice tenía diecisiete años —gimo y sigo acariciándome el coño—. Lo he hecho todas las noches y a veces durante el

día. Así que diría que al menos unas mil veces.

—¿Y qué te hacía yo en esas fantasías tuyas?

—Entrabas a mi habitación. —Sonrío y deslizo un dedo dentro de mí, disfrutando del cosquilleo y la tensión creciente en mi centro—. Vestías un traje. Ese conjunto todo de negro que te hace ver delicioso y peligroso al mismo tiempo. Te acercarías lentamente, me arrancarías el vestido y me arrojarías sobre la cama. —Pongo la otra mano en mi clítoris, masajeándolo mientras introduzco aún más el dedo, imaginando que es su miembro—. Después, enterrarías tu cara entre mis piernas y me devorarías hasta que gritara.

—¿Sin quitarme el traje? —inquire.

—Sí. —Me muerdo el labio y saco mi dedo, temiendo que me vaya a venir.

—¿Y qué haría yo entonces? —Hay tensión en su voz. La escucho fuerte y clara.

—¿Estás excitado, Luca? —pregunto y presiono mi sexo con la palma de mi mano, con la esperanza de que me ayude a dominar la necesidad de volver a meterme el dedo.

—¡Respóndeme, Isabella! —revira—. ¿Qué haría después?

—Colocarías tu cuerpo sobre mí, tu peso presionándome contra el colchón. Luego, me besarías, y yo me saborearía en tus labios.

—¿Seguiría vestido?

—Sí. Primero te quitaría la chaqueta y la camisa. Tu respiración se aceleraría mientras clavo mis uñas en tus hombros y te beso en el centro del pecho. Luego, te ayudaría a quitarte los pantalones.

No aguanto más, deslizo dos dedos dentro de mí y jadeo.

—¿Qué acabas de hacer? —indaga.

—Nada —suspiro y deslizo mis dedos aún más adentro, gimiendo.

—¿Te viniste, Isabella? —pregunta enfadado.

—Todavía no —musito—. ¿Estás cerca?

—Estoy cruzando el portón —informa—. ¿Qué pasa después?

Sonrío y sigo jugando con mi coño, disfrutando de los sonidos de su respiración agitada procedentes del otro lado de la línea.

—Me agarrarías las muñecas con la mano y me pondrías los brazos por encima de la cabeza. Como sueles hacer —gimoteo mientras aumenta la presión entre mis piernas—. Y te enterrarías dentro de mí de una embestida. Con fuerza. Hasta el fondo.

La puerta del otro lado de la habitación se abre de golpe. Sin quitar mi mano de mi coño, levanto la cabeza de la almohada y miro entre mis piernas dobladas hacia la entrada. Luca está de pie en el umbral, agarrado al marco por ambos lados, con la mandíbula tensa mirándome fijamente.

Me muerdo el labio inferior y empiezo a rodearme el clítoris con la mano que tengo libre. Todavía tengo los dedos en mi interior, así que los saco y me los llevo a la boca, lamiéndolos lentamente.

—Dime, Luca. —Sonrío—. ¿Qué tanto te excita esto?

Gruñe profundamente. Da un paso adelante, cierra la puerta de una patada y camina despacio hacia la cama, quitándose la ropa en el camino. La chaqueta. Luego, la camisa gris oscura. Los pantalones. Me mira todo el tiempo. Cuando llega a la cama, está completamente desnudo, con su longitud totalmente erecta. Me humedezco los labios y abro un poco más las piernas.

—Maldita sea, eres la criatura más sexy que jamás haya pisado esta tierra. —Su voz se convierte en un rugido grave y primitivo mientras me agarra por detrás de las rodillas y me jala hacia él. Me rodea con el brazo y me pone en cuatro sobre la cama. Inmediatamente después, siento cómo me penetra por detrás.

—Tan mojada. —Me acaricia la espalda con su mano—. ¿Tuviste un orgasmo antes de que yo llegara, Isabella?

—No. —Jadeo cuando me penetra hasta el fondo.

—Bien. No puedes acabar a menos que yo esté aquí contigo. —Se desliza hacia afuera y vuelve a penetrarme con fuerza.

—¿Al menos puedo jugar?

—Solamente cuando yo lo diga. —Otra embestida, su polla llenándose completamente. La presión que ha estado creciendo en mi centro se intensifica—. No te toques el coño a menos que yo te dé permiso. ¿Entendido?

Aprieto los labios y bajo la cabeza, respirando con dificultad por la nariz.

—¿En-ten-dido? —Sigue penetrándome con fuerza, marcando cada sílaba con una fuerte embestida que me hace jadear.

—¡Sí! —grito.

Las arremetidas rápidas y fuertes de Luca no cesan. Me mira y me ordena:

—Córrete.

Vuelvo a gritar cuando el orgasmo me golpea de repente. Luca gruñe mientras explota dentro de mí.

Capítulo 18

Luca

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Me pongo los lentes y reviso el mensaje de Donato, que dice que la entrega de armas se jodió otra vez. Tendré que preguntarle a Damian si sabe lo que pasó la primera vez, pero eso puede esperar hasta que llegue a la oficina. Un dolor punzante me atraviesa la cabeza, entre las sienes, que me hace respirar agitadamente. Desaparece con la misma rapidez. Quizá debería ir a ver al doctor Jacobs para que me haga un chequeo. No es la primera vez que me pasa.

Isabella se retuerce en mis brazos, luego coloca su mano sobre la mía entre sus piernas y la aprieta. Ciertamente se ha vuelto adicta a tener mi dedo en su coño. Ayer llevamos a Rosa y a algunas de sus amigas al cine. Las niñas se sentaron en la primera fila, pero Isabella y yo nos quedamos atrás. Cuando nos quedamos solos, me cogió la mano, la deslizó bajo su falda y me susurró que su coño lo necesitaba. El pequeño suspiro de alivio que salió de sus labios cuando le metí un dedo me excitó tanto que apenas pude evitar arrastrarla hacia afuera como un cavernícola. Gimoteó cuando tuve que sacar el dedo al final de la película.

Rozo suavemente mi mano libre por la espalda de Isabella, le aprieto ligeramente el trasero y le recorro con los dedos la piel del costado.

—Puedo contarte las costillas, Isabella. ¿Has adelgazado?

—Estoy intentando adelgazar un poco mi trasero. Estoy a dieta —
murmura.

—¿Qué? —Le pongo un nudillo bajo la barbilla y le levanto la cabeza para que me mire—. ¿Me pediste permiso para matarte de hambre?

—No. —Parpadea, algo confusa—. Pensé que a los hombres les gustaban las mujeres delgadas.

—Pensaste mal.

—Mi trasero es enorme, Luca. Quiero bajar una talla antes de la fiesta.

Apretando su barbilla, me inclino hacia adelante hasta que estoy frente a su cara. No quiero que su trasero se haga más pequeño. Lo quiero más grande.

—¿Cuánto has adelgazado?

—Cuatro kilos y medio.

—Tienes dos semanas para recuperar ese peso, Isabella —ordeno, con mi ceño fruncido.

—Todo se irá a mi trasero. Aumentará aún más.

Una imagen de Isabella, con su hermoso trasero una o dos tallas más grande, llena mi mente y mi polla se hincha.

—Bien.

—Bien. —Pone los ojos en blanco—. Supongo que los pantalones nuevos que me compré ayer se desperdiciarán. Apenas pude entrar en ellos así como estoy.

—A la mierda los pantalones. —Muevo mi mano a su trasero y le aprieto las nalgas otra vez. Su culo parece más pequeño—. Quiero esto como estaba.

—¿Es una orden? —Sonríe.

—Sí.

La sonrisa de su cara se agranda.

—Me gusta cuando me das órdenes. —Enrosco mi dedo para aumentar la presión contra sus paredes y presiono mi pulgar contra su clítoris, adorando la forma en que aprieta sus muslos para mantener mi mano en su posición—. Me excita muchísimo cuando usas estos lentes, Luca.

Gruño y, manteniéndola pegada a mi cuerpo, nos doy la vuelta en la cama hasta que queda acostada debajo de mí y me inclino para susurrarle al oído.

—¿Y qué más te excita, *Tesoro*?

—La frustración que siento durante esos segundos en que tu dedo se desliza fuera de mí durante la noche, justo antes de que tu polla lo sustituya. —Exhala y chilla cuando hago justamente eso, pero mantengo mis dedos en su clítoris, provocándola.

—Esto es una tiranía —acusa, deslizando sus manos por mi cabello.

—Lo sé. —Inclino la cabeza para morderle el cuello, pellizcándole el clítoris al mismo tiempo.

—¡Maldita sea, Luca! —Me agarra el cabello con los puños.

Me divierte muchísimo que se frustre cuando no la penetro inmediatamente. Me coloco en su entrada y empiezo a deslizar mi verga dentro de su pequeño y codicioso coño. Dios, qué sonidos hace. A veces creo que podría correrme simplemente oyendo sus gemidos.

—¿Está mejor ahora? —Me retiro y la penetro.

—¡Sí... Sí... Sí...! —Jadea al ritmo de mis embestidas mientras su cuerpo se estremece debajo de mí, aumentando su excitación. Vuelvo a pellizcarle el clítoris y se lo masajeo. Chilla un poco cuando vuelvo a pellizcarlo y aprieta las piernas a mi alrededor.

—Me encantan los sonidos que haces, *Tesoro*. —Me entierro dentro de ella con un gruñido—. Muchísimo. —Me agarra por los hombros

mientras se corre y gime sin parar. Vuelvo a penetrarla y exploto, maravillado por la sensación de mi semen llenándola. La mejor del mundo —. Ven aquí. —Le rodeo la cintura con el brazo y la aprieto contra mi pecho. Sigue temblando cuando le cubro el coño con la palma de la mano y vuelvo a meterle un dedo.

—Me gustaría tener tu dedo, o tu polla, dentro de mí todo el día — suspira Isabella.

—¿No te gusta sentir el coño vacío?

—*Nop*. —Inclina la cabeza y me mira—. Me has convertido en una adicta.

—Perfecto.

—Puede que tenga que empezar a visitar tu oficina durante el día. Para conseguir mi dosis.

—Me gusta ese plan. —Sonrío y después le acaricio el cuello—. Y mientras tanto prepararé algo más para ti.

—¿Qué tienes en mente?

—Tendrás que esperar para descubrirlo, *Tesoro*.

Isabella

—¿Puedo teñirme el pelo de rojo? —pregunta Rosa desde el lado opuesto de la mesa del comedor.

—¡No! —contestamos Damian y yo al unísono.

Rosa se reclina en la silla y cruza los brazos sobre su pecho, con la barbilla hundida.

—Cuando crezcas, puedes teñirte el cabello, linda —digo—. Ahora eres demasiado joven para eso.

—Pero quiero teñirlo —murmura.

—¿Por qué? ¿Alguna de tus amigas se lo ha teñido?

—*Nop*. Pero aún así quiero hacerlo.

Suspiro y sacudo la cabeza. Es exactamente como si estuviera escuchando a mi hermana.

—¿Qué tal un nuevo corte de cabello? Puedo llevarte la semana que viene. También podríamos arreglarnos las uñas.

Rosa me mira y abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Claro. —Asiento con la cabeza—. Llamaré a mi estilista y le diré que reserve otro lugar. ¿Tienes pensado algún corte en particular?

Rosa se retuerce en su asiento y se encoge de hombros.

—Lo quiero corto —expresa, y luego me mira—. ¿Crees que papá me dejará?

—Si le explicas que te gustaría tenerlo corto, claro que sí.

Se escuchan pasos, Luca dobla la esquina y entra al comedor.

—¡Papá! —Rosa salta en su silla—. ¿Puedo cortarme el pelo corto? Isa dijo que me llevaría con ella. ¿Puedo? ¿Por favor?

Luca se detiene detrás de Rosa y le deposita un beso en lo alto de la cabeza.

—Claro, *piccola*. Ahora, ve a la cocina y ayuda a Viola con la comida. Tengo que hablar con Isabella y Damian.

—¡Yo también quiero escuchar!

—Son cosas de negocios, Rosa. Anda. Por favor.

Rosa arruga la nariz, se levanta de la silla y se va de mala gana.

En cuanto se marcha, Luca se dirige a Damian.

—Salvatore Ajello solicitó una reunión —informa—. ¿Quién demonios es Salvatore Ajello?

Miro fijamente a Luca mientras el pánico empieza a acumularse en el fondo de mi estómago.

—¿Cuándo es la reunión?

—Mañana —agrega—. ¿Quién es?

—El Don de la Familia de New York —dice Damian—. ¿Tienes algo sobre él, Isa?

—Un montón de chismes. Nada útil. Y no conozco a nadie que sepa algo. —No creo que mucha gente sepa siquiera cómo es el Don de la Familia del Crimen de New York. Si necesitas ponerte en contacto con la *Cosa Nostra* de New York, llamas a Arturo DeVille, el subjefe. Nunca al Don. Vuelvo a mirar a Luca—. ¿Te llamó personalmente?

—Sí. Solo dijo que quería hablar de negocios, sin más detalles.

—Sé que se dedican principalmente al tráfico de drogas. Escuché a mi abuelo mencionarlo una vez, pero eso es todo. Puede que mi padre sepa algo más. —Miro a Damian—. ¿Alguna vez se reunió Luca con Ajello?

—Que yo sepa, no. Y él habría mencionado algo así.

—Entonces es seguro preguntarle a Francesco —indica Luca—. Lo llamaré para avisarle que iremos a tomar un café. —Se inclina y me muerde ligeramente la oreja, luego susurra—: Ve a cambiarte. Ponte ese vestido rosa que me gusta. Te llevaré conmigo y podemos ir a comer a algún lado de regreso.

Me levanto de la mesa y me dirijo hacia la puerta, pero luego me detengo y miro a Luca por encima del hombro.

—Creo que me pondré el de color azul marino.

—Isabella.

Sonrío por dentro al escuchar su tono. Le molesta mucho que me niegue a seguir sus órdenes.

—¿Sí?

—El vestido rosa.

—Si insistes. —Continúo caminando con una sonrisa en mis labios.

Estoy a medio camino de la puerta del comedor cuando escucho a Damian susurrar:

—Tienes que aflojar las riendas, Luca, o se volverá loca.

Sonríó. Si Damian supiera lo mucho que me excitan las órdenes de su hermano...

* * *

Cuando subo al coche con Luca veinte minutos más tarde, con el vestido rosa, por supuesto, está inusualmente callado, aparentemente concentrado en sus pensamientos. Lo dejo pasar, mas cuando no dice una palabra hasta casi la mitad del camino a la mansión Agostini, decido que ya ha estado suficientemente pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada.

—Luca —suspiro—, dímelo de una vez.

Rechina los dientes y aprieta el volante.

—¿Soy demasiado extremista? ¿Necesitas que *afloje las riendas*, como dijo Damian?

—¿Es por lo de la ropa?

—Por todo —explica y me mira—. ¿Necesitas que afloje las riendas, Isabella?

—No. Pero quizá podrías corresponderme de alguna manera. —Sonríó y me acerco para susurrarle al oído—. He estado pensando que si tú puedes meterme el dedo en el coño mientras duermo, yo puedo hacer esto mientras conduces.

Sonriendo, acerco mi mano izquierda y la pongo en su entrepierna, haciendo un poco de presión en el punto exacto. El vehículo se balancea ligeramente mientras su polla se endurece contra mi mano. Luca gira la cabeza para mirarme y su nariz se ensancha. Aprieto un poco más y él jadea.

—A partir de ahora —exige—, cuando vayas en el coche conmigo, tendrás tu mano allí. Todo el tiempo. ¿Queda claro, Isabella?

—Por supuesto, Luca.

Me mira de reojo y veo que una comisura de sus labios se curva ligeramente.

—Cuando volvamos a casa, te voy a follar tan duro que no podrás caminar.

—Me muero de ganas. —Le aprieto la polla.

Luca

—¿Salvatore Ajello? —La mano de Francesco se detiene a medio camino de la taza de café, con los ojos muy abiertos—. Las familias criminales rara vez hacen negocios juntas. Demasiada posibilidad de conflicto de intereses. Y nunca he sabido que la Familia de New York se haya puesto en contacto con alguien para una colaboración. Por lo que he escuchado, él rara vez sale de New York. Y a los miembros de las otras familias se les aconseja encarecidamente —se aclara la garganta—, que no visiten su región a menos que se les invite expresamente.

—¿Y si alguien se aventura allí sin invitación? —interviene Isabella.

Durante el trayecto, acordamos que ella haría las preguntas, para no levantar sospechas en caso de que yo cometa un descuido y mencione a

Ajello delante de Francesco en algún momento.

—Acaban enviándolo de vuelta a casa. En una bolsa para cadáveres. A veces en más de una bolsa —advierte Francesco, y luego voltea a verme—. Ten cuidado, Luca. A ese hombre no hay que tomárselo a la ligera.

—¿Lo conoces? —cuestiona Isabella.

—No. Pero tu abuelo lo conoció. No le caía bien. Dijo, y cito: “*Hay gente despiadada, y después está Salvatore Ajello*”. No se extendió más allá de mencionar que nunca había conocido a un hombre que pareciera tan muerto por dentro.

—*Suena encantador*. —Sonríó—. ¿Cuántos años tiene?

—No tengo la menor idea. Era capo hasta que se hizo cargo de la Familia hace dos años, así que supongo que tendrá unos cuarenta o cincuenta años. Que yo sepa, no hay fotos suyas. Nunca he sabido que haya acudido a ningún evento público. La forma en que asumió el cargo de Don causó un gran revuelo. Irrumpió en la reunión de la Familia y mató al antiguo Don y a los otros seis capos.

—Un maníaco —resoplo. Perfecto.

Francesco se inclina sobre la mesa.

—Si aceptas colaborar en algo con él, podría hacernos ganar millones. Nadie puede confirmarlo, pero se rumora que es dueño de la mitad de New York.

—Ya veremos. —Me encojo de hombros y le doy un sorbo a mi café.

Capítulo 19

Isabella

Luca entra por la puerta principal cuando estoy bajando las escaleras y, en cuanto sus ojos se posan en mí, frunce el ceño. Pasa su mirada por mi camisa blanca y mi ajustada minifalda *beige*, luego vuelve a clavar sus ojos en los míos. Sonrío y apoyo mi cadera en la barandilla, disfrutando de la expresión de desagrado que pasa por su rostro. Sin romper el contacto visual, sube lentamente las escaleras y se detiene en el escalón inferior al mío.

—Creí que había elegido el vestido azul marino para ti el día de hoy, Isabella —expresa y me rodea la cintura con el brazo, atrayéndome hacia su cuerpo—. ¿No es así?

—Sí, lo hiciste. —Inclino la cabeza hacia arriba y sonrío—. Pero quería ver qué pasaría si no hacía lo que me pediste. Quizá tenía ganas de ser... *castigada* por mi mal comportamiento.

La comisura de los labios de Luca se curva y su mano baja para apretarme una nalga.

—A la habitación —me susurra al oído, y vuelve a apretarme la nalga—. Corre.

Chillo y subo corriendo las escaleras. Cuando estoy a mitad de la segunda escalera miro hacia abajo y veo a Luca subiéndolas relajadamente.

—Parece que eres demasiado viejo para perseguirme. —Insto.

Los ojos de Luca se encienden. Al instante siguiente sube corriendo las escaleras, de dos en dos. Me río, corro los últimos escalones hasta el

rellano y giro a la izquierda. Acabo de llegar a la habitación cuando siento que dos fuertes brazos me rodean la cintura por detrás.

—Supongo que no estoy tan viejo —me gruñe Luca al oído.

El sonido de una puerta cerrándose detrás de nosotros me llega cuando Luca me agarra de la cintura de la falda.

—¡No! —grito, pero el hombre ya me ha roto la falda por las costuras laterales. ¡Jesucristo!

—Ahora —murmura y me besa en el cuello—, sobre ese vestido...

Su mano me agarra el trasero y luego me da una nalgada. La sensación de ardor se extiende por mi piel y me muerdo el labio inferior, mientras la humedad se acumula entre mis piernas.

—¿Qué pasa con el vestido? —exclamo entrecortadamente, y luego inhalo cuando su mano izquierda se desliza por mi vientre hasta el interior de mis bragas.

—Cuando te diga que te pongas algo. —Pone su dedo en mi centro y lo desliza en mi interior—. Obedecerás, Isabella.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces, te castigaré. —Dos nalgadas más. Luego un beso, esta vez en mi mandíbula—. Pero, basándome en lo empapado que tienes el coño, parece que disfrutas bastante de mis métodos educativos.

—Creo que sí —gimoteo cuando añade otro dedo.

Detrás de mí se escucha un gruñido, seguido del de mis bragas al romperse. Lo escucho forcejear con su cinturón y luego sus dedos abandonan mi coño. De pronto, Luca me da la vuelta, me agarra por debajo de los muslos y me levanta. Le rodeo el cuello con los brazos y jadeo cuando me pega la espalda a la puerta.

—No sabes cuánto me gusta tener la polla enterrada en tu precioso coño, Isabella —expone y me penetra con su miembro duro como una roca.

—El sentimiento es mutuo —gimo y entierro mis manos en su cabello, apretándolo mientras me penetra.

* * *

Camino hacia el armario y miro a Luca por encima de mi hombro.

—Entonces, sobre esta cena. ¿Es alguna ocasión especial?

—¿Necesito una ocasión especial para llevarte a cenar?

—Supongo que no. ¿Qué te parece el vestido blanco? ¿El que tiene el cinturón gris?

—Esta noche te pondrás *jeans* —ordena Luca.

—¿*Oh?* —Qué raro. Siempre elige vestidos.

—Los negros ajustados. Y esa blusa rosa de seda. Sin tacones.

—¿Sin tacones? —Volteo a mirarlo—. ¿Qué clase de cena es con pantalones y sin tacones?

—Es mejor que no te pongas tacones la primera vez. —Tiene una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—¿Primera vez para qué? —Saco los pantalones del armario y me los pongo, antes de coger la blusa rosa.

—Ya verás.

Sacudo la cabeza, preguntándome qué tendrá planeado ahora. Estoy atándome la blusa cuando siento que Luca se coloca detrás de mí. Pone sus manos en mi cintura y empieza a desabrocharme los pantalones.

—Pensé que íbamos a cenar.

—Sí, lo haremos. —Su mano se desliza dentro de mis bragas, sus dedos acarician mi clítoris durante unos segundos antes de que uno de ellos se deslice dentro de mí—. ¿Sabes?, encontré la solución a tu problema.

—¿Qué problema? —Exhalo y me estremezco cuando me presiona el clítoris con el pulgar.

—Tu necesidad de tener mi polla o mi dedo dentro de ti. No puedo estar aquí todo el tiempo, así que encontré una alternativa para asegurarme de que tu coño no se sienta solo.

—¿Qué... alternativa?

Toma una caja de cuero negro del estante superior y me la pone en las manos.

—Ábrela.

Levanto la tapa y miro el objeto que descansa sobre un cojín de terciopelo en el interior. Tiene una forma de C alargada, con un extremo más grueso y el otro más pequeño, hecho de silicona.

—¿Qué es esto?

—Es un tapón para el coño. —Saca el objeto de la caja—. Bájate los pantalones y las bragas.

Coloco la caja en un estante y sigo lentamente sus instrucciones. Me siento un poco desconfiada, porque los juguetes sexuales no son algo que me haya atraído nunca. Su pulgar roza mi clítoris unas cuantas veces más, humedeciéndome.

—Perfecto —me susurra Luca al oído, y luego saca su dedo.

Gimo por la pérdida.

—¿Echas de menos mi dedo?

—Sí.

—Mejorará en un segundo, *Tesoro*.

Me coloca el juguete entre las piernas, el lado más estrecho adelante y el más grueso justo en la entrada. Me acaricia la entrada con la punta del extremo más grueso y luego lo desliza dentro de mí. Jadeo y me agarro de la repisa para estabilizarme. El objeto no es tan grande como su pene, pero

sí mucho más que su dedo. Respiro profundamente mientras Luca sigue introduciéndolo hasta que todo el objeto está dentro de mí y la punta estrecha presiona mi clítoris. Es una sensación rara tener una pieza extraña alojada en mí de esta forma, pero no me incomoda.

—Súbete los pantalones —ordena—. Llegaremos tarde a cenar.

—¿Quieres que me lo quite? ¿O lo harás tú?

—El juguete se queda, *Tesoro*.

—¿Qué? ¿Adentro? —Lo miro sorprendida por encima del hombro, pero él se limita a sonreír.

Cuando los dos estamos vestidos y listos para irnos, se acerca y me pasa la mano por el coño.

—Parece que te queda perfecto. Nadie lo notará, ya que se diseñó específicamente para poder llevarlo puesto. —La situación aún me tiene aturdida cuando añade—: Vamos.

Doy el primer paso, insegura. La silicona es suave y el juguete no me impide avanzar, aunque mis paredes rozan los lados con cada movimiento. Es casi como tener el dedo de Luca dentro de mí. El extremo estrecho anidado entre mis pliegues toca mi clítoris, frotándolo discretamente con cada movimiento. Otro paso, luego uno más. La extraña sensación se disipa a medida que camino y, cuando llegamos a la escalera, la extrañeza ha desaparecido por completo, sustituida por una inesperada sensación de... comodidad.

—¿Y bien? —me pregunta Luca al oído—. ¿Te gusta?

—Sí.

—Sabía que te gustaría.

Bajar los dos tramos de escaleras me hace sentirlo aún más, lo suficiente como para tener que reprimir la necesidad de suspirar. Cuando llegamos al coche y me siento cuidadosamente, la sensación vuelve a

cambiar. El extremo grueso se introduce un poco más en mi interior y el otro presiona mi clítoris. Esperaba que al menos me irritara un poco al sentarme, pero su forma parece adaptarse perfectamente a mi cuerpo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto cuando Luca se sienta al volante.

—¿Qué, *Tesoro*?

—Cuánto tiempo podré. . . usarlo.

Sonríe.

—¿Ya eres adicta? Sabía que lo serías. Estás demasiado acostumbrada a tener mi dedo dentro de ti. —Desliza su mano entre mis piernas y presiona ligeramente el nuevo juguete, haciéndome gemir—. Lo usarás siempre que no esté en condiciones de mantener mi dedo o mi polla dentro de ti, Isabella. ¿Está claro?

—Sí.

—Te despertaré por la mañana antes de irme a trabajar y te ayudaré a ponértelo. Y solo yo puedo quitártelo. Tú puedes hacerlo solo cuando necesites ir al baño.

—De acuerdo. —Me inclino hacia él para susurrarle al oído—: Eres un perverso, Luca.

—Así es. ¿Te molesta?

—Ni siquiera un poco. —Lo beso y deslizo mi mano por su pecho hasta apoyarla en su entrepierna—. Me gusta tu perversidad.

—Isabella, compórtate.

Sonríe.

—¿Hay tamaños más grandes disponibles?

—Sí. ¿Por qué?

—Este me hace sentir como si tuviera tus dedos dentro de mí —admito y lamo su oreja—. Me gustaría tener uno que me haga sentir como si tuviera tu polla en mi interior.

Cuando noto que se pone duro bajo mi mano, se me dibuja una sonrisa en la cara. El hecho de que pueda hacer que se ponga duro solo diciéndole esas cosas me excita muchísimo.

—Sería increíble que me lo quitaras para reemplazarlo con tu polla.

—Y añadido—: Probablemente me vendría en el proceso.

Jadea y me agarra la nuca.

—Si continúas, no habrá cena esta noche, Isabella.

—¿Lo harás? —Le aprieto ligeramente la polla—. ¿Me conseguirás uno más grande?

—Sí. Pero solamente podrás usarlo cuando yo lo diga.

Capítulo 20

Luca

Doy un sorbo a mi café, fingiendo estar concentrado en algo en mi teléfono mientras observo mi entorno. Acepté reunirme con Ajello a las siete de la noche, sin embargo, cuando le propuse un restaurante en el centro, rechazó la sugerencia y eligió un pequeño café familiar en los suburbios. Una extraña elección, pero acepté. Lo más interesante es que insistió en sentarse en una mesa al aire libre. Si llega con un séquito de guardaespaldas, llamará la atención de cualquiera que pase por aquí. Como sea. Yo solo traje a Marco, pero está esperando en el auto.

Por el rabillo del ojo, veo a un hombre cruzando la calle. No sé qué me impulsa a mantener la mirada fija en él porque no hay nada que lo destaque. Aparenta tener unos veintitantos o unos treinta años, tiene el cabello oscuro y viste un traje negro sin chaqueta. Alto. Atlético. Las mujeres probablemente lo considerarían guapo, pero, de nuevo, nada demasiado especial. Lo único fuera de lo común en él es un guante de cuero negro en su mano izquierda. Cuando entra en el patio del café, dirigiéndose hacia mí, me doy cuenta de que cojea un poco. Es muy sutil, y no me habría dado cuenta si no estuviera tan atento a él. Se acerca a la mesa, toma la silla frente a mí y se sienta.

—Señor Rossi. —Se reclina en su asiento—. Me alegro al fin de conocerlo en persona.

—El señor Ajello, ¿supongo? —pregunto y recorro el lugar tratando de localizar a sus guardaespaldas.

—No uso guardaespaldas, señor Rossi. —Sus labios se curvan hacia arriba, y hay algo extremadamente inquietante en su sonrisa. No es que parezca falsa. Estoy acostumbrado a las sonrisas falsas. Así es como funciona nuestra sociedad, aparentemente. La gente sonríe dulcemente en un momento y al siguiente te apuñala por la espalda. Sin embargo, esto parece como si él supiera cómo debería ser una sonrisa y la imitara. Pero no hay nada detrás de ella. Ninguna emoción. Ningún truco. Es algo aprendido. Como un bailarín debe aprender los pasos al compás de la música, este hombre ha aprendido a sonreír para mantener una conversación, cuando es necesario. Solo que el movimiento es el de unos músculos que siguen el ritmo de una canción imaginada. Coreografiada.

—Entonces, vayamos al grano de esta reunión —indico.

La mesera se acerca a tomar nuestra orden. Ajello ni siquiera la mira, se limita a agitar su mano con el guante, sin apartar su mirada de la mía.

—Un hombre directo. Lo respeto —asiente—. Últimamente he estado ampliando mis operaciones de construcción, una forma muy cómoda de lavar dinero proveniente de drogas, y tengo una propuesta de negocios para usted, señor Rossi.

—Lo escucho.

—Usted compra y vende bienes inmuebles para lavar su dinero. Debe ser agotador, buscar propiedades disponibles para comprar todo el tiempo. ¿No sería más fácil tener un suministro constante de lugares de lujo?

—Lo sería. —Asiento con la cabeza—. ¿Está ofreciéndose como proveedor?

—Sí.

—¿De qué cantidad de capital neto estamos hablando?

—Veinte millones. Mensualmente.

Pienso en su oferta.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no otra persona?

—Eres el jefe de tu Familia. Un Don. Sabes cómo funcionan las cosas en nuestro mundo, pero también eres un hombre de negocios. No le agradas a Bogdan, lo cual es un cumplido en mi opinión. También dice que eres un gran negociador.

Así que también tiene tratos con los rumanos. Es bueno saberlo.

—Me interesa. —Afirmo con un movimiento de cabeza.

—Perfecto. Te enviaré los detalles. —Al levantarse, coloca las manos sobre el mantel y observo que los dos últimos dedos de su mano cubierta por el guante están en una posición ligeramente antinatural, como si no pudiera extenderlos del todo—. Espero que nuestra colaboración sea fructífera, señor Rossi.

Lo contemplo mientras se marcha, preguntándome por qué asesinó a todos los demás capos. Si su único objetivo era apoderarse de la Familia de New York, con matar al Don anterior habría bastado.

Dejo el dinero para el café en la mesa y me levanto, pero agarro inmediatamente la silla cuando siento un dolor en la sien. Dura uno o dos segundos y luego desaparece. Los jodidos dolores de cabeza son cada vez peores. Iré a hacerme esa revisión en cuanto acabe con el maldito banquete.

Ahora no puedo esperar a llegar a casa para estar con mi esposa. Me pregunto si siempre estuve así de loco por ella, o si es algo que se ha acumulado después de casarnos y antes del accidente. Parece insano que no pueda dejar de pensar en ella ni un momento. Incluso cuando estoy trabajando, Isabella está constantemente en mi mente. Sus ojos. Su cabello. La forma en que le gusta acurrucarse conmigo cada noche. Pero, sobre todo, es su personalidad de carácter fuerte. Su valentía. Sigue sorprendiéndome

cada día, esta chica que sigue jugando a este juego, engañando a toda la Familia. Ella sabía lo que estaba en juego desde el principio. Yo lo desconocía. Hace apenas unos días que Damian me lo explicó. Si alguien descubre que Isabella me ha estado encubriendo, ocultando mi estado, la Familia la declarará como traidora, alguien que ha estado actuando en contra de los intereses de la misma. El castigo por tal acto suele ser la muerte.

Si lo hubiera sabido antes, nunca habría permitido que se viera envuelta en esta mierda. Ya no hay vuelta atrás. No tengo miedo de morir. No obstante, si la verdad sale a la luz en algún momento, y si alguien siquiera piensa en lastimar a Isabella, será mejor que nos ataquen con todo lo que tengan. Porque voy a aniquilar a cualquier hombre que intente dañar una hebra de cabello de la cabeza de mi esposa.

Capítulo 21

Luca

—Lorenzo insiste en verme mañana —digo mientras me desabrocho la camisa—. No sé por qué insiste. Podemos hablar de negocios en el banquete del sábado.

—Quiere sentirse importante. Complejo de baja autoestima —señala Isabella desde la cama—. Sobre todo ahora, contigo como cabeza de la Familia.

—¿Quieres venir? Nos reservó una mesa en Mirage.

—Claro que lo hizo —resopla. Se levanta de la cama, se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos—. Sabe que *tú* pagarás la cuenta. ¿Te parece bien que vaya? Después de todo, es una reunión de negocios.

—Me importa una mierda que lo sea. —Sostengo la caja que recogí esta mañana de la tienda especializada que he comenzado a visitar con frecuencia y la coloco sobre una cómoda—. Te compré algo.

—¿Qué? —Echa un vistazo a mi alrededor y veo que sus ojos se abren de par en par al ver la caja de cuero—. ¿Es...?

—Sí. —La tomo del brazo y la hago ponerse delante de mí—. ¿Quieres probártelo?

—¿Es mucho más grande? —pregunta mientras intenta agarrar la caja, pero le agarro su mano.

—Es más grande. Cierra los ojos.

Los cierra inmediatamente y sonrío. Quién habría esperado que alguien tan joven como ella se mostrara tan ansiosa y dispuesta a aceptar mi comportamiento poco convencional. Bajando mis manos por su voluminosa cadera, le bajo las bragas y envuelvo con mis dedos el objeto que tiene alojado en su sexo. Hace dos días, decidí castigarla por no ponerse el vestido que le pedí y le saqué el juguete del coño. Ella gimió y me suplicó que se lo volviera a introducir, presionando todo el tiempo su centro con sus pequeñas manos. En lugar de eso, enterré mi polla dentro de ella. Mi pequeña adicta. Isabella no puede soportar la idea de no tener mi verga u otra cosa que le recuerde a mí en su interior. Sus reacciones me excitan tanto que parece que voy a explotar.

Como era de esperar, empieza a quejarse en cuanto saco el juguete, así que le meto un dedo temporalmente.

—Mantén los ojos cerrados —ordeno y abro la caja. Saco el juguete nuevo de la caja. Ya lo había limpiado y le puse una buena cantidad de lubricante en el extremo más grueso, porque es mucho más grande que el que ella está acostumbrada a usar—. Abre ligeramente las piernas. Sí, así. —Coloco la punta del nuevo aparato en su entrada, saco el dedo y empiezo a deslizarlo dentro de su coño—. ¿Todo bien? —inquiero cuando su respiración se agita—. Si es demasiado, me detendré.

—No pares. —Exhala y me aprieta la muñeca—. Lo quiero todo adentro. Ahora, Luca.

Lo deslizo completamente en su interior, luego ajusto la punta más delgada para que presione su clítoris.

—¿Se siente bien?

—¿Y si se sale? —pregunta.

—No se saldrá, *Tesoro*. —Presiono su coño con mi mano—. Intenta caminar, ¿sí? —Ella da un paso adelante y yo la sigo sin quitarle la mano de

encima—. ¿Ves? No se sale. Simplemente necesitas acostumbrarte a su tamaño más grande. Vamos a dar unos pasos más. —Cuando empiece a caminar hacia la cama, suelto su vulva—. ¿Cómo se siente?

Voltea hacia mí y se deja caer sobre la cama. Se mueve despacio, con los ojos cerrados, como si estuviera saboreando la sensación. Cuando está sentada y gime, apenas puedo contenerme para no agarrarla y follarla hasta que quede inconsciente.

—¿Cómo se siente? —repito mi pregunta, mordiéndose el labio inferior, y abre los ojos—. Siento como si tuviera tu miembro dentro de mí, Luca.

—Tienes que estar muy mojada para usarlo, Isabella. Si no lo estás, usa lubricante. Si te lastimas, lo tiraré. ¿Entiendes?

—Sí.

Le cojo la barbilla, inclino su cabeza hacia arriba y le rozo el labio inferior con el pulgar.

—Ahora, vamos a quitarlo.

—No.

—Sí, Isabella. Cuando yo esté cerca, tendrás mi polla —exijo y empiezo a desabrocharme los pantalones—. Sobre la cama, por favor.

Desciendo sobre ella y saco el juguete. Sin él, deslizo mi verga en su interior. Jadea y gime mientras me entierro en su cuerpo.

En lugar de penetrarla con fuerza, la saco lentamente y luego la vuelvo meter, observando su rostro todo el tiempo y disfrutando de los sonidos de placer que salen de sus labios. Mi joven esposa, a la que he corrompido con mis perversidades. No sé qué sentía por ella antes, pero sé lo que siento ahora, al escucharla gemir mi nombre. Vuelvo a penetrarla, y se estremece debajo de mí, pero sigo entrando y saliendo, dejándola que disfrute del orgasmo, y no me permito correrme hasta que ella termina.

Cuando su cuerpo se queda sin fuerzas debajo de mí, inclino la cabeza para susurrarle al oído—: Estoy locamente *enamorado* de ti, Isabella. —
Entonces, choco mis labios contra los suyos.

Isabella

Lo observo mientras duerme, sus cejas pobladas, su boca que hace las cosas más pecaminosas, el cabello cayendo libremente sobre su rostro. *Mi Luca*. Me inclino hacia él, hundiendo mi cara en su cuello e inhalando su aroma.

Anoche me dijo que me amaba. Nunca me atreví a esperar que esas palabras salieran de sus labios. Siempre fue un sueño imposible. Y ahora que por fin escuché las palabras que tanto deseaba, en lugar de alegrarme, estoy aterrada. ¿Y si recupera la memoria? No creo que pudiera soportar que Luca volviera a ser el de antes. Sería aún peor que antes del accidente si se entera de que lo engañé para que creyera la farsa que monté.

Un brazo me rodea el torso y, de repente, me encuentro mirando a la pared con la espalda pegada al pecho de Luca.

—¿Qué te he dicho? ¿Cómo duermes? —pregunta susurrándome al oído.

—Con tu dedo dentro de mí —respondo mientras su dedo rodea mi clítoris y luego se desliza dentro de mí, haciéndome jadear.

—Si vuelvo a encontrarte acostada a mi lado de cualquier otra forma, habrá consecuencias, Isabella.

—¿Qué clase de consecuencias?

—Te voy a tener en la cama. —Su dedo sale y vuelve a entrar—. Todo el puto día —me pellizca el clítoris—, torturándote así, sin dejar que te corras.

Su dedo desaparece de mi interior y yo grito, agarrando su mano y presionándola sobre mi coño.

—Por favor, Luca.

—Por favor, ¿qué? ¿Qué necesitas?

—Tu miembro. Dentro de mí. —Aprieto las piernas, tratando de aliviar al menos parte del deseo que siento en mi interior.

Me gira, me sujeta la cintura con sus grandes manos y me coloca encima de su polla, con la punta rozándome la entrada. Intento hundirme en ella, pero me mantiene agarrada, negándome el placer.

—¿Tenemos un acuerdo, Isabella? ¿Sobre la forma de dormir?

—Sí. —Asiento con la cabeza, agarrándome a sus brazos—. Por favor. No aguanto más.

—¿Así está mejor? —cuestiona mientras me baja sobre su polla.

Respiro profundamente, maravillada al sentir cómo me llena por completo. Empiezo a girar mi cadera, intentando meter más de él en mí. La mano de Luca se posa donde nuestros cuerpos están unidos y me masajea el clítoris mientras bombea dentro de mí desde abajo. Ya estoy a punto de acabar cuando sus manos pasan por debajo de mi trasero y me levanta para volver a clavarme en su longitud. Se me escapa un grito cuando siento que mi orgasmo se acerca. Cierro los ojos. Me levanta de nuevo y arquea la espalda cuando su longitud invade mi núcleo. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. La presión en mi interior se dispara y me corro con otro grito.

Cuando me desplomo sobre su pecho, su verga sigue dura y respira con dificultad. Levanto la cabeza y arquea las cejas.

—¿Por qué no acabaste?

—Me gusta demasiado sentir mi polla dentro de ti —dice apretando los dientes.

—Luca . . . —Estiro mi mano y la coloco en su mejilla, intentando no reírme—. Te va a dar un infarto de tanto esfuerzo, amor.

—¡No! —brama—. Y no te atrevas a moverte. A duras penas estoy resistiéndome.

—¿Y cuánto tiempo planeas que permanezcamos así?

—Todo el tiempo que pueda controlarme. Joder, no te muevas, Isabella.

Está loco. No dejaré que se haga esto a sí mismo.

—Necesito decirte algo —agrego.

—¿Qué?

—Ayer, cuando fui con la estilista, me quité el *plug*.

Sus ojos se abren de par en par y sus manos aprietan mis nalgas.

—¿Hiciste qué? —gruñe—. ¿Durante cuánto tiempo?

—Dos horas.

Su respiración se acelera y me mira fijamente, con la nariz dilatada.

—¿Saliste de la casa sin nada que te recordara cómo se siente mi
polla?

—Sí.

En realidad, no. Lo había planeado. Quería ver si podía arreglármelas sin él durante tanto tiempo, pero apenas llegué al auto antes de que la necesidad fuera demasiada, y me apresuré a volver a la habitación. Si alguien me hubiera dicho antes que iba a utilizar juguetes sexuales, sobre todo de una forma tan extrema, habría pensado que estaban locos.

La vena de su cuello empieza a latir. Me rodea la cintura con el brazo y nos gira hasta que estoy boca arriba. Luego me coge las muñecas con la mano y me las sujeta por encima de la cabeza.

—Tú. —Me penetra de golpe—. Nunca. —Otra embestida—.
Nunca, maldita sea... —Gimo mientras mi sexo comienza a estremecerse de

nuevo alrededor de su polla. Debería haber sido demasiado pronto, no obstante, ver a Luca perder el control así me excita muchísimo—. Saldrás de casa sin él. —Otra embestida—. ¿Entendiste, Isabella?

—Sí, Luca.

Él gime mientras su orgasmo estalla cuando las palabras salen de mis labios, y yo me hago añicos.

Capítulo 22

Luca

—Gira aquí a la derecha —indica Isabella cuando llegamos al cruce—. Está ahí, justo al lado de la gran florería.

Sigo sus indicaciones y me estaciono frente al edificio con fachada de cristal. Incluso desde el exterior, se ve que el restaurante es de lujo. Cada auto del estacionamiento cuesta más de cien mil dólares. No puedo ver el interior porque el cristal es de espejo, sin embargo, sé que tiene acabados de madera negra y techos altos con extravagantes candelabros de hierro. En el centro hay un enorme espacio redondo con el techo abierto donde están puestas las mejores mesas. Sé todo eso sin recordar haberlo visitado alguna vez. He estado aquí *antes*.

Me ha llevado algún tiempo aceptar el concepto de *antes*. Los primeros días después del accidente, estaba seguro de que recuperaría la memoria. Cada vez que me despertaba, esperaba que los recuerdos me invadieran, convencido de que mi pérdida era temporal. Cuando Isabella y Damian empezaron a contarme detalles de mi vida, supuse que algunos de ellos activarían mi cerebro y provocarían una avalancha de recuerdos. Pero no fue así. Tampoco lo hizo volver a casa. Ver a mi hija era mi última oportunidad de que algo despertara mis recuerdos. Sin embargo, no hubo ninguna chispa. Ningún desencadenante de ningún tipo. Vi a la niña de cabello largo y negro correr hacia mis brazos y no sentí ni siquiera un indicio de reconocimiento. En el momento en que abracé a Rosa, decidí aceptar la situación tal como era. Dejé de darle vueltas a la posibilidad de

que mi memoria y mi antigua vida regresaran algún día. En cierto modo, decidí cortar por lo sano y enfocarme en el ahora. El *antes* se convirtió en una marca temporal.

—¿Alguna vez te traje aquí? —pregunto mientras ayudo a Isabella a salir del coche. Tiene puesto un vestido de seda azul marino adornado con encaje que le cubre la parte superior del cuerpo y se ensancha en la cintura. Lo elegí para ella. Sigo prefiriendo vestidos con faldas holgadas porque la idea de que otro hombre le mire el trasero me saca de quicio. Solo yo puedo mirar su bonito culo.

—*Nop*. —Se encoge de hombros—. Vine aquí una vez con Angelo.

—¿Angelo Scardoni?

—Sí. Estábamos algo así como comprometidos.

Le agarro la mano y la volteo para que me mire.

—¿Qué?

—Fue un acuerdo que mi padre arregló cuando yo tenía dieciocho años. No surgió nada de ello, como ya sabrás —explica y sonríe—. Pero tengo que decir que eres *sexy* cuando estás celoso.

—Entonces, ¿por qué te llevó a cenar?

—Porque quería salir con alguien, con la esperanza de que eso me curara de mi enamoramiento por ti, Luca. —Levanta su mano y toma mi barbilla entre sus dedos—. Te doy una pista. No fue así. Nada ni nadie consiguió que me interesara un hombre que no fueras tú.

—Es diez años más joven que yo —señalo entre dientes.

—Sin embargo, él no es *tú*. Siempre te he querido a ti. —Me aprieta la barbilla—. A ti. A nadie más.

La miro fijamente, luego la agarro por la cintura y la acerco a mi pecho. Después, la beso con fuerza.

Isabella

Sé que estamos jodidos en cuanto entramos al restaurante y mis ojos encuentran la mesa del centro donde está sentado Lorenzo. No está solo. A su lado hay un hombre de unos treinta años, de cabello rubio cenizo y gafas. Se levanta cuando nos ve acercarnos, con una gran sonrisa en el rostro. Davide Barbini. El sobrino de Lorenzo. Y uno de los amigos de Luca de la escuela.

Mi corazón estalla a un ritmo loco mientras mi cerebro trabaja a toda velocidad a la par que intento, y fracaso, idear una manera de sacarnos de este embrollo. Damian y yo nunca le informamos a Luca sobre sus amigos de la infancia porque ninguno de ellos tenía nada que ver con la *Cosa Nostra*. Ninguno, excepto Davide Barbini, que se mudó a Italia hace dos años y debería haberse quedado allí, ¡maldita sea!

No hay tiempo de advertir a Luca porque casi llegamos a su mesa. Se darían cuenta si intento decirle algo. Y no podemos darnos la vuelta e irnos. ¡Demonios! ¡Piensa!

Una distancia de quince pasos nos separa de nuestra perdición, y no se me ocurre nada. No hay forma de que Luca pueda lograr pasar toda la cena sin que se den cuenta. Diez pasos. Habrá bromas de la escuela y menciones de otros amigos de esa época. Estamos perdidos.

Seis pasos. El sonido de una risa aguda me llega desde nuestra derecha. Mi cabeza gira hacia un lado, mis ojos encuentran a una mujer rubia sentada en la mesa de la esquina, riéndose de algo que dijo una de sus amigas. Simona. Nunca habría pensado que ver a la ex de Luca me haría tan feliz. Podría besar a esa zorra ahora mismo. Dos pasos. Lorenzo se levanta de la silla. Es ahora o nunca.

Le suelto la mano a Luca, volteo bruscamente hacia él y empiezo a gritarle en la cara.

—¡Cómo pudiste!

Luca

Miro fijamente a Isabella, atónito. ¿Qué carajo?

—Lo hiciste a propósito, ¿verdad? —continúa—. ¡Pedirme que te acompañara, cuando sabías que *ella* estaría aquí!

Todos en el restaurante, incluidos Lorenzo y el rubio que está con él, se han quedado completamente mudos. No tengo ni la menor idea de quién es ese tipo.

—Isabella, cálmate —digo, intentando agarrar su mano. No sé qué la alteró tanto como para montar una escena con al menos sesenta personas mirándonos.

—¿Que me calme? —grita, señalando con un dedo a su izquierda—. Sé que me has estado engañando con tu ex, pero insistir en que vengamos al mismo restaurante donde sabías que ella estaría.

—¿Qué? —Miro hacia la mesa que está señalando y veo a Simona sentada allí, con la misma expresión de asombro que tienen todos los demás.

—¡Dejé pasar el incidente con la sirvienta! —Isabella sigue gritando, agitando las manos en el aire—. Pero esto... ¡esto es demasiado! No me quedaré aquí ni un segundo más.

¿Un incidente con una sirvienta? ¿De qué demonios está hablando? Ambos sabemos que es una tontería. Algo está pasando aquí. Por lo que sé

de Isabella, y creo que ya la conozco bastante bien, nunca haría el ridículo delante de la gente. No sin una *buena* razón.

—Isabella —pronuncio e intento rodearla con mi brazo, pero ella se aleja un paso.

—¡Vete a la mierda, Luca! —revira con desprecio y se dirige hacia la salida.

La veo marcharse y luego volteo hacia Lorenzo y el rubio. Ambos también están mirando a la puerta por la que acaba de salir Isabella.

—Parece que tienes un problema, Luca. —El rubio se ríe y me mira directamente justo cuando una sacudida de dolor me atraviesa el cerebro. No me preocupa el hecho de que sepa quién soy. En lugar de eso, les doy la espalda y me dirijo a la salida.

—Hablaemos mañana, Lorenzo —comunico por encima de mi hombro y salgo del restaurante, persiguiendo a mi esposa exhibicionista.

Encuentro a Isabella junto a nuestro auto, apoyada contra la puerta y con los ojos cerrados. Otra punzada me golpea mientras camino hacia donde está. Cuando llego hasta ella, le pongo las manos a ambos lados y la aprisiono contra el coche.

—Hiciste el ridículo ahí dentro, *Tesoro*. —Me inclino hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura.

—Lo sé —admite, manteniendo los ojos cerrados—. Y con Simona allí para presenciarlo, estoy segura de que toda la *Cosa Nostra* sabrá lo que pasó en menos de una hora.

—Fue por ese tipo que estaba con Lorenzo, ¿no?

—Davide Barbini. —Asiente con la cabeza—. Ustedes dos fueron juntos a la escuela. Si nos hubiéramos quedado, habría sido un desastre. Necesitábamos una salida.

—¿Así que hiciste el ridículo por mi culpa? —Levanto la mano y se la pongo en la nuca.

Isabella abre los ojos y me mira, sosteniéndome la mirada.

—No hay muchas cosas que no haría por ti, Luca. Ya deberías saberlo.

La observo durante unos instantes, grabando en todo mi ser sus ojos desafiantes y su barbilla obstinada, y luego estrello mi boca contra sus labios en un beso que me estremece el alma.

Capítulo 23

Luca

Ocurre de repente, mientras me abrocho la camisa la mañana del banquete.

Isabella está en el baño, duchándose. La desperté temprano deslizando mi polla dentro de ella mientras aún dormía. Con toda la gente llegando para hacer los preparativos para esta noche, estará ocupada todo el día, y no habrá tiempo para nosotros hasta bien entrada la madrugada. No hay forma de que pueda dejarla pasar todo el día sin tener mi verga dentro de ella.

Empieza con otra punzada aguda, pero esta vez el dolor no se disipa enseguida. Al contrario, me recorre las sienes en oleadas tan fuertes que tengo que sentarme en la cama. Cierro los ojos, esperando a que se me pase, pero el dolor sigue aumentando hasta que siento que la cabeza me va a estallar. Entonces, tan repentinamente como empezó, el dolor desaparece. Debería sentir alivio, sin embargo, no puedo moverme de la cama mientras intento ordenar el caos que se apodera de mi cerebro.

Cuando me permití considerar la posibilidad de recuperar la memoria, siempre supuse que sería un proceso gradual: recordar a una persona a la vez, o ciertos acontecimientos, de forma aleatoria. Nunca esperé que me golpeara como un mazo, pero así es como me siento. En un momento todo lo que recuerdo son los dos últimos meses de mi vida, y al siguiente, los últimos treinta y cinco años se materializan de la nada.

La puerta del baño se abre e Isabella sale corriendo, pegándose el teléfono a la oreja mientras se ajusta el vestido.

—Que pasen, bajo enseguida —habla al teléfono, y luego me mira—. La compañía de decoración llegó temprano, tengo que irme.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza, mirándola fijamente.

—¿Vas a la oficina?

—Sí.

—No llegues tarde a tu propia fiesta. —Apunta el teléfono en mi dirección—. Si termino temprano, puede que pase por tu oficina alrededor del mediodía.

Me levanto y cruzo la habitación. Cuando estoy frente a ella, tomo su cara entre mis manos y la observo fijamente.

—¿Luca? ¿Te pasa algo?

—No —contesto, sin romper el contacto visual—. ¿Por qué?

—Tienes una mirada muy extraña.

Su teléfono vuelve a sonar. Isabella suspira y levanta la cabeza para acercar sus labios a los míos.

—De verdad me tengo que ir —musita en mi boca.

La sigo con la mirada mientras se apresura a salir de la habitación: mi extraordinariamente brillante esposa, a la que tan erróneamente acusé de ser demasiado joven para tratar conmigo y mi tipo de trabajo. Dos meses. Durante dos malditos meses me guio mientras yo no tenía ni puta idea de quiénes eran todas las personas que me rodeaban. Se las arregló para engañar a toda la maldita Familia haciéndoles creer que no había nada malo con su esposo. O, al parecer, a todos menos a una persona.

Descuelgo mi chaqueta de la silla, tomo las llaves del auto y mi billetera, y me dirijo a la puerta. El banquete de esta noche será mucho más interesante de lo que imaginaba porque, además de mi vida, también

recuerdo la cara del hombre que intentó matarme, y probablemente estará aquí.

Sí, será una velada muy emocionante.

* * *

Tocan la puerta de la oficina e Isabella asoma la cabeza.

—¿Interrumpo?

—Te llamo luego, Franco —digo al teléfono y le hago un gesto para que entre. Se acerca a mi escritorio, se quita las gafas de sol y las coloca junto con su bolso sobre la superficie de madera. La estudio y me fijo en cómo su vestido gris se hunde en su escote, sin dejar nada a la imaginación —. No recuerdo haber aprobado ese atuendo para hoy.

—Porque no lo hiciste. —Se pone delante de mí, se agacha y empieza a desabrocharme los pantalones—. Así que vine a enmendar mi error.

Mi polla se endurece al instante.

—De acuerdo. Esta vez lo permitiré. Pero no volverás a hacerlo. ¿Está claro?

—Sí, Luca.

Mi verga se hincha aún más. Es increíble lo mucho que me excita cuando es obediente, porque sé que no tiene un solo hueso sumiso en su cuerpo. Isabella no es una mujer que dejaría que un hombre la controlara de ninguna manera, y, sin embargo, cumple mis órdenes. Lo que es todavía más excitante es saber que le gusta.

—Puedes continuar. —Me reclino en mi silla.

Isabella se arrodilla entre mis piernas, saca mi polla y acerca sus labios a la punta. La lame, luego se la lleva a la boca y empieza a chupar.

Me agarro fuertemente a los costados de la silla, intentando contenerme para no correrme en su boca de inmediato.

—¿Tienes puesto tu *plug*, Isabella?

Me lame lentamente, levanta la vista y sonrío.

—No.

—¿Por qué?

—Vine aquí con la intención de conseguir algo mejor dentro de mí.

—Desliza la mano por mi miembro y lo aprieta ligeramente—. También dejé mis bragas en casa.

Gruño y me agacho para agarrarla por la cintura y subirla a mi regazo, justo encima de mi verga dura como una roca. Gime cuando me deslizo dentro de ella, contoneando las caderas y absorbiéndome por completo.

Le toco el culo, la levanto y la deslizo lentamente hacia abajo mientras gime y se agarra a mis hombros. La sensación de Isabella en mi regazo, con mi polla dentro de ella, no tiene precio. Por desgracia, la posición no deja mucho espacio para maniobrar. Deslizo mi mano derecha sobre mi escritorio, empujando las carpetas y otras cosas de la parte superior.

—¡Luca! —grita, mirando los papeles tirados por el suelo.

Agarrándola por debajo de los muslos, me levanto de la silla y deposito su dulce trasero sobre mi escritorio. La *laptop* está abierta justo detrás de su espalda. Puede hacerse daño si se recuesta, así que la agarro y también la tiro al suelo.

—¿Te volviste completamente loco? —Me mira fijamente.

—Al contrario, *Tesoro*. —Le agarro las nalgas con mis manos y la arrastro hacia el borde del escritorio—. Cierra las piernas detrás de mí y agárrate.

En cuanto obedece, vuelvo a penetrarla. Me siento tan jodidamente bien cuando sus paredes se aferran a mi polla mientras me mira con esos magníficos ojos. No sé qué me gusta más: el cuerpo impresionantemente pecaminoso de Isabella, su espíritu inquebrantable y audaz, o su mente brillante. Estoy loco por todo lo que concierne a mi joven esposa.

Un maullido sale de sus labios cuando empiezo a penetrarla, y absorbo cada sonido mientras la destrozo. Cuando siento que sus paredes tiemblan alrededor de mi polla, dejo de contenerme y me dejo llevar, llenándola con mi semen.

Suena el teléfono de mi escritorio. De alguna manera se salvó del mismo destino que la *laptop* y las carpetas. Sigo sujetando a Isabella mientras vuelvo a sentarme en la silla y contesto el teléfono.

—Donato, estoy ocupado —contesto.

Isabella empieza a moverse, intentando levantarse, pero la rodeo con el brazo para mantenerla pegada a mi cuerpo. Me gusta sentir mi miembro dentro de ella.

—Hay un problema con la última entrega de armas —dice Donato—. Nos faltan dos cajas de granadas.

Me lame un costado del cuello. Luego, me muerde la mandíbula.

—Deduce la cantidad equivalente al costo de seis cajas, y envíale el dinero a Bogdan.

Me pone sus manos en el cabello. Besa la comisura de mis labios.

—¿Seis? —Percibo cómo Donato traga saliva—. ¿Y si surge algún problema?

Giro la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sonríe con picardía y pega sus labios a los míos.

—Recuérdale la última discusión que tuvimos él y yo —expreso en los labios de Isabella, tiro el teléfono sobre mi escritorio y le rodeo el cuello

con la mano.

—¿Qué te pondrás esta noche? —pregunto, deslizando mi mano hasta tocar su mandíbula.

—¿Sin restricciones? —Ella arquea las cejas.

—Sin restricciones. —Aprieto mis labios contra los suyos—. Pero solo por esta noche.

Sonríe, me rodea el cuello con los brazos y me quita la liga del pelo.

—Tenías razón, ¿sabes? Estoy *obsesionada* con tu cabello —admite y pasa sus dedos por los mechones—. Mi primer recuerdo tuyo es así. Aunque entonces estaba mojado.

—Lo sé, Isa.

Los dedos de Isabella se quedan quietos. *Carajo*. No pretendía que se me escapara. Pensaba decirle esta noche que lo recuerdo todo.

—Damian me dijo que te salvé, que te saqué de la piscina cuando tenías seis años —añado.

—Lo hiciste. —Sonríe—. Debería volver. Todavía tengo que revisar algunas cosas de último minuto y tengo que cambiarme.

—Asegúrate de que no sea algo demasiado revelador, o puede que cambie de opinión.

Sus labios se ensanchan más.

—¿Y si lo es?

Inclino su cabeza hacia un lado para susurrarle al oído:

—Habrá consecuencias, Isabella. Ya lo sabes.

—Sí.

—Bien. —Me inclino hacia adelante y presiono el botón del intercomunicador de mi teléfono del escritorio—. Magda, tráeme el listado de hoy.

—Enseguida, señor Rossi.

Isabella se mueve con la intención de bajarse de mi regazo, pero la rodeo con el brazo para que no se mueva.

—¿Luca? Tu secretaria vendrá en cualquier momento.

—Lo sé. —Le beso el hombro, le agarro las nalgas y la vuelvo a colocar sobre mi polla, de nuevo dura—. Y tú te quedarás donde estás. ¿Está claro, Isabella?

Se queda callada unos instantes y gira la cabeza para acercar sus labios a mi oreja.

—Sí, señor Rossi —susurra, y mi verga se endurece aún más—. ¿Tienes idea de lo mucho que me excita que me des órdenes? —Empieza a mover lentamente su pelvis hacia delante y luego hacia atrás.

Aprieto los dientes, intentando mantener la compostura, pero un gruñido logra salir de mis labios.

—Dímelo.

—Me moja tanto que estoy pensando seriamente en ponerme dos bragas si continuas. —Me muerde el lóbulo de la oreja—. ¿Sabes qué me moja aún más? —Jesucristo. No lo digas—. Cuando obedezco, Luca.

Exploto dentro de ella en el instante en que mi nombre sale de sus labios.

—Maldición.

Tocan la puerta y Magda entra con un montón de papeles en la mano, pero se detiene en seco. Su mirada pasa por la *laptop* tirada en el piso, los papeles desparramados, y finalmente se detiene en Isabella sentada en mi regazo. El escritorio la cubre un poco, pero no puede haber pasado por alto el vestido de Isabella subido hasta justo debajo de sus pechos.

—¿E...e...e... es un mal momento? —tartamudea.

Isabella se endereza sobre mi regazo y mira por encima de su hombro.

—En absoluto, Magda. Por favor, deja los papeles en el sofá.

Mi secretaria se apresura a dejar los papeles y sale del despacho en tiempo récord, cerrando la puerta de un golpe.

—Necesito dos minutos —digo entre dientes. No puedo creer que me haya venido sin esperarla. Como si fuera un adolescente.

—No hay tiempo. Tengo que volver a casa.

Le aprieto el trasero.

—No saldrás de esta oficina con un orgasmo menos que yo. —
Sujetándola por debajo de su trasero, me levanto y la llevo al baño, donde nos limpio, y luego la cargo de vuelta. La dejo sobre el escritorio, me siento en mi silla y coloco mis manos detrás de sus rodillas—. Recuéstate.

—¿Y si alguien entra?

—Se darán la vuelta y se irán. —La miro fijamente—. Recuéstate.
Abre las piernas.

—Si usted lo dice, señor Rossi. —Sonríe y baja su espalda sobre el escritorio.

Isabella

Me abrocho el último botón de la nuca y me miro en el espejo. El material *beige* del vestido me abraza el cuerpo desde el escote alto hasta ligeramente por debajo de las rodillas, acentuando mis curvas. Me giro y me miro de perfil, y luego de espaldas, concentrándome en mis caderas. La prenda moldeadora que me puse bajo el vestido hace maravillas. Mi trasero parece al menos dos tallas más pequeño. Puede que incluso tres.

Cuando me vestí por primera vez para esta noche, me arrepentí de haber dejado que Luca me convenciera para recuperar el peso que había

perdido. Me dejé llevar y, en lugar de engordar únicamente los cuatro kilos y medio, engordé siete más. No fue tan difícil, simplemente dejé de contar las calorías tan rigurosamente como suelo hacerlo. Ojalá no lo hubiera hecho. Lo más gracioso es que sigo usando la misma talla de camiseta. Todo ese peso extra, y mis pechos se rellenaron muy poco. Todo lo demás acabó en la parte inferior de mi cuerpo, algo en mis muslos, pero sobre todo en mis caderas y trasero. Tal y como yo temía.

No me sentía insegura de mi cuerpo hasta el momento en que me vi en el espejo con este vestido. Mis ojos se clavaron en mi trasero, haciéndome pensar en una paciente cuya operación de implante de glúteos había salido terriblemente mal. Al principio estuve a punto de quitarme el vestido, pensando en ponerme algo menos ajustado. Pero entonces recordé la faja que me compré en un arrebato. Es muy ajustada y bastante incómoda, sin embargo, no me importa. Quizá debería empezar a ponérmela todos los días, al menos hasta que consiga perder un par de centímetros alrededor de las caderas.

Es por genética. Mi madre tiene la misma forma de pera: la parte superior del cuerpo estrecha y un trasero más grande. La abuela era igual. Pero yo parezco haber acabado con la parte baja mejor dotada. Gracias a Dios, Luca normalmente prefiere que me ponga vestidos. Eso me permite ocultar el tamaño que ha alcanzado mi trasero. Dudo que lo haya notado cuando intimamos. Los hombres no suelen notar ese tipo de cosas durante el sexo.

Me viene a la mente la imagen de Simona. Es mucho más alta que yo, pero no creo que, ni siquiera a mis quince años, hubiera sido capaz de ponerme los pantalones de su talla actual. Luca sigue diciendo que le gusta mi cuerpo, y no creo que esté mintiendo, aunque incluso así. . . Debió

sentirse atraído por su exmujer si eligió estar con ella. Si le atraía su cuerpo, ¿cómo puede gustarle el mío, que es totalmente opuesto?

Suficiente. Ahora no es el momento para inseguridades cuando hay cerca de cincuenta personas llegando en poco tiempo y esperando que todo sea perfecto. Quizá debería revisar la lista de invitados una vez más, solo para asegurarme de que no se me ha olvidado nadie de quien deba informarle a Luca. Me paso la mano por el cabello, lo he dejado suelto, compruebo mi reflejo en el espejo una última vez para asegurarme de que no se ven las líneas de la faja y salgo del baño.

Luca está sentado en el sillón del lado opuesto de la habitación, escribiendo en su teléfono. Cuando entro, levanta la cabeza y me mira.

—Eres la cosa más hermosa que he visto en mi vida —elogia con una sonrisa de satisfacción en sus labios, luego baja la mirada, pero se detiene a mitad de camino—. Date la vuelta.

Levanto las cejas, pero me doy la vuelta lentamente. Cuando vuelvo a mirarlo, ya no está sonriendo.

—¿Estás a dieta otra vez, Isabella?

—No. ¿Por qué?

—Tu trasero se ve más pequeño.

Así que lo notó.

—Tengo puesta una faja debajo del vestido —explico—. ¿Te gusta?

—¿Faja? —Frunce el ceño—. ¿Qué carajos es eso?

—Se pone debajo de la ropa para que el cuerpo parezca más delgado. —Vuelvo a pasar mis manos por las piernas, revisando si se ven las costuras—. Es jodidamente apretada, aunque funciona de maravilla.

La nariz de Luca se dilata y sus ojos se entrecierran.

—Quítate esa mierda.

—¿Qué?

—Ahora, Isabella.

Aprieto los dientes, me subo el vestido hasta la cintura y me quito el *short* reductor que tenía debajo. Tirándolo a un lado, me vuelvo a enderezar el vestido.

—Ya está. ¿Satisfecho? —digo bruscamente. No dice nada, solo me mira. Quizá no le gusta la idea de la faja—. Solo pensaba ponérmela hasta que volviera a mi peso anterior, ¿está bien?

Luca sigue sin decir nada. El material elástico del vestido se me pega al cuerpo, mostrando todo el peso que he aumentado. Espero a que me diga que vuelva a ponerme la faja cuando, de repente, se levanta del sillón reclinable y, dejando el teléfono, se dirige hacia mí. ¿Está enfadado conmigo? No puede estar enfadado porque engordé, ¿cierto? La expresión de su rostro es realmente extraña. Doy un paso atrás, luego unos cuantos más hasta que acabo de nuevo en el baño, con Luca siguiéndome al interior. Agacha la cabeza, su aliento me roza la mejilla, se lleva las manos al cinturón y empieza a desabrochárselo. Observo con los ojos muy abiertos cómo se desabotona los pantalones y se saca la polla, que ya está completamente erecta.

—Date la vuelta —ordena. Le doy la espalda, algo desconcertada, y siento sus manos posarse en mi trasero—. Dios. —Jadea—. Podría correrme con tan solo mirarte.

—Te . . . ¿te gusta?

—Oh, *Tesoro*. —Me agarra de la cintura y me aprieta contra su cuerpo—. ¿Por qué te pusiste esa porquería que te hace ver más delgada?

—Yo. . . mi trasero es enorme, y este vestido es muy ajustado. Lo enseña todo. Pensé que no te parecería atractivo.

—*Hmm*. ¿Quieres que te demuestre lo que pienso de tu cuerpo? —Inclina la cabeza para susurrarme al oído—. ¿Para asegurarnos de que no

haya malentendidos?

—¿De acuerdo?

—Da un paso adelante para que pueda verte mejor. —Mueve sus manos de mis nalgas a mis caderas—. Levanta un poco el trasero. — Cuando hago lo que me dice, respira profundamente—. Joder, es tan perfecto.

Sus manos abandonan mis caderas y escucho un gemido detrás de mí. Miro al espejo y nuestras miradas se encuentran. Su brazo derecho se mueve frenéticamente y me doy cuenta de que se está masturbando viendo mi trasero. Tuerce la cara, como si le doliera, pero luego su mirada se vuelve euforia pura mientras se corre. Me doy la vuelta y veo a Luca con la polla en la mano, llena de semen en los dedos. Coge una de las toallas, se limpia y se abrocha los pantalones.

—¿Que me corra simplemente por verte el trasero te aclara las cosas, *Tesoro*? —Asiento con la cabeza, algo sorprendida—. Bien. ¿Tienes puesto tu juguete? —Desliza la mano por debajo de mi vestido y presiona su mano sobre mis bragas, acariciándome el coño.

—Sabes que sí.

—Perfecto. Entonces vayamos abajo.

Capítulo 24

Luca

Isabella toma un vaso del mesero y se inclina hacia mí.

—Emiliano Caruso —murmura—. Damian me dijo que ustedes dos trabajaron juntos en algún proyecto en enero, pero no tiene más detalles. Emiliano lleva años intentando ascender en la jerarquía. Quiere el puesto de Donato, sin embargo, mi abuelo no se lo permitió. Fue el principal sospechoso en un caso de peleas ilegales de perros hace unos años, y *Nonno* no quería a nadie que hubiera estado en el radar de la policía.

Asiento con la cabeza, recorro la espalda de Isabella con mi mano y le doy un beso en la parte superior de la cabeza. Llevamos casi dos horas charlando. Me ha estado dando detalles de cada invitado a medida que llegaban, y yo la he dejado, aunque ya no es necesario. No estoy seguro de por qué no le dije esta mañana que había recuperado la memoria. Quizá porque quería verla en acción esta noche. Es increíble la cantidad de información que guarda en su cerebro. En los últimos dos días, me ha puesto al corriente sobre cada miembro de la Familia que se espera que asista al banquete, sus funciones, sus familiares y sus trapitos sucios. La gente se escandalizaría si supiera cuántos detalles de sus vidas están almacenados en la bonita cabeza de Isabella.

—¿Por qué enviaste a Rosa a casa de su amiga esta noche? —pregunta Isabella—. Estaba muy emocionada con la fiesta, sobre todo con el pastel.

—No la quería aquí en caso de que pasara algo malo —replico.

—Es una fiesta, Luca. Tenemos mucha seguridad. Nada malo va a pasar.

La miro y rozo la línea de su barbilla con mi pulgar mientras mis labios se curvan en una sonrisa.

—Ya veremos.

Los ojos de Isabella se abren de par en par.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

Varios gritos de entusiasmo provienen del otro lado de la habitación, y ambos miramos hacia la conmoción cerca de la puerta.

—¡Mierda! —Isabella me agarra la mano y me la aprieta—. ¿Qué diablos hace Davide Barbini aquí? No estaba en la lista de invitados, y les prohibí estrictamente a los chicos de la puerta que dejaran entrar a cualquiera que no estuviera en ella.

—Parece que Lorenzo lo trajo —señalo y observo a mi jefe de pie junto a su sobrino mientras la gente se reúne para charlar con el recién llegado.

—Sigo sin entender qué demonios hace Davide en Chicago —musita.

—Sí, es muy interesante, ¿no crees? —Sonrío y le tomo la mano—. Vamos a saludarlo.

—¡Qué! —grita en un susurro—. Damian solamente pudo compartir algo de información general sobre él. ¿Y si menciona algo que ocurrió cuando ambos estudiaron juntos?

—Improvisaré.

—¿Improvisarás? —suelta—. ¿Estás loco?

Me detengo, la volteo hacia mí y le levanto la barbilla con el dedo.

—Confía en mí, *Tesoro* —pido y le doy un beso en sus labios.

El grupo con Lorenzo y Davide se ha movido al centro de la sala, donde se han colocado más de una docena de mesas redondas. Mientras caminamos en su dirección, echo un vistazo a la esquina donde está Marco y, cuando nuestras miradas se cruzan, le hago un discreto gesto con la cabeza. Él inclina la cabeza, hablando por el auricular, y en mi vista lateral, Emilio cierra la puerta principal y la bloquea con su cuerpo.

Para cuando llegamos al centro de la sala, dos de mis hombres de seguridad están colocados en cada punto de salida. Tal y como les ordené. Puede que sea exagerado, ya que se trata de un evento en el que no se permiten armas, sin embargo, no quiero arriesgarme.

—Davide —lo saludo y abrazo—. Siento mucho que no tuviéramos la oportunidad de charlar el otro día. Vamos a comer y nos cuentas sobre tu vida en Italia. —Abre la boca para decir algo, pero le presiono el hombro hasta que se sienta en la silla—. Puedes unirme a nosotros, Lorenzo. —Volteo hacia mi subjefe—. Si mal no recuerdo, dijiste que tenías algo importante que discutir.

Lorenzo sonríe y toma asiento junto a Davide. La rápida mirada calculadora que intercambian los dos no pasa desapercibida por mí. Isabella no dice una palabra, solo sigue apretándome la mano y no la suelta ni siquiera cuando damos la vuelta a la mesa y tomamos asiento frente a ellos.

—Me enteré de que tuviste un accidente hace dos meses —dice Davide—. Espero que no fuera nada grave.

—En absoluto. Una contusión leve. Algunas quemaduras y raspones.

—Siempre fuiste un cabeza dura, Luca. —Sonríe—. ¿Recuerdas aquella vez que robamos el coche de tu padre y nos dirigimos a casa de Luigi? ¿Cuando chocamos ni siquiera a más de un kilómetro después de salir de la propiedad?

La mano de Isabella aprieta la mía bajo la mesa y noto que le tiemblan los dedos. Me reclino en la silla y ladeo la cabeza, mirando a Davide, luego dirijo mi mirada a Lorenzo. Me mira con un brillo maligno en sus ojos y una sonrisa de satisfacción apenas visible en los labios. Sí, parece que tenía razón en lo que suponía.

—¿No te acuerdas? —continúa Davide, pero yo sigo observando a Lorenzo, cuya sonrisa es cada vez más grande.

Isabella

Estamos totalmente jodidos.

Mantengo los ojos pegados a la mesa que tengo frente a mí, intentando pensar en una forma de salir de este embrollo. ¿Por qué no dice que sí lo recuerda y acaba con esto? Después puedo intentar cambiar el rumbo de la conversación.

—No puedo decir que lo recuerde, Davide —expresa Luca a mi lado, y mi cabeza se levanta de golpe.

¿Por qué lo confesó? Dirijo mi mirada a Lorenzo y lo encuentro sonriendo. No parece sorprendido por la respuesta de Luca. De hecho, parece... emocionado. Al darme cuenta de lo que está pasando, aprieto la mano de Luca con todas mis fuerzas. ¿Cómo diablos se enteró Lorenzo de la pérdida de memoria de Luca?

—¿Cómo es posible que no te acuerdes? —Presiona Davide.

—Porque nunca ocurrió, Davide —responde Luca con voz fría. Mi cuerpo se pone rígido. ¿Cómo puede saberlo? ¿Le habló Damian de eso?—. Esa es la historia que nos contó Philip mientras jugábamos a las cartas en su casa —continúa mi marido—. Fue el verano después del primer año, si mal no recuerdo. Los buenos tiempos.

Experimento una extraña sensación de que me desplomo y el pánico se apodera de mí. Dios mío, *lo recuerda*.

No me atrevo a mirar a Luca, no soportaría ver el rencor en su rostro. Probablemente ahora me odia. Se acabó. Aprieto los labios, contengo las lágrimas que amenazan con salir e intento soltar su mano. El agarre que ejerce sobre mis dedos se hace cada vez más fuerte. Respiro profundamente y, de algún modo, reúno el valor para mirarlo, no obstante, en lugar de la mirada llena de ira que esperaba encontrar, veo una sonrisa de complicidad que se dibuja en sus labios. Levanta su mano hacia mi cara y me limpia una lágrima con su pulgar. Mis ojos se abren de par en par cuando se inclina hacia adelante para besarme rápidamente y luego se dirige a Davide.

—Me pregunto, Davide —agrega—, ¿qué te prometieron a cambio de sacarme de aquella carretera?

Davide mira fijamente a Luca, con el rostro cada vez más pálido. Una silla rechina y, al instante, Davide se lanza hacia la puerta más cercana. Marco lo atrapa a medio camino.

La habitación se ha quedado completamente en silencio.

—Jefe. —Marco voltea hacia Luca—. ¿Dónde lo ponemos?

—En la cocina —responde Luca—. Allí tenemos el piso de losetas, es más fácil limpiar la sangre.

Marco asiente y empieza a arrastrar a Davide hacia la puerta del lado opuesto de la habitación. La mayoría de los invitados estaban a mitad de la cena, pero ahora todos han dejado de comer y decenas de ojos miran a Davide, que se retuerce y grita mientras intenta liberarse. Marco le da un golpe en la espalda y luego sigue arrastrándolo en dirección a la cocina.

La puerta de la izquierda se abre de golpe y entran tres hombres, seguidos de Emilio y Tony. No reconozco a los primeros dos, pero el que

sigue es uno de los guardaespaldas de Lorenzo. Tienen las manos atadas a la espalda y moretones por toda la cara. Emilio empuja a uno de ellos con su pistola, y el tipo se tambalea. Desvío la mirada hacia Lorenzo, que está sentado rígidamente en su silla, mirando a los hombres atados.

—A la cocina también. Me ocuparé de ellos más tarde. —Luca cruza los brazos sobre el pecho y se dirige a Lorenzo—. Tengo curiosidad de saber, ¿qué le prometiste a Davide? ¿Un puesto de capo cuando te hagas cargo de la Familia después de que yo desaparezca? ¿Era ese el plan?

—No sé de qué me hablas —murmura Lorenzo.

—¿No? —Luca sonríe y se inclina hacia la cara de Lorenzo—. Había una cosa que no dejaba de inquietarme. ¿Por qué no lo volviste a intentar? Y entonces se me ocurrió. Sabías que no recordaba nada. Dime, ¿qué me delató?

Lorenzo lo observa durante un par de segundos y luego aprieta los dientes.

—Encontré al médico que te atendió cuando ingresaste al hospital.

—Pero necesitabas estar seguro, ¿no? Antes de revelárselo a la Familia. Así que trajiste a Davide contigo a la comida de ayer para ver cómo reaccionaba. Y cuando eso falló, lo trajiste aquí. Siento mucho haber arruinado tu plan.

—¡Tomaste mi lugar! —grita Lorenzo con desprecio—. ¡Era mío! Me pasé décadas lamiéndole el culo a Giuseppe, ¡y luego tú llegaste, te casaste con esta zorra y lo jodiste todo!

Alguien jadea en una mesa cercana, pero aparte de eso, la habitación permanece en un silencio espeluznante.

Luca salta de la silla, agarra a Lorenzo por el cabello y golpea su cara contra la mesa. Los platos y los cubiertos resuenan por la fuerza del golpe. Lorenzo se retuerce, agarra la mano de Luca e intenta zafarse, pero

mi marido vuelve a estampar su cara contra la mesa. Una y otra vez. La loza choca y resuena cada vez. Dos de los platos y varios vasos acaban cayendo al piso, la vajilla de porcelana y la cristalería se hacen añicos en la sinfonía de brutalidad.

Los jadeos y murmullos entre los invitados continúan mientras mi esposo hace todo lo posible por darle una paliza a Barbini. Finalmente, Luca levanta a Lorenzo, aún sujetándolo por el cabello.

—Pídele perdón a mi esposa.

Me recuesto en la silla y miro la cara ensangrentada de Lorenzo. Levanta la mirada y escupe hacia mí, ensuciando el mantel blanco con su saliva ensangrentada.

Las miradas de los presentes se dirigen a Luca y Lorenzo, a la espera de lo que sucederá a continuación.

—¿Sabes?, no me molesta que intentaras matarme —continúa Luca, y baja la mirada a la mesa—. Así son los negocios. Lo intentaste. Fallaste. Te pego un tiro en la cabeza y todos volvemos a nuestras vidas felices. — Toma un sacacorchos de la mesa y se acerca a Lorenzo—. Sin embargo, ¡nadie le falta al respeto a mi mujer, Lorenzo! —brama Luca, y luego mira a Marco y Emilio, que están detrás del subjefe—. Sujétenlo.

Los hombres de Luca inmovilizan a Lorenzo, manteniéndolo en la silla. Mientras observo, mi esposo clava el sacacorchos en un lado del cuello de Lorenzo, justo debajo de la oreja. Este grita e intenta levantarse del asiento, no obstante, Marco y Emilio vuelven a empujarlo y lo sujetan mientras mi marido le arranca el sacacorchos. La sangre brota de la herida, empapando la parte delantera de la camisa de Luca, así como las manos de Marco. Varios invitados gritan.

—¿Escuché una disculpa? —Luca agacha la cabeza como si quisiera oír lo que dice Lorenzo, pero los únicos sonidos que salen de la boca de

Barbini son ahogados—. *Nop*, no creo que haya sido una disculpa — expresa y vuelve a clavar el sacacorchos en el cuello de Lorenzo, esta vez de frente.

Cierro los ojos, incapaz de seguir viendo el baño de sangre. Pero no puedo dejar de escuchar los quejidos. Los sonidos de asfixia. Trago bilis.

Un minuto después, más o menos, los ahogos cesan y me obligo a abrir los ojos. Luca está de pie frente a Lorenzo, con el sacacorchos en la mano. Tiene el brazo derecho cubierto de sangre. La frente también. Dirijo mi mirada hacia Lorenzo, o en realidad hacia su cuerpo, y jadeo. Tiene una larga línea roja alrededor del cuello, sangre que emana de al menos una docena de heridas punzantes y le baja por el torso. Al ver tanta sangre, siento cómo la bilis me invade la garganta. Aprieto los dientes, respiro profundamente y me obligo a permanecer inmóvil. No pienso desmayarme con toda la Familia mirando.

Luca se da la vuelta, me clava la mirada y tira el sacacorchos ensangrentado sobre la mesa. Lo sigo con la mirada mientras recorre la distancia que nos separa en unos largos pasos y se pone delante de mí mientras todos lo observan fijamente.

—Siento haber arruinado tu fiesta, *Tesoro*. —Parpadeo mirándolo. ¿Debería decir algo?—. Vamos arriba. —Me toma de la mano con la que no tiene sangre y me lleva hacia el vestíbulo y luego sube los dos tramos de escaleras.

Cuando llegamos a la habitación, Luca se dirige directamente a la ducha. Camino hacia la cama, me siento en el borde y espero, con los ojos pegados a la puerta del baño. Acabo de presenciar cómo masacraban a un hombre frente a mí, pero en lugar de procesar eso, estoy aterrada porque Luca, obviamente, lo recuerda todo.

¿Qué pasará ahora? ¿Me echará? ¿Se divorciará de mí? No creo que pueda vivir en la misma casa con él si vuelve a ser el de antes, no obstante, solo de pensar en no estar cerca de él me dan ganas de gritar. El sonido del agua se detiene y contengo la respiración.

La puerta del baño se abre y Luca sale desnudo. Tiene el cabello mojado y le cae a ambos lados de la cara, igual que en mi primer recuerdo de él. Me levanto y lo miro acercarse, esperando. Cuando está frente a mí, levanta la mano, me agarra la barbilla y me levanta la cabeza.

—Siento haberte mentido —susurro.

Él inclina la cabeza hasta que nuestras narices quedan a un suspiro de distancia.

—¿Sobre qué?

—Sobre que estás enamorado de mí —confieso.

Las comisuras de los labios de Luca se curvan.

—Pero no mentiste, Isabella. —Su mano abandona mi barbilla y desciende por mi cuello y mi pecho hasta rodearme la cintura y llegar a la parte baja de mi espalda—. Verás, ya estaba loco por ti, mucho antes del accidente. —Se me corta la respiración. Abro la boca para decir algo, pero no sale nada—. Lamento mucho haber sido un imbécil, Isa. Por haberte rechazado, incluso después de enamorarme de ti. —El brazo que me rodea me aprieta contra su cuerpo—. Tenía miedo de que fueras demasiado joven.

—Te equivocaste —señalo, mientras lágrimas de felicidad se acumulan en las esquinas de mis ojos. Nunca me atreví a esperar que esas palabras salieran de sus labios.

—Lo sé. —Aprieta sus labios contra los míos—. ¿Me dejarás demostrarte cuánto lo siento?

—Tal vez.

Los ojos de Luca se encienden.

—¿Tal vez?

Levanto los brazos para rozar con los dedos sus mechones húmedos y lo miro directamente a los ojos.

—Vas a follarme. Primero con la boca. Luego con la mano. Y finalmente, con tu polla.

—De acuerdo.

—Pero, Luca . . . —Aprieto su cabello—. No puedes correrte hasta que me tengas absolutamente saciada.

Una sonrisa perversa se dibuja en sus labios y, al instante siguiente, me encuentro tumbada en la cama.

—Creo que nunca te dije —declara mientras se arrastra sobre mi cuerpo—, lo enamorado que estoy de tu mente maestra.

—¿Solo de mi mente? —pregunto, y jadeo cuando un sonido desgarrador llena la habitación—. ¡Por el amor de Dios, Luca! Deja de destrozar mi ropa.

—Destruiré todo lo que se interponga entre tu cuerpo y yo. —Me besa en el cuello y luego baja la boca por la clavícula y el pecho hasta llegar a mis senos. Agarro el sostén por detrás y lo desabrocho rápidamente para que no acabe destrozado.

Las enormes manos de Luca acarician mis pechos, apretándolos ligeramente.

—Me encantan tus lindas tetas. —Me muerde la izquierda y luego la derecha—. Así como el resto de tu cuerpo. —Me besa el estómago—. Y tu pequeño coño codicioso.

Agarra mis bragas por la parte superior y, un instante después, un montón de encaje *beige* desgarrado cae al suelo. Me aferro a su cabello, jadeando, mientras él retira lentamente el juguete. Un gemido sale de mis labios cuando hunde su cara entre mis piernas y me chupa el clítoris.

—Cambié de opinión, necesito tu polla, ahora —me quejo. La necesidad de tenerla dentro de mí me está volviendo loca. Luca me agarra las piernas y se las echa por encima de los hombros.

—Todavía no. —Su lengua se desliza entre mis pliegues y me estremezco.

Luca lame mi sexo, pasando de lamerlo a chuparlo como si fuera un helado, y la presión entre mis piernas aumenta hasta que siento que voy a derretirme por dentro. Arqueo la espalda y jalo los largos mechones oscuros entre mis dedos, empujando aún más su cabeza hacia abajo. Mi cuerpo comienza a estremecerse cuando empieza a deslizar lentamente un dedo en mi interior. Me corro antes de que haya llegado a la mitad.

—Incluso sabes a puta vainilla, Isa —dice Luca mientras me lame toda la humedad, luego baja mis piernas y se coloca sobre mí. Su dedo sigue dentro de mí, bombeando adentro y afuera, ordeñándome aún más.

—Entonces, ¿no estás enojado porque te mentí? —susurro contra sus labios.

—No estabas mintiendo. Ya te lo dije. —Añade otro dedo, empujando más profundamente—. Me enamoré de ti mucho antes de perder la memoria, *Tesoro*. Por tu personalidad obstinada. Por la manera en que te mantenías firme y te enfrentabas a mí cada vez que me comportaba como un idiota.

—Sí, lo hacías muy a menudo. —Agarro su brazo ancho y monto sus dedos.

—Lo siento. —Me da un mordisco en la barbilla y otro en el costado de mi cuello—. A partir de ahora, te prometo que te trataré como debería haberlo hecho desde el principio.

—¿Y cómo sería eso?

Sus dedos se detienen un momento, pero luego los mete dentro con tanta fuerza que jadeo.

—Como una maldita reina, Isabella.

Sus palabras. Sus dedos. *Él*. Es demasiado.

Me corro de nuevo, con lágrimas en los ojos y una amplia sonrisa en mis labios.

Luca me rodea con el brazo y me da la vuelta hasta que estoy boca abajo.

—Y ahora voy a follarte como se debe. Con tu magnífico y noble trasero a la vista todo el tiempo. —Me agarra de la cadera, me levanta la pelvis y me penetra.

Me aferro a la cabecera y me sostengo con todas mis fuerzas mientras Luca arremete por detrás, intentando sincronizar mi respiración con su ritmo. *Él*, dentro... Respiro profundamente. Exhalo cuando se desliza. Creo que no estoy respirando lo suficiente, porque me siento mareada. Puede que se deba a la falta de oxígeno o quizá a que voy a correrme por tercera vez en menos de diez minutos y a mi cuerpo le cuesta procesarlo. La mano de mi marido se mueve entre mis piernas y sus dedos encuentran mi clítoris. Me bombea de nuevo, presionando mi clítoris al mismo tiempo, y unas estrellas blancas estallan detrás de mis párpados. Grito al venirme, los sonidos se mezclan con sus gemidos al explotar dentro de mí.

* * *

Noto un beso en la base mi cuello, y luego otro.

—¿Estás dormida?

Abro los ojos y lanzo una mirada por encima de mi hombro.

—Sí. Y estoy medio muerta, así que puedes olvidarte de eso.

Ha pasado una hora desde que me destrozó de la mejor manera posible, y todavía no me atrevo a moverme.

—¿Estás segura? —Me mete aún más el dedo.

—Sí, estoy...

¡BANG!

Me quedo paralizada.

—¿Eso fue un disparo?

—Eso parece. —Luca acerca sus labios a mi hombro.

—¿No irás a ver qué está pasando?

—Tenemos más de cuarenta guardias de seguridad en la propiedad en este momento. Que se ganen sus sueldos.

Suena otro disparo en algún lugar del jardín y luego el sonido de un hombre gritando llega hasta nosotros a través de la ventana.

—¡Pedazo de mierda! ¡Te voy a matar, carajo!

Miro a Luca.

—Ese parece ser Franco.

—¡Jesucristo, maldita sea! —Sacude la cabeza, busca su teléfono y llama a alguien—. Marco, ¿mi hermano sigue vivo?

—Lo estaba hace dos minutos, cuando salió corriendo de la casa solo con sus pantalones. Desabrochados —informa al otro lado de la línea la voz de Marco—. El señor Conti lo encontró con la señorita Arianna en la biblioteca.

—*Perfecto*. ¿Debería bajar?

—Creo que sería una buena idea, jefe.

Luca termina la llamada y me mira.

—Voy abajo a ocuparme de Franco y a echar al resto de los invitados de nuestra casa. Esperaba que se fueran después de la matanza.

—¿Bromeas? Será la principal fuente de habladurías durante los próximos seis meses.

Desliza su mano hasta mi trasero y me aprieta la nalga.

—Volveré en veinte minutos. Entonces continuaremos.

—Por supuesto, Luca. —Sonrío.

Sus ojos se encienden y agacha la cabeza hasta que sus labios tocan los míos.

—Te amo, mi bella y astuta Isa.

Epílogo

Cuatro años después

Luca

Suena el teléfono que tengo en la mesa de noche. Dejo la carpeta que tengo en la mano y agarro el aparato con mi mano izquierda, ya que con la derecha tengo apretado el coño de Isabella con mi dedo adentro. Y a menos que haya un incendio o algo parecido, no pienso sacarlo. Miro la pantalla con el nombre de la persona que me está llamando y frunzo el ceño.

—¿Quién es? —murmura Isabella somnolienta.

—Salvatore Ajello —digo y contesto la llamada—. ¿Sí?

—Señor Rossi. Puede que tengamos un problema.

—¿Algo relacionado con el último proyecto de construcción?

—No. Se trata de un asunto personal —dice—. Hay algo suyo aquí.

Algo que no debería estar en mi ciudad, señor Rossi.

Maldita sea. Si alguien de nuestra Familia estuvo lo suficientemente loco como para entrar en la región de New York sin permiso, está muerto, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—¿Quién? —pregunto.

Hay unos cuantos instantes de silencio antes de que por fin responda:

—Milene Scardoni.

FIN

Estimado lector

Muchas gracias por leer la historia de Isabella y Luca. Espero que te animes a dejar una reseña para que los demás lectores sepan qué te pareció *Secretos Destruídos*. Aunque solo sea una frase, es una gran ayuda. Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y a otros lectores a encontrar nuevos libros que les encanten.

Página Amazon de ***Secretos Destruídos***:

Amazon. com – [haz clic aquí](#)

Amazon. es – [haz clic aquí](#)

Amazon. mx – [haz clic aquí](#)

El siguiente libro de la serie es ***Caricias Robadas***, que trata sobre el famoso Salvatore Ajello (el Don de la organización de la *Cosa Nostra* en New York) y Milene (la hermana de Bianca, que se introdujo en el segundo libro, *Susurros Rotos*). Se trata de una historia de matrimonio arreglado, de enemigos a amantes con diferencias de edad (Salvatore tiene 35 años, Milene 22). Si quieres preordenarlo, aquí están los enlaces:

Página Amazon de ***Caricias Robadas***:

Amazon. com – [haz clic aquí](#)

Amazon. es – [haz clic aquí](#)

Amazon. mx – [haz clic aquí](#)

Si quieres recibir todas las noticias sobre mi serie *Perfecta imperfección*, escenas extra y ofertas, suscríbete a mi **boletín de noticias** ([haz clic aquí](#)). Prometo que no recibirás *spam*. O únete a mi grupo de lectores en FB “Neva Altaj’s Perfectly Imperfect Readers” ([haz clic aquí](#)).

Próximo en la serie

Caricias Robadas

Milene

Reglas,
las conozco,
pero no las seguí.

Me mudé a su ciudad, a su territorio, sin su aprobación.
Y ahora, es tiempo de que pague el precio.
Casarme con el frío y calculador Don de la *Cosa Nostra*,
con el hombre al que casi nadie ha visto o podrían reconocer,
y estar atada a la mafia para siempre.

Pero cuando viene a buscarme,
me doy cuenta de que esta no es la primera vez que nos hemos visto.

Salvatore

Ya nada me sorprende.
He visto y hecho demasiado.
Hasta *ella*.

Ella es una anomalía,
viviendo en la pobreza,
en *mi* ciudad,
sin *mi* aprobación.

Me siento atraído por ella en formas que nunca imaginé.

Ella me enciende y me intriga.

Quiero más que caricias robadas.

Lo quiero todo.

Y lo que Salvatore Ajello quiere, lo toma.

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj

* * *

FB Reader Group “Neva Altaj’s Perfectly Imperfect Readers” ([click here](#))

Newsletter ([click here](#))

Bonus Scenes ([click here](#))

Book Art ([click here](#))